

STVDIA COLOMBIANA

R E V I S T A

número 7

Luis de Góngora y Argote
Goya y la Guerra de
Independencia · José Triana
El carnero · Gaitán: el caudillo
La visión del mundo · Un curso
con demasiados libros
Poesía: soledad de la experiencia
Eduardo Soriano · Mario Rivero
In memoriam: Fanny



VNIVERSIDAD
D SALAMANCA
CENTRO CULTURAL EN BOGOTÁ



FUNDACION SANTILLANA



La Compañía que te trae el gas



Ser grande es una actitud

STVDIA
COLOMBIANA

número 7



STVDIA COLOMBIANA

R E V I S T A

número 7



BAILE DE CAMPESINOS
SABANA DE BOGOTÁ.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
CENTRO CULTURAL EN BOGOTÁ

STVDIA COLOMBIANA

R E V I S T A

número 7
diciembre de 2008

José Ramón Alonso Peña
RECTOR MAGNÍFICO DE LA
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Antonio Carreras Pachón
DIRECTOR GERENTE DE LA
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Luis Serrano-Piedecasas Fernández
DIRECTOR SEDE COLOMBIA

* * *

EDITOR STVDIA COLOMBIANA
Fernando Toledo

DISEÑO GRÁFICO Y DIAGRAMACIÓN
Cristina López Méndez

CORRECCIÓN DE ESTILO Y REVISIÓN DE TEXTOS
Enrique Dávila Martínez

COLABORAN PARA ESTA EDICIÓN
Santiago Díaz Piedrahita · Alonso Aristizábal
Carlos Barreiro · José Antonio Carbonell
Luz Mary Giraldo · Rodrigo Parra Sandoval
Carlos José Reyes · Jorge Iván Parra

PORTADA

Majas en el balcón (detalle),
Francisco de Goya, 1800~1814

PÁGINA ANTERIOR

Baile de campesinos
Aguatinta de Ramón Torres Méndez
Publicado en: Torres Méndez, Ramón
Album de cuadros de costumbres, París,
A. De la Rue, 1860, p. 22

* * *

ISSN: 1692-3537

IMPRESIÓN

Panamericana Editorial, bajo la
supervisión de Icono Editorial

* * *

AMIGOS Y BENEFACTORES

Belisario Betancur Cuartas
PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN SANTILLANA

Andrés Collado González
EMBAJADOR DE ESPAÑA EN COLOMBIA

Jaime Posada Díaz

DIRECTOR DE LA ACADEMIA
COLOMBIANA DE LA LENGUA

Miguel Ángel Rodríguez

DIRECTOR GERENTE EULEN

Victoria Eugenia Bejarano

PRESIDENTE DE MAPFRE SEGUROS

Roberto Cochetoux Tierno

PRESIDENTE DE COLSANITAS

María Eugenia Coronado Orjuela

PRESIDENTE EJECUTIVA DE GAS NATURAL

Virginia Sánchez López

GERENTE ADMINISTRATIVA

DE LA FUNDACIÓN

UNIVERSITARIA SANITAS

C O N

4

EDITORIAL

JOSÉ RAMÓN ALONSO PEÑA
RECTOR MAGNÍFICO

6

Códices y libros raros
en la biblioteca
salmantina

12

VN PERSONAJE SALMANTINO

Luis de Góngora y Argote

17

Goya y la Guerra de
Independencia

24

Recuérdalo tú y
recuérdalo a otros...

FERNANDO TOLEDO

36

JOSÉ TRIANA
y el rescate de
la obra de Mutis

SANTIAGO DÍAZ PIEDRAHITA

46

Tradición y vigencia
de *El carnero*

ALONSO ARISTIZÁBAL

53

Un libro sobre
guerrillas e
independencia de
España

CARLOS BARREIRO ORTIZ

61

Gaitán,
EI CAUDILLO

CARLOS JOSÉ REYES

T E N I D O

70

VN POETA COLOMBIANO
Mario Rivero

74

Memoria de un curso con
demasiados libros
JOSÉ ANTONIO CARBONELL

87

Poesía: soledad de la
experiencia
LUZ MARY GIRALDO

94

LA VISIÓN DEL MUNDO
RODRIGO PARRA SANDOVAL

103

Panorámica actual de la
narrativa colombiana
JORGE IVÁN PARRA

110

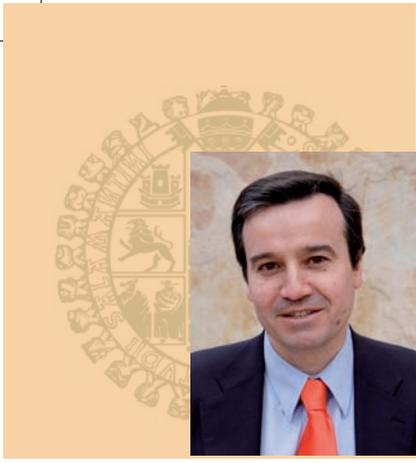
In memóriam
Fanny

113

ARTISTACOLOMBIANO
Eduardo Soriano

120

Itinerario 2008



EDITORIAL

JOSÉ RAMÓN ALONSO PEÑA
RECTOR MAGNÍFICO

HAN TRASCURRIDO DOCE MESES

desde la presentación de la última STVDIA COLOMBIANA; doce meses marcados en el mundo entero y, por supuesto, en Colombia y en España, por cambios económicos y por el surgimiento de aprensiones y temores que parecían olvidados y que nos recuerdan que los períodos de crecimiento tienen un fin, pero, igualmente, que los períodos de estancamiento que los separan también acaban. Las crisis, las incertidumbres, los movimientos de toda clase se están haciendo claramente patentes este año, y Colombia y Argentina, los dos países latinoamericanos en donde existen sedes físicas de la Universidad de Salamanca, no son, de ninguna manera, ajenos a ellos. Por eso, resulta imprescindible ajustarse a las nuevas condiciones y, ante todo, prepararse para una etapa que definirá los derroteros que seguirá el mundo en las próximas décadas.

A lo largo de siete años, el Centro Cultural de la Universidad de Salamanca en Bogotá ha desempeñado un papel protagonista en la vida cultural del corazón de la ciudad. Exposiciones de nuevos y valiosos artistas, ciclos de conferencias y de cine, conciertos diversos, presentaciones de libros, charlas y seminarios de toda índole han llenado de contenido un espacio arquitectónico siempre acogedor y abierto. También nosotros, con nuestra presencia y actividad, hemos contribuido a hacer hoy del centro de la capital colombiana, cada año más recuperado y dinámico, uno de los campus universitarios más notables del país.

No obstante, por una serie de circunstancias que se relacionan con los aires de turbulencia que comienzan a soplar en todo el mundo, es imprescindible que la Universidad de Salamanca redimensione su presencia en Colombia y se oriente, con mucho más ahínco, si cabe, hacia su principal razón de ser como institución docente e investigadora. La Universidad refuerza su línea académica dedicada a la formación de profesionales en aquellas áreas que, a lo largo de casi ocho siglos de existencia, se han constituido en *vertebradoras* de cualquier conocimiento científico. Se busca impulsar la actividad en cursos de posgrado, y facilitar la integración en el nuevo modelo universitario europeo de jóvenes colombianos deseosos de abrirse a una sociedad cada vez más globalizada y multicultural. La Universidad de Salamanca ha revisado su estrategia y ha decidido anteponer sus objetivos más académicos a unas intervenciones en el medio artístico y cultural colombiano que dispersaban las posibilidades siempre limitadas de sus recursos. Por ello se ha tomado la decisión de cerrar el Centro Cultural y, en consecuencia, devolver la casa a su propietario, la Universidad Central, que la había cedido para estos fines durante todos estos años. También con la Universidad Central iniciamos una nueva etapa en nuestras relaciones, que, después del camino recorrido, esperamos siga siendo para todos intelectualmente provechosa y fecunda, e institucionalmente igualitaria y dinámica.

La Universidad de Salamanca no se marcha del país. Por el contrario, con

más experiencia y mejor conocimiento continuaremos desarrollando todas las actividades académicas vigentes, aliados con aquellas entidades educativas colombianas con las que hemos ido estrechando relaciones durante estos años. En una palabra, seguiremos trabajando junto a instituciones nacionales del más alto nivel, en el cumplimiento de unos objetivos dedicados al mejoramiento del entorno profesional e intelectual de ambas naciones. Un nuevo espacio físico, más funcional y cercano, acogedor para el visitante y abierto siempre a las iniciativas de colaboración y relación institucional, hará posible en los próximos meses la continuidad de este proyecto.

El presente número 7 de STVDIA COLOMBIANA representa, pues, un final y, a la vez, un principio. No tenemos la menor duda de que el trabajo desarrollado en estos años encontró un eco importantísimo en el incremento de las numerosas manifestaciones que llevan a cabo las universidades presentes en este espacio urbano. Pero esta edición de STVDIA COLOMBIANA también adelanta el inicio de un nuevo periodo que consolidará la presencia de la Universidad de Salamanca en Colombia y de Colombia en Salamanca, en España y en Europa. Una etapa que, a partir del primero de enero de 2009, estará marcada por el impulso de las actividades académicas que ya se vienen realizando y por el establecimiento de vínculos cada vez más fuertes con las universidades e institutos de investigación que por su trayectoria, su vocación democrática y su profundo sentido de transformación se sitúan a la vanguardia

de las esperanzas del hemisferio. Una vez más, la institución se sucede a sí misma y ha de responder al reto que hoy le plantea una situación cada vez más compleja y competitiva. La vocación americana de la Universidad de Salamanca constituye uno de sus elementos de identidad, y solo ignorando su pasado y su futuro podría renunciar a ella, algo que jamás va a hacer. Pero también la fidelidad a su historia exige una permanente revisión de los procedimientos en que este compromiso se configura en cada momento y la capacidad de dar respuesta con agilidad y eficacia a las circunstancias de un mundo cambiante.

Como rector, no quiero dejar pasar esta oportunidad sin manifestar mi gratitud a cuantos han hecho posible la apertura día tras día de la sede en Bogotá de nuestra Universidad. A los artistas plásticos, a los músicos, a los conferenciantes que han presentado los resultados de su trabajo entre nosotros. A los profesores e investigadores, españoles y colombianos, que en las aulas del Centro han impartido clases y seminarios. Y a los trabajadores que han dedicado su esfuerzo a mantener un ámbito de dignidad y acogida que tanto ha contribuido al mejor conocimiento de la realidad española y de la Universidad de Salamanca en Colombia. A todos, sinceras gracias.



STVDIA COLOMBIANA LES OFRECE a sus lectores una hermosa selección de páginas miniadas, ilustraciones y grabados de la magnífica colección que atesora la Biblioteca de la Universidad de Salamanca.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Universidad de Salamanca, Biblioteca, 12857
PEDRO APIANO
Astronomicum Caeserum, Ingolstadt, 1540

Caja Salamanca y Sorla

Pedro Apiano.
Astronomicum Caeserum
Ingolstadt, de 1540.

¶ Nonne etiam ad geographicam vermiculatos calles bñano uiro necessarios flores aspiratvoti benemerenti ponitur



Pomponio Mela.
Cosmographia cum Figuris,
Salamanticae, de 1498.

Códices y libros raros en la biblioteca salmantina



Diego Valadés.
Rhetorica Christiana,
Perusiae, de 1579.



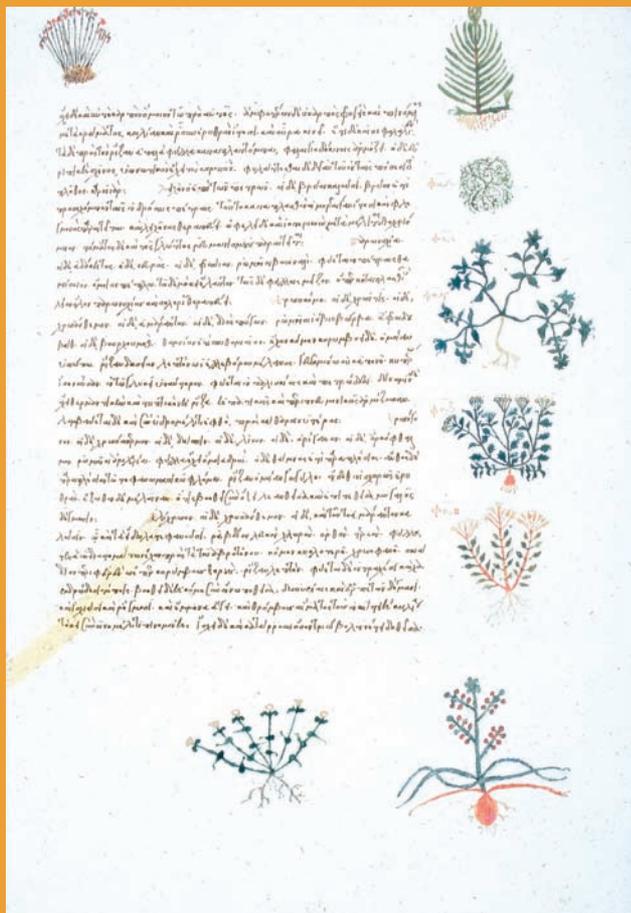
Telésforo de Copsenza.
De *Cognitione Presentis Schismatis*, del siglo XV.

La de la Universidad de Salamanca fue la primera biblioteca universitaria de Europa. Fundada en 1254 por Alfonso X el Sabio, las joyas que contiene son el testimonio más elocuente de lo que fue la universidad en los siglos XV, XVI y XVII, puesto que se trata de un patrimonio bibliográfico impresionante.

En ella reposan más de 2.800 manuscritos de los siglos XI al XVIII, por lo cual, después de la Biblioteca Nacional de

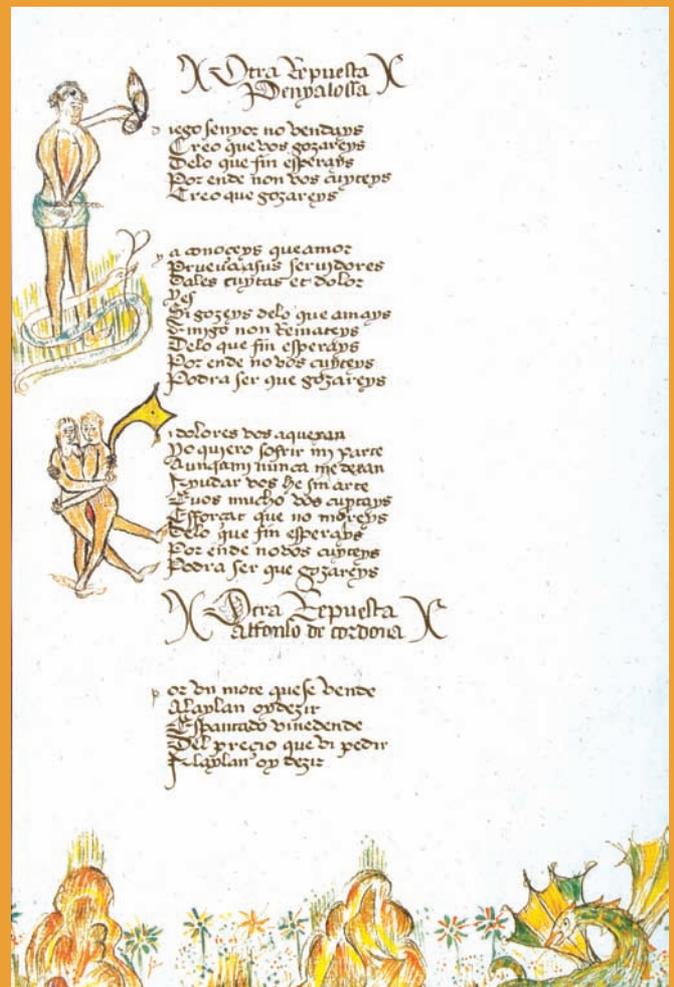
Madrid y de la del Monasterio del Escorial, es la que posee el fondo de códices más importante de España. Además, guarda más de 3.500 legajos del archivo universitario con la documentación del Estudio Salmantino.

El número de obras incunables —las impresas entre la invención de la imprenta, a mediados del siglo XV, y 1550— es de 469, distribuidas en 386 volúmenes, y el de libros impresos en los siglos XVI, XVII



Dioscórides.
Gracum Iconibus Plantarum,
 del siglo XV.

Cancionero castellano, del siglo XV.



y XVIII es de 50.000, la mayoría de ellos de enorme interés por tratarse de ediciones príncipes —primeras ediciones— o de libros raros y curiosos.

Entre las joyas bibliográficas hay que recordar el *Liber Canticum* o libro de oraciones de la reina doña Sancha, manuscrito mozárabe de mediados del siglo XI; los *Comentarios bíblicos de Nicolás de Lira*; dos bellas Biblias; el *Tratado médico*, de Pablo de Egina, del siglo XIII; una copia del *Libro de buen amor*, del Arcipreste de Hita; la *Summa*

Confessorum, de Juan de Friburgo; la *Novella Indecretaris, Gregorii IX*, de Juan de Andrés, del siglo XIV; el *Græccum Iconibus Plantarum*, de Dioscórides; *De Cognitione Presentis* y el *Libro de las virtuosas e claras mujeres*, de Álvaro de Luna, del siglo XV.

Entre otros incunables, se guardan las *Constituciones de la Universidad*, de 1485; las *Epístolas*, de Lucio Marineo Sículo; la *Cosmographia cum Figuris*, de Pomponio Mela, de 1498; y las *Ordenanzas reales*, de Alfonso Díaz de Montalvo, de 1500.



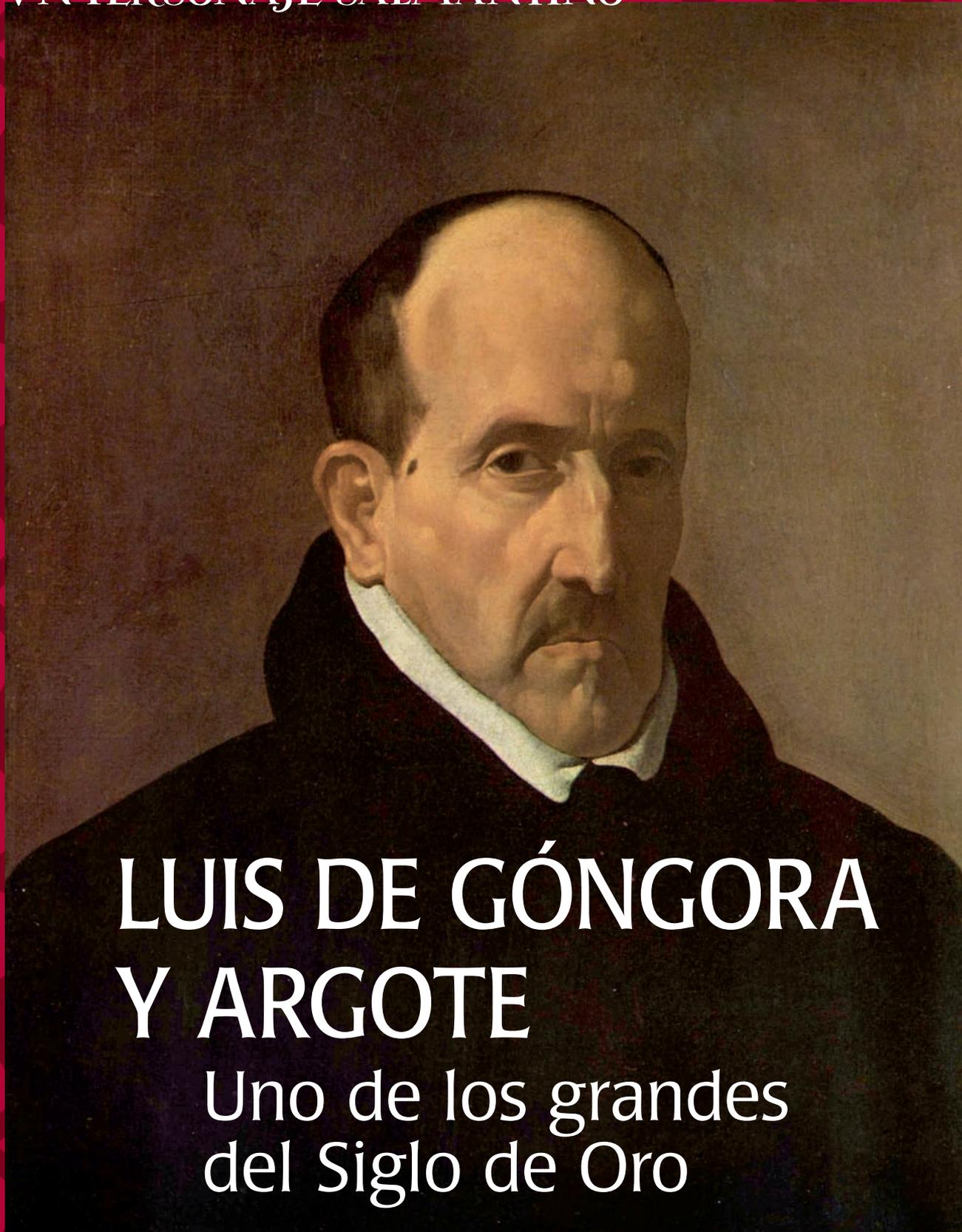
Juan de Friburgo.
Summa Confessorum,
del siglo XIV.



Álvaro de Luna.
*Libro de las virtuosas e
claras mujeres*, del siglo XV.



VN PERSONAJE SALMANTINO



LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

Uno de los grandes
del Siglo de Oro

Hombre polémico, de grandes enemigos y con amigos aún de mayor eslor, hace parte del *sancta sanctorum* de la poesía barroca en lengua española junto a Lope de Vega, fray Luis de León, Francisco de Quevedo, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Ávila.

La maravillosa imagen de Góngora pintada por Diego Velázquez es, según el crítico y antólogo madrileño Federico Carlos Saiz de Robles, “un retrato de busto, pero que es un retrato de cuerpo entero”. No le falta razón. En el lienzo, el espectador descubre la efigie de un hombre ya maduro, al borde tal vez de la vejez, pero todavía bien conservado, cuyas facciones ponen de presente una condición, un estilo que habría de convertirse en proverbial. El retrato fue pintado en 1622, cuando Góngora tenía 61 años, y en él aparece con sotana, como correspondía al cura que era. Se le ve serio, áspero podría decirse, con una acidez, de sobra conocida, que parece contradecir, pero que acaso subraya, el humor satírico que destilan la mayoría de sus versos. La mirada profunda, con un cariz inquisitorial, produce, de entrada, cierta animadversión o, quizás, algo de temor. Aunque en muchos testimonios de la época se dice que Góngora era simpático y hasta zumbador, en el retrato no lo parece.

Singular personaje, este poeta, nacido en Córdoba en 1561, hijo, —y quizás de ahí le venga la presunta acritud y, en todo caso, el talante—, del juez de bienes confiscados del Santo Oficio de la ciudad y de una dama de la nobleza andaluza. Un hombre que dio, como se dice, guerra desde casi niño, y que fue el protagonista a lo largo de su vida de más de una refriega y de no pocos altercados. A los quince años era estudiante, con no muy brillantes resultados, en la Universidad de Salamanca donde pese a su corta edad tuvo fama de camorrista, de bravucón y de poseer una lengua, amén de ingeniosa, y por ello temible, viperina y retorcida. Un protagonista que parece sacado de un relato de la picaresca y que, a pesar de que debió de haber sido como uno de esos tunantes del folclor salmantino que abundaron en los siglos XVI y XVII, no duró mucho en la universidad. Habría de volver al claustro para visitar a unos cuantos

amigos que le quedaban de la época de los despropósitos y, sobre todo, para encontrarse con un recién elegido obispo de su ciudad natal, don Jerónimo Manrique de Figueroa, por encargo del cabildo catedralicio de la ciudad andaluza donde había nacido.

A los 24 años, don Luis de Góngora tomó los órdenes menores y fue destinado a la catedral de su Córdoba natal como canónigo beneficiado. Allí les causó a los superiores más de un dolor de cabeza. Al parecer, las fogosidades y los arrebatos, que no habrían de aplacarse jamás, se dilataron con el paso de los años hasta un punto tal que el obispo Pacheco no tuvo de otra que sermonearlo con severidad por no asistir al coro con la frecuencia debida y, como si fuera poco, por charlar en exceso las pocas veces en que asistía a los oficios; por cuchichear y murmurar del prójimo; por dejarse ver en las corridas de toros, en los saraos y en otros lugares *non sanctos*; por cultivar las hablillas y el chismorre; por pasarse de la raya en lo que se refería a devaneos amorosos y coqueterías, por componer versos satíricos y, en una palabra, por vivir de juerga. Aunque no consta en los anales que lo enviaron en comisión tal vez para librarse de él, por encargo del capítulo al que pertenecía, a partir de 1589, viajó por buena parte de la península, gracias a que se le encomendaron diversos encargos que lo llevaron a Jaén, Granada, Madrid, Salamanca, Toledo, Burgos, Valladolid, Cuenca y Pamplona. A lo largo de esos desplazamientos, empezó a desarrollar una obra ya muy significativa representada por romances, como el de *Angélica y Medoro*, de cautivos, de piratas o de tono más personal y lírico, muchos de ellos de carácter autobiográfico, en los que se incluyen recuerdos infantiles. No faltan, desde luego, las piezas burlescas y satíricas, así como numerosas letrillas y aún canciones.

En *Flores de poetas ilustres de España*, publicada en Burgos en 1609 por Pedro Espinosa, figuran algunas obras tempranas suyas. Es menester mencionar que, si bien sus trabajos circularon de manera profusa de mano en mano, en copias manuscritas que se coleccionaron o que aparecieron en cancioneros y antologías, divulgados con su permiso o sin él, el único

intento que realizó por publicar sus trabajos, en 1623, no fructificó. Respecto de su obra, Marcelino Menéndez Pelayo, y con él varios críticos, distinguen dos épocas: la llamada del “príncipe de la luz”, que corresponde a su primera etapa como poeta, y la del “príncipe de las tinieblas”, a partir de 1610, cuando compuso la oda *A la toma de Larache* y se convirtió en autor de mucha mayor complejidad y mucho más difícil de desentrañar por el uso abundante del hipérbaton, de la metáfora y del neologismo a través de una elaboración complicada y, en todo caso, insuperable. Dámaso Alonso, a su turno, puso de presente que esa supuesta oscuridad es axiomática desde la primera época, y que como fruto de una natural evolución llegó a los extremos que tanto se le han reprochado, pero que, al mismo tiempo, lo convirtieron en un poeta fuera de serie.

Hacia 1609, Góngora regresó a Córdoba y ese retorno estableció, como paradoja, un punto de partida. Valga citar de nuevo a Saiz de Robles, quien dice al respecto: “Llegó extrañamente removido. Sus ideas se exteriorizaron muy oscuramente. Su estilo se alambicó, se trastrucó, se descompuso. Su gusto se extravagantizó o se resquebrajó”. Empezó entonces a surgir lo que el mundo y la lengua española habrían de conocer como el culteranismo, en el cual don Luis fue un maestro sin par, cuya obra dio origen a una pléyade de seguidores, desde luego, de naturaleza ultra barroca, que, a la postre, fueron tan significativos como la caterva de constructores que siguió las enseñanzas de don José de Churriguera en los ámbitos de la arquitectura.

Los juegos de palabras, la originalidad, un barroquismo coherente con los aires que empezaban a cernerse sobre la estética, y un sentido de la rebeldía de un talante en todo caso revolucionario, no tardaron en convertir a Góngora en un poeta de una enorme singularidad. De esa segunda época datan obras como el *Polifemo* —poema basado en *La metamorfosis*, de Ovidio, y en la *Odisea*—, el *Panegírico al duque de Lerma* y, sobre todo *Las soledades*, su trabajo más importante, que, al decir de algún crítico, es “una catedral del barroquismo literario” de la que solo llegó a

escribir las dos primeras partes, alrededor de las edades del hombre, en la que no importa el argumento, sino la complejidad de una forma llena de colores, de sugerencias esquivas y a veces incomprensibles y de un ritmo extraordinario.

En la segunda década del siglo XVII, a Góngora se lo amaba o se lo odiaba. No existían medias tintas. Por esos días empezaron a surgir por todas partes, pero, sobre todo, en los mentideros literarios, los defensores a ultranza y, por supuesto, aquellos que denigraban de él sin contemplaciones, aunque su nombre tenía cotas de aprecio y de prestigio tan alto como para que el rey Felipe III no dudara en nombrarlo capellán de la corte. En Madrid habría de vivir hasta 1626. Allí, además de conseguir toda suerte de prebendas para sus familiares, acabó de granjearse, por su temperamento pendenciero en parte y porque no tenía pelos en la lengua y mucho menos en la mano con la que escribía, los más singulares enemigos, algunos tan extraordinarios como don Francisco de Quevedo, quien le dedicó el siguiente soneto:

Yo te untaré mis obras con tocino,
porque no me las muerdas, Gongorilla,
perro de los ingenios de Castilla,
docto en pullas, cual mozo de camino.

Apenas hombre, sacerdote indino,
que aprendiste sin Christus la cartilla;
chocarrero de Córdoba y Sevilla,
y en la corte bufón a lo divino.

¿Por qué censuras tú la lengua griega
siendo solo rabí de la judía,
cosa que tu nariz aun no lo niega?

No escribas versos más, por vida mía;
aunque aquesto de escribas se te pega,
por tener de sayón la rebeldía.

Desde luego que Góngora, a su turno, tan dado a la reyerta, ni mucho menos amilanaba o se quedaba callado. Así lo demuestran algunos de los más significativos epigramas, poemas de

corta extensión a menudo satíricos e incluso insultantes, que desparramaba en todas direcciones. Como ejemplo aquí van unos cuantos:

CONTRA LOS ABOGADOS

Oh, tú de los bachilleres
que siempre en balde has leído
y más pleito has perdido
que una muchacha alfileres:
médico en derecho eres,
pues no has tomado a proceso
pulso, que en el buen suceso
haya tu ciencia ostentado
la cera el demandado
o las cadenas del preso.

CONTRA LOS MÉDICOS

Doctor barbado, cruel
como si fuera doctora,
cien enfermos a esta hora
se están muriendo por él:
si el breve mortal papel
en que venenos receta
no es taco de su escopeta,
póliza es homicida,
que el banco de la otra vida
al seteno vista, aceta.

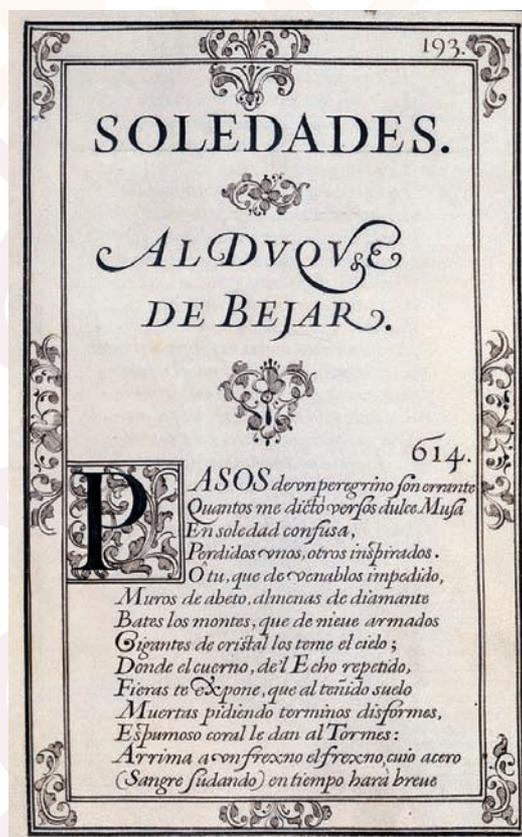
Por supuesto, de ninguna manera faltaron los de índole personal, como el que sigue, nada menos que contra el 'Fénix de los Ingenios':

A LOPE DE VEGA

Dicho me han por una carta
que es tu cómica persona
sobre los manteles mona
y entre las sábanas marta.
Agudeza tiene harta
o que me advierten después:
que tu nombre del revés,
siendo Lope de la haz,
en haz del mundo, y en paz,
pelo de marta es.



Portada del Manuscrito Chacón.



Página inicial de Las soledades (l. I, pág. 193) en el Manuscrito Chacón.

Y como Góngora no se paraba en pelos para contestar un ataque, ahí va otro contra Lope a propósito de algún dardo que le lanzó este último:

Dicen que ha hecho Lopico
contra mí versos adversos
mas si yo vuelvo mi pico,
con el pico de mis versos,
a este Lopico lo-pico.

Claro está que Góngora también le dedicó sus versos a causas menos belicosas. A una monja, parienta suya, que al parecer le había regalado unas cuantas monedas, le mandó unas onzas de menudo y un trozo de ternera con el siguiente epigrama que hay que aceptar está lleno de una galantería que, al parecer, tampoco le era esquivada:

Con mucha llaneza trata quien,
debiéndolo en escudos,
viene a pagar en menudos
a quien le regala plata;
de las terneras que mata
don Alonso de Guzmán
hoy presentado me han
este cuarto de ternera
tomadle que yo quisiera
que fuera de tafetán.

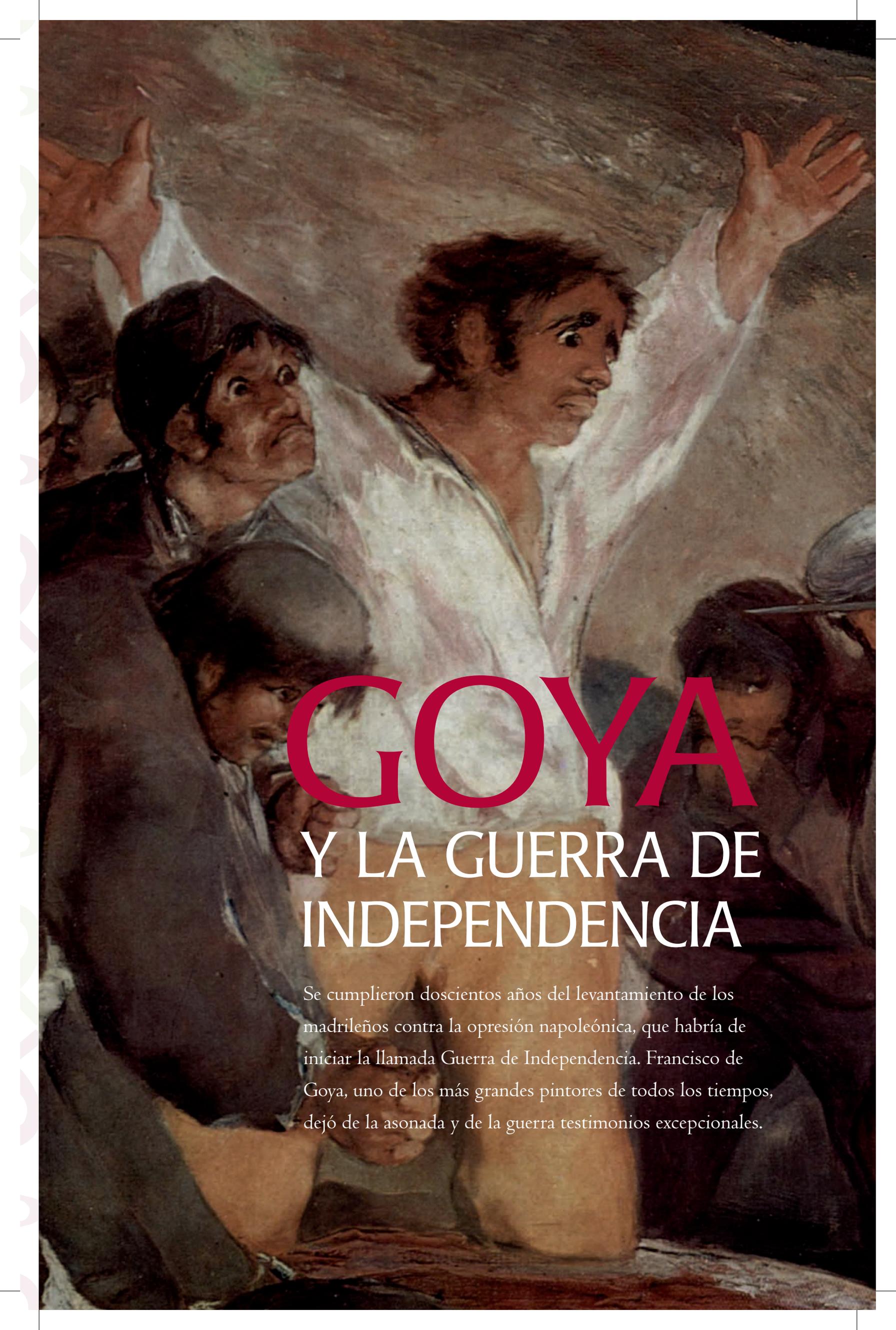
Tras pasar una década en la Villa y Corte, en 1627, perdida la memoria, don Luis de Góngora regresó a Córdoba, donde murió ese mismo año de apoplejía. Se dice que sus últimos días transcurrieron en medio de la más extrema pobreza. Por los pleitos que protagonizó, por las crónicas y aún por los ataques de sus enemigos, entre ellos Francisco de Quevedo, se sabe que, además de peligroso por lo bravucón y jactancioso, era jovial,

sociable, hablador y amante del lujo y de entretenimientos como los naipes y los toros, hasta el punto de que se le reprochaba lo poco que ennoblecía los hábitos eclesiásticos. En todo caso, la tirria contra Góngora no fue de ninguna manera una causa común. Este hombre singular, poeta extraordinario, tuvo numerosos defensores, algunos de ellos del más alto coturno. Para comenzar, críticos de todos los tiempos han situado su obra, con razón, en el pináculo de la poesía barroca española, y aún varios de sus contemporáneos, entre ellos, don Miguel de Cervantes, lo admiraron y de ello dejaron testimonio en sus obras. Este último, en *el Viaje al Parnaso*, donde clasifica la bondad de los poetas de su tiempo, dice de Góngora:

Aquel que tiene de escribir la llave,
con gracia y agudeza en tanto extremo,
que su igual en el orbe no se sabe
es don Luis de Góngora, a quien temo
agraviar en mis cortas alabanzas,
aunque las suba al grado más supremo.

Por si acaso, el autor del *Quijote*, *Canto de Caliope* y *La Galatea* también se ocupó de ensalzar a ese don Luis, ex alumno de la Universidad de Salamanca que, si bien no dejó mejor recuerdo en los austeros claustros, merece un profundo reconocimiento por una obra que representa una de las más altas cumbres de la literatura en idioma castellano:

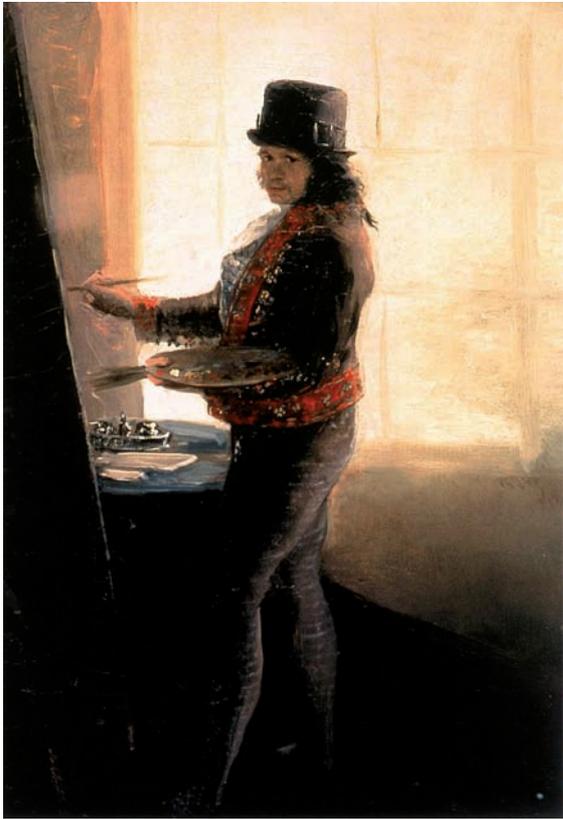
En don Luis de Góngora os ofrezco
un vivo raro ingenio sin segundo;
con sus obras me alegro y enriquezco
no solo yo, mas todo el ancho mundo
y si, por lo que os quiero, algo merezco,
haced que su saber alto y profundo,
en vuestras alabanzas siempre viva,
contra el ligero tiempo y muerte esquivada.



GOYA

Y LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Se cumplieron doscientos años del levantamiento de los madrileños contra la opresión napoleónica, que habría de iniciar la llamada Guerra de Independencia. Francisco de Goya, uno de los más grandes pintores de todos los tiempos, dejó de la asonada y de la guerra testimonios excepcionales.



Autorretrato en el estudio. Óleo sobre lienzo, 1790-1795. Madrid, Museo de la Real Academia de San Fernando.



Fernando VII. Óleo sobre lienzo. Museo del Prado. El Rey regresa del exilio en 1814. Aunque persigue a los liberales, Goya, para conservar su puesto de pintor de la corte, realiza seis retratos del monarca.



Autorretrato. Tinta china lavada. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art. 1795-1797.

El ejército francés ingresó a la península ibérica en 1807, como consecuencia del Tratado de Fontainebleau que, con el fin de permitirle el paso para que pudiera invadir a Portugal, había firmado con Napoleón el ministro Manuel Godoy. Las tropas, comandadas por Murat, se apoderaron de ciudades como Burgos, Salamanca, Pamplona, San Sebastián, Barcelona y Figueras, y en 1808 llegaron a Madrid. En marzo de ese año, una revuelta popular, instigada por un

núcleo opositor al Rey, que se agrupaba en torno al príncipe de Asturias y que se suscitó en Aranjuez, cuando corrió la especie de que los reyes se preparaban para refugiarse en América, consiguió que Carlos IV, hombre pusilánime y manipulado por la Reina y por su amante, el ministro Godoy, abdicara en favor de Fernando VII.

No tardó Madrid en ser ocupada por las tropas de Murat, y ambos reyes, el depuesto y el nuevo, fueron obligados a salir de España



La familia de Carlos IV. Óleo sobre lienzo. Museo del Prado (1800). Un príncipe de Asturias añorado; la altivez e impertinencia de la Reina y el Rey bonachón, pero pusilánime, son los protagonistas reales de una tragedia nacional. El niño entre el Rey y la Reina es el infantilito, cuya salida hacia Francia desencadenó el 2 de mayo.

para reunirse con Napoleón en Bayona en donde, a la postre, habrían de cederle la Corona, en un hecho vergonzoso, a José Bonaparte, hermano del Emperador, a quien el pueblo madrileño bautizaría “Pepe Botellas”. Aunque se organizó una Junta de Gobierno a nombre de Fernando VII, el poder efectivo lo ejerció el general francés, quien el 2 de mayo, según dijo, por encargo de Carlos IV, intentó sacar del palacio real a los infantes Francisco de Paula y María Luisa para

llevarlos a Bayona. El pueblo madrileño, indignado por los acontecimientos y congregado en la Plaza de Oriente, ante el grito “¡que nos los lleven!”, intentó asaltar el palacio mientras Murat ordenaba disparar contra la multitud. La lucha no tardó en extenderse por toda la ciudad.

Don Francisco de Goya y Lucientes, de 62 años, era, a la sazón, el pintor más respetado de España. No sólo había obtenido reconocimientos internacionales, en Parma, sino que, casado con Josefa

Bayeu, hija del notable pintor Francisco Bayeu, había realizado trabajos tan importantes como los frescos de la iglesia del Aula Dei, de Zaragoza, extraordinaria serie de cartones para la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, y había retratado a buena parte de la aristocracia española, incluyendo a los reyes y a su familia, en el soberbio retrato donde figuran los reales protagonistas de esa época de titubeos. Además de ser miembro de número, Goya se desempeñaba como director



El 2 de mayo de 1808 en Madrid.
Óleo sobre lienzo. Museo del Prado. El ataque de los mamelucos de la guardia imperial, mientras los madrileños se defienden con sus cuchillos y navajas. Fue pintado en 1814.

de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, era pintor de cámara del Rey y había publicado la serie de grabados conocida como “Los caprichos”.

Tal como había sucedido a buena parte de la sociedad española, el desastre político del país hizo que Goya asumiera una posición ambigua. De hecho, fue afrancesado, como se llamaba con cierto desdén a quienes esperaban de un gobierno de origen napoleónico cambios sustanciales que enderezaran una situación social y política desajustada en extremo.

Incluso, llegó a retratar a José Bonaparte en 1810, y no tuvo más remedio, al igual que la inmensa mayoría de los cabezas de familia de Madrid, que jurarle fidelidad al intruso.

No obstante, mucho debieron de impresionar al Maestro las escenas, que más tarde registraría en su prodigioso lienzo *El 2 de mayo* o *La carga de los mamelucos*, que, con certeza, observó cuando el pueblo fue reducido, a sangre y fuego, por los destacamentos extranjeros que extremaron los actos de crueldad. De igual manera, su memoria de artista retuvo las imágenes

que se produjeron al día siguiente, que también llevó más tarde al lienzo, cuando fueron fusiladas más de cuatrocientas personas que habían sido hechas prisioneras, cuya muerte se convirtió en el verdadero punto de partida de la Guerra de Independencia que liquidó en la península el poder napoleónico después de cinco años; de la intervención de las huestes inglesas comandadas por el mariscal Wellington; y, sobre todo, de un formidable levantamiento popular que puso de presente las dificultades que tiene un ejército regular al enfrentarse a un movimiento partisano.

Es evidente que la posición de Goya cambió, entre 1808 y 1814, en función de los acontecimientos que se desarrollaron a su

alrededor. Un hombre crítico y librepensador como él no podía mantenerse al margen de la tragedia. Si bien siguió pintando prototipos locales y escenas cotidianas, y retratando a personajes tanto españoles como franceses, la médula de su trabajo la constituyó la guerra. Su libreta de apuntes no tardó en llenarse con los bosquejos de toda suerte de atrocidades cometidas, sobre todo, por los invasores, que trasladó a planchas de metal para dar origen a esa deslumbrante serie de aguafuertes y aguatinas que se conoce como “Los desastres de la guerra”. En 1814, el final de la contienda produjo, además, dos lienzos que se consideran obras maestras: *El 2 de mayo* y *Los fusilamientos del 3 de mayo*.

Los fusilamientos del 3 de mayo.
Óleo sobre lienzo. Museo del Prado.
En la colina del Príncipe Pío se fusilaron a más de cuatrocientos madrileños. En esta obra de 1814, la figura central, de camisa blanca, podría ser una metáfora del levantamiento del pueblo español. Empiezan a aparecer las técnicas que habría de explorar el impresionismo ocho décadas más tarde.

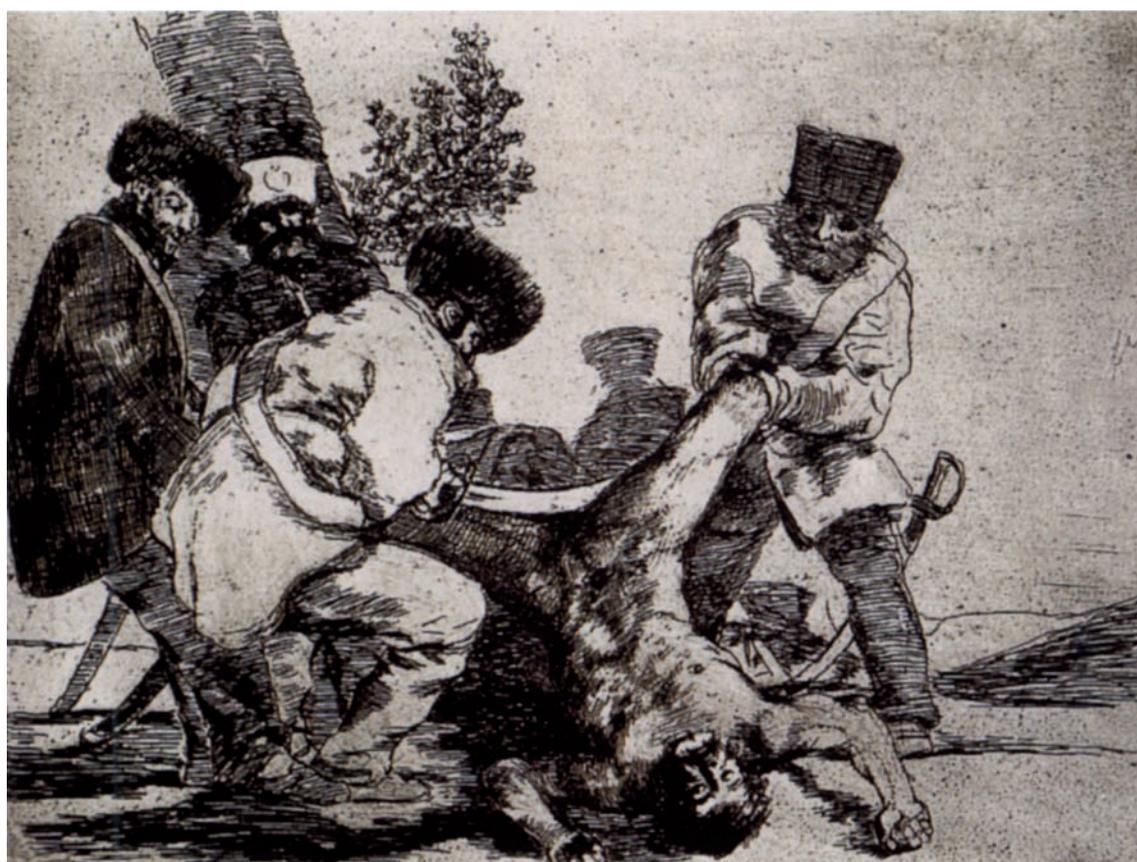




Qué valor. Aguafuerte y aguatinta.
("Los desastres de la guerra" N° 7).
Se dice que este grabado nació como
homenaje a la heroína, coterránea de
Goya, Agustina de Aragón, personaje
central del cerco de Zaragoza.

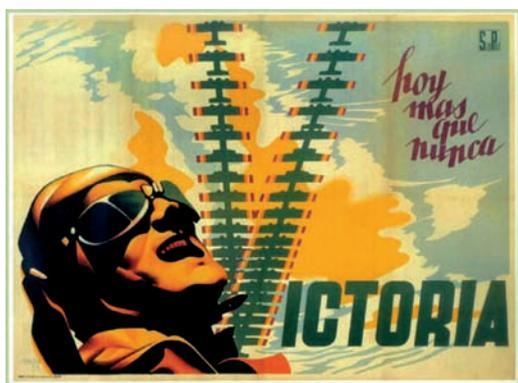


Esto es peor. Aguafuerte lavado ("Los
desastres de la guerra" N° 37).
Escena de tormento infringido por la
tropa a un guerrillero.



Dentro de una obra pictórica de extraordinaria categoría, los lienzos, dibujos, bocetos, frescos y grabados producidos entre 1808 y 1814, algunos de los cuales se reproducen en estas páginas, tienen la importancia, además de su incalculable valor artístico, de ser los testimonios quizá más importantes de una epopeya de inmensas proporciones: la Guerra de Independencia que libró el pueblo español contra las huestes napoleónicas.

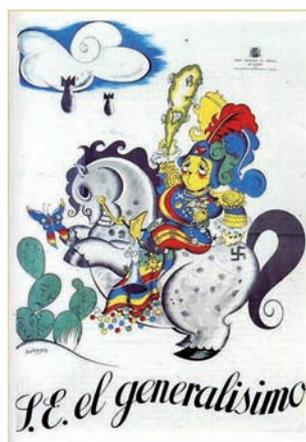
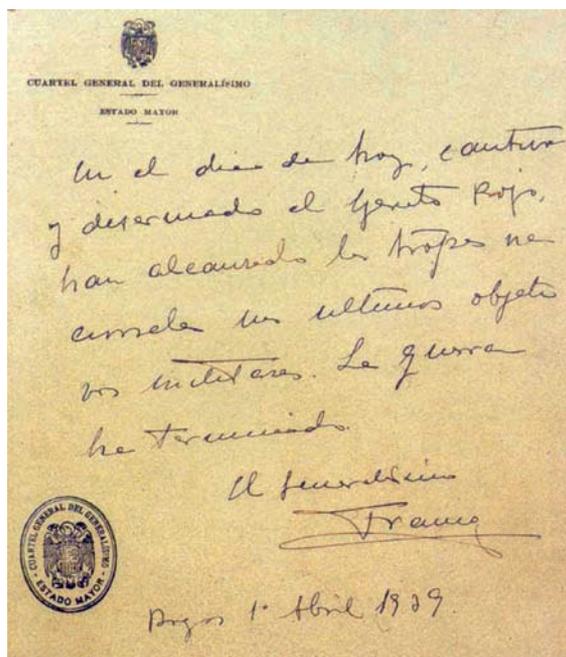
El Empecinado. Óleo sobre lienzo.
Colección Gisela Kimberdick,
Zurich. Este retrato de Juan Martín
Díaz, llamado 'El Empecinado', pone
de presente la hondura en la mirada
y la facha pendenciera del guerrillero
más importante de España durante la
Guerra de Independencia.



Recuérdalo tú y recuérdalo a otros...

Las primeras palabras de un poema de Cernuda, con las que bautizó Ronald Fraser su espléndida historia oral de la Guerra Civil, de cuyo final se cumplen muy pronto setenta años, sirven de título para esta reflexión sobre uno de los conflictos más crueles de la historia reciente de la humanidad.

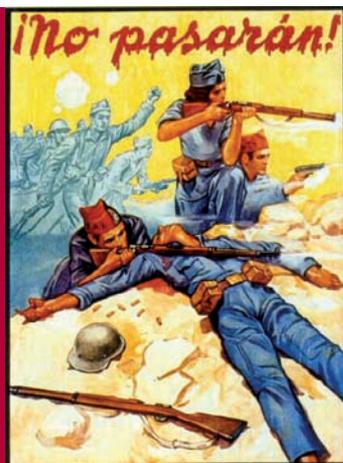
En una noche de la fría primavera castellana, dentro de muy poco hará setenta años, el actor y locutor Fernando Fernández de Córdoba, a eso de las diez y treinta, con una entonación que cuando se la escucha por la Internet sugiere un impostado matiz épico, le transmitió a una España devastada por la guerra un lacónico parte que decía así: “En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, primero de abril de 1939, año de la victoria”. La lectura del texto se llevó a cabo en un pequeño estudio de la Radio Nacional de España, al frente del río Arlanzón, que parte en dos la ciudad del Cid, no muy lejos del Palacio de la Isla, donde funcionaba la comandancia de esa España hasta entonces llamada “nacional”, y que a partir de esa fecha comenzaba, con la rúbrica de “año de la victoria”, un larguísimo período de subordinación



a las intermitencias de un poder, absoluto y lleno de engruimiento, que derivó de un triunfo concluyente. Firmaba el comunicado el general Francisco Franco, un hombrecillo menudo, enigmático y de suyo inescrutable, que solía ocupar las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo desde cuando, casi tres años antes, el 18 de julio de 1936, siendo, a la sazón, gobernador militar de las islas Canarias, se erigió como la cabeza más visible de una conspiración que, además de cambiar el destino de la piel de toro, no tardó en transformarse en una guerra civil que habría de tener enormes proporciones, aunque en el primer momento pareció ser apenas una asonada contra la Segunda República o, si acaso, el intento de un golpe de Estado.

El parte, con un acento de maniqueísmo por el prurito de hablar de “las tropas nacionales”, como si los derrotados fueran invasores y, al mismo tiempo, de calificar de “rojo” al ejército republicano, como si aún fuera necesario seguir machacando el tema de la presunta soviétización de la, en ese momento, extinta República Española, se constituyó en el prólogo lacónico, sucinto, de un período en el cual

no habría de haber cabido la indulgencia ni, mucho menos, el respeto por las disconformidades. Para los vencidos, las casi cuatro décadas que seguirían al anuncio, sin contar con los treinta meses en los que Franco había sido Jefe de Estado de la España Nacional antes de ganar la guerra, serían un lapso interminable de miedo, aislamiento y ajusticiamientos sin ton ni son, sobre todo en los primeros tiempos. Basta, para sobrecogerse, con recordar las condenas irredimibles tras unos juicios que hubieran dado risa, de no haber desembocado con frecuencia en derramamientos de sangre o en encierros en los *gulags* que estableció el régimen. No cabe dejar de lado la orfandad de miles de niños, la viudez de muchas mujeres que, para empeorar su situación, tuvieron que acarrear el estigma de republicanismo



de sus difuntos compañeros, y las figuras lánguidas de aquellos que, en muchos pueblos, optaron por ocultarse en los sótanos o en las buhardillas. En esos primeros años de “la victoria”, las muertes anónimas en las cárceles o a un costado de las tapias de los cementerios, la amputación de las oportunidades de vida para muchos cuya ejecución o encarcelamiento no cabía por no ser considerados criminales de guerra a pesar de su condición de “rojos”, o cuando hubo suerte los exilios y, sobre todo, los fallecimientos en el destierro, constituyeron la cotidianeidad de una “paz” que, a la postre, solo cobijó a los vencedores. Aún conmueve, en el Panteón Francés de Ciudad de México, en las necrópolis bonaerenses de La Recoleta o de La Chacarita, en el cementerio parisino de Père Lachaise y, en menor medida, en el Central de Bogotá, toparse con las tumbas de algunos de esos soñadores de la Segunda República española que, en defensa de una democracia que en ese entonces fue imposible, terminaron por verse envueltos en los vericuetos de una guerra fratricida, y que, una vez derrotados, tuvieron que emprender el camino de un exilio que no terminó jamás.

El parte radiofónico, que generó una indescriptible y, en todo caso, muda desazón en múltiples hogares de toda la península y, al mismo tiempo, una alegría desbordante y ruidosa, en otros tantos, fue el escueto colofón de tres años aciagos para una sociedad que, tras la guerra, quedó resquebrajada, y en parte silenciada, y que, en lo que se refiere a la sanación de unas heridas de inhumana hondura,

tardaría cerca de medio siglo en recomponerse o, cuando menos, en comenzar a conquistar el olvido. También fue el remate de un mordaz tire y afloje político, no solo en el ámbito nacional, sino en el internacional, cuyo reconocimiento, a través de una documentación extensísima y con frecuencia contradictoria, termina por proponer un recorrido arduo y laberíntico alrededor de un tema que, por muchos motivos, permite innumerables lecturas y es casi imposible de sintetizar en unos pocos párrafos por la complejidad de unas circunstancias y de un desarrollo. La Guerra Civil, además de brutales enfrentamientos en la mayoría de las regiones españolas, incluyó ataques frecuentes a la población civil en ciudades y aldeas; asesinatos a diestra y a siniestra; disputas en el seno de los bandos opuestos hasta el punto de que, a propósito de los sucesos de Barcelona de principios del 37, el historiador inglés Antony Beevor, por citar apenas un ejemplo, titula uno de los capítulos de su notable *La Guerra Civil española* (Barcelona, Memoria Crítica, 2005) como “Una guerra civil en la guerra civil”. Un proceso en el que, para atizar aún más el galimatías y, desde luego, la estupefacción de quien pretende adentrarse en las trochas de una historia de difícil singladura, surgieron toda suerte de venganzas tanto ideológicas como personales y aún confesionales; ajusticiamientos masivos sin fórmula de juicio, como los que se llevaron a cabo en la plaza de toros de Badajoz, o como el asesinato de un grupo de religiosos cerca de Barcelona, en el cual cayeron siete seminaristas

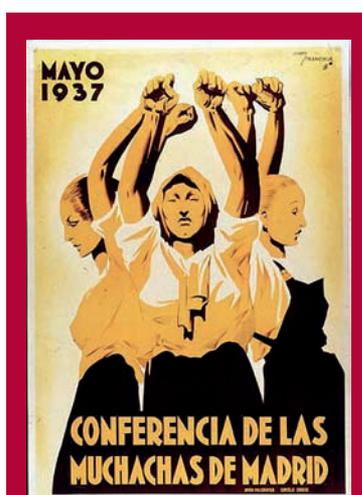
colombianos; cercos tan prolongados como el de Madrid, que duró casi tres años, o tan repiqueteados en la propaganda de quienes a la postre habrían de resultar vencedores, como el del Alcázar de Toledo; bombardeos alevos y, a veces, gratuitos, como los que asolaron a algunos pueblos del país vasco y, en pocas palabras, un derramamiento de sangre de una magnitud tan desproporcionada como para que su dimensión real aún no se conozca del todo, puesto que, incluso en el número de inmolados, las fuentes documentales no han conseguido ponerse de acuerdo: los muertos para algunas de ellas llegan al millón mientras que para otras apenas si sobrepasan los cuatrocientos mil.

Quizás uno de los aspectos más singulares de la Guerra de España, desde luego vista con la lejanía que determinan el tiempo transcurrido y la distancia que hay entre dos continentes, es que al irrumpir en las encrucijadas que se dieron tanto en el plano local como en el internacional y en las minucias de un acontecimiento de una honda repercusión histórica, no deja de sorprender que, en un país de poco más de quinientos mil kilómetros cuadrados, se haya reflejado una tensión que se había ido cociendo en el panorama político universal desde muchos años antes y, en una conexión, por siniestra no menos metafórica, cuánto se había ido escaldando en ese caldero de una historia local enmarañada y turbulenta. Tal parece que las perturbaciones de todo un universo se hubiesen compendiado en la península y, al unísono, que unos antecedentes locales hubieran conseguido proyectarse en el panorama mundial como un presagio de lo que estaba a punto de suceder en una dimensión casi planetaria.

No hay duda de que la sangre de esa España, en cuyo pasado se produjeron algunos de los hitos más conmovedores de la estética humana, la savia vital de una población que ha sido doliente a lo largo de la historia salpicó, de una u otra manera, a buena parte de Occidente. Por eso, porque se convirtió en un remezón de enorme significado, no resulta descaminado definir la Guerra de España como el prólogo de una hecatombe internacional que, no por

coincidencia, se inició a las pocas semanas del triunfo franquista. Aunque esa condición de introito o de prefacio no basta para explicar uno de los enfrentamientos más crueles de la historia reciente de la humanidad, es innegable que, como ningún otro conflicto nacional, simboliza el talante de un siglo de inenarrable fiereza, y resume la angustia vital y, al mismo tiempo, la tozudez y las intenciones de vasallaje que marcaron una época. Para el historiador francés Pierre Villar, por ejemplo, “encarnó la amenaza hitleriana, las fanfarronadas musolinianas, la ceguera de las democracias parlamentarias y el enigma soviético”. Y Julio Álvarez del Vayo, ministro en los gobiernos republicanos de Largo Caballero y de Negrín, la consideró, muchos años después y desde el exilio, como “la primera batalla de la Segunda Guerra”, aunque,

por sus dimensiones, no quepa duda de que trascendió, y con mucho, el nivel de un encontronazo o del simple fragmento de una conflagración. Es menester anotar que, a su turno, los rebeldes, o los “nacionales” como se bautizaron ellos mismos, fueron más allá en su intento de conceptualizar o de definir la guerra y llegaron hasta el ámbito de la espiritualidad. Le otorgaron la categoría de “cruzada”, en





una tentativa por convertir un acto de rebeldía contra un gobierno legítimo en un estandarte de naturaleza confesional o, más bien, en una empresa mística. El ardid, que de ninguna manera se mantuvo en la cota de una estrategia de tipo semántico, rindió sus frutos: les consiguió la bendición apostólica, muy valiosa desde el ángulo propagandístico, de Pío XII.

Aunque cabrían muchas interpretaciones y definiciones sobre la naturaleza de la Guerra de España, en realidad se trató, sobre todo, de una tragedia de proporciones inenarrables marcada hasta la saciedad por la densidad de una propaganda constante que todavía, aunque parezca una paradoja, no ha cesado del todo, hasta el punto de que algún ocurrente ha dicho que “se libró, y de cierta manera se libra aún, entre tres bandos: los franquistas, los republicanos y los que han escrito y escriben sobre ella”. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el bando de los derrotados, a la postre, terminó granjeándose a la opinión pública de todo el mundo por contradictorio que parezca. De hecho, estos, y todos aquellos que de corazón estuvieron de su lado, desperdigados por muchos países, fueron los encargados, acaso por primera vez en la historia, de narrar lo ocurrido. Quizás en esa circunstancia, insólita hasta cierto punto, se encuentra la creciente reivindicación de cuantos fueron aniquilados en el intento de construir y defender una democracia. Dicha reparación, al menos en el ámbito internacional, fue estimulada, tal vez por contraste, por el aislamiento intelectual que rodeó a España durante muchos años, incluso después de haber salido indemne, tras la Segunda Guerra Mundial, del desplome de los nacionalismos de índole fascista que florecieron en Europa en los años veinte y treinta, y que encontraron en la dictadura franquista a una adepta. El contrasentido que planteó esa singular supervivencia, a pesar del desplome de quienes fueron sus aliados y de la antipatía casi universal que despertó un sui generis que a la postre solo puede definirse como “franquismo” por su carácter ambiguo y hasta contradictorio, espoleó la producción de una riquísima bibliografía sobre la guerra y sus consecuencias, aunque desde finales de

los años cuarenta y en el transcurso de los cincuenta se hubiesen restablecido, con la inmensa mayoría de países, las relaciones diplomáticas y, desde luego, las comerciales de la España de los vencedores que, por las consideraciones de mercado y aún estratégicas de las grandes potencias, terminó colándose en el concierto de las naciones consideradas libres, aunque, en realidad, no lo fuera hasta el fallecimiento de Franco.

Es menester, poner énfasis en esa dimensión religiosa que quisieron endosarle a la Guerra Civil aquellos que emprendieron, y que justificaron así, una lucha contra esos nuevos “infielos” que, según los preconceptos de la ortodoxia confesional, eran los izquierdistas de todos los matices. Dicho enfoque no tardó en convertirse en un argumento defensivo que hizo carrera tanto en España como entre numerosos grupos católicos de todo el mundo. De hecho, para la Iglesia española, con excep-

ción de muchos curas del país vasco y de algunos catalanes, por razones más relacionadas con las autonomías regionales que con cualquier otro aspecto, el conflicto tuvo que ver, antes que nada, con la presunta defensa de un trascendente enfrentado a una

suerte de neopaganismo o, más bien, con un desafío entre la inmortalidad de las creencias y lo “despreciable” del ateísmo libertario o “del complot judeo-masónico y comunista contra la España católica y tradicional”. Esta última frase, en un evidente aprovechamiento de ese hipotético carácter mesiánico y, desde luego, religioso del levantamiento, terminó por convertirse en uno de los más manidos caballos de batalla de la dictadura, hasta mucho tiempo después de consolidado el criterio aislacionista, y, por supuesto, trasnochado, que parecía temerle a la evolución de España y, en todo caso, a la influencia renovadora del pensamiento contemporáneo.



Entre las causas de un hecho histórico cuyo dramatismo escalofrió al mundo y que, a menudo, tiende a ser juzgado apenas como un duelo, según palabras del pensador e historiador galo François Furet, “entre la ultraderecha y el Komintern” (*Le siècle de l'avènement républicain*, París, Gallimard, 1993), hay factores tan explosivos como la inestabilidad de una España deprimida y llena de contradicciones políticas, cuyos altibajos, a lo largo del siglo XIX y de las primeras tres décadas del XX, precipitaron toda suerte de pugnas ideológicas con hondas repercusiones económicas y sociales. Las dificultades que enfrentó el modelo republicano, y la diversidad de planteamientos y de encontronazos entre las diversas posiciones ideológicas que en una aparente incongruencia hacían parte del Gobierno, en parte por un clima arduo de ebullición y de expectativa, contribuyeron al fracaso de la modernización de un Estado que, hasta 1931, estuvo roturado

por un aturdimiento regional, a causa de un centralismo a menudo despótico, y por una densidad política y religiosa en apariencia indestructible. Por eso, pretender reducir la Guerra Civil a un desafío entre la izquierda y la derecha no deja de ser una simpleza. La guerra, que se libró entre julio

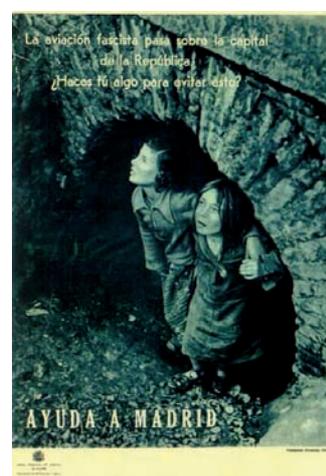
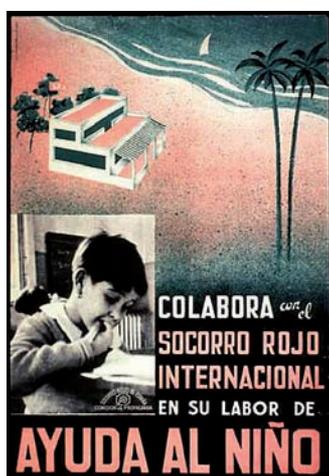
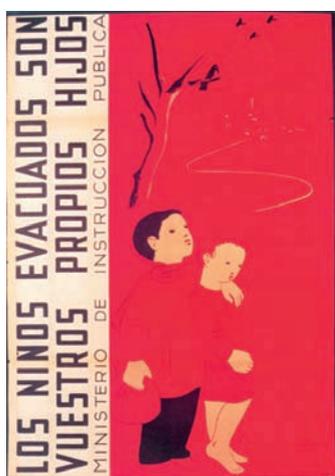
del 36 y abril del 39, que anticipó en tierras de España, con un enorme costo en tragedia y en vidas, la Segunda Guerra Mundial, tiene una complejidad asombrosa que dificulta no solo entender y analizar sus causas, sino seguir el mismo desarrollo de los acontecimientos por la abundancia de circunstancias, con frecuencia confusas y hasta equívocas, que se dieron tanto en el ámbito interno como en el panorama mundial. Aunque parezca increíble, la confrontación de opiniones respecto de lo que ocurrió hace setenta años produce todavía magulladuras y animosidades, como si esa característica innegable de duelo entre dos posiciones ideológicas antagónicas siguiera

haciendo carrera y encontrando una razón de ser. Qué duda cabe de que en la contienda se opusieron la derecha y la izquierda, pero, más allá de un hecho que es incuestionable, aunque esté lejos de explicar del todo el conflicto, esos tres años se vislumbran, y cada vez con mayor claridad, como el primer gran desafío que se produjo en la historia contemporánea entre una vocación democrática, que por fortuna terminó a la postre por imponerse en la península no mucho después de la muerte de Franco, y la convicción, casi incomprensible a estas alturas, a pesar de que en el panorama mundial sigue teniendo vigencia, de que poderes omnímodos, como el absolutismo y el totalitarismo, podían seguir campeando a sus anchas por encima de cualquier otra consideración.

La confrontación entre la izquierda y el *statu quo*, vigente hasta el derrumbe de la monarquía tras unas elecciones municipales en 1931 que ganaron los socialistas, comenzó mucho antes del alzamiento militar y se relacionó, en parte, con las diferencias y contrastes que se daban entre los diversos sectores de un pueblo. Esas desigualdades, y las derivadas ojerizas y discordancias, generaron una sucesión de desquites personales, incluso confesionales y, desde luego, políticos, estimulados, por supuesto, por el surgimiento de una coyuntura universal que no tardó en reflejarse en el contexto peninsular. Al igual que ocurrió en otros ámbitos, sobre todo en la Europa central y del sur, en España brotaron y se fortalecieron partidos de inspiración autocrática, de extrema

derecha, alimentados en parte por el señoritismo que vio amenazado su poder económico, en particular en las regiones más atrasadas, pero también en la mayoría de la geografía ibérica, o por los dogmas de índole tradicional, cuyas posiciones estaban enfrentadas a las de aquellos grupos republicanos de todos los matices que, desde la derecha moderada hasta el anarquismo filosófico pasando, desde luego, por el socialismo y por las diversas tendencias comunistas, creían que la única salida era el afianzamiento de un sistema de gobierno de elección popular que, cuando menos, sentara las bases de una igualdad entre todos los ciudadanos, incluidas las mujeres, lo que no dejó de parecer un exabrupto en los sectores más conservadores. A pesar del caos político de hondas proporciones que surgió en el campo republicano, y de los consiguientes excesos relacionados con un desgobierno flagrante, los años treinta, que finalizaron con la guerra, siguen siendo la referencia de una frustración en el intento de construir una democracia mediante el establecimiento, 150 años después de la Revolución Francesa, de un Estado laico, libre pensador y, sobre todo, igualitario.

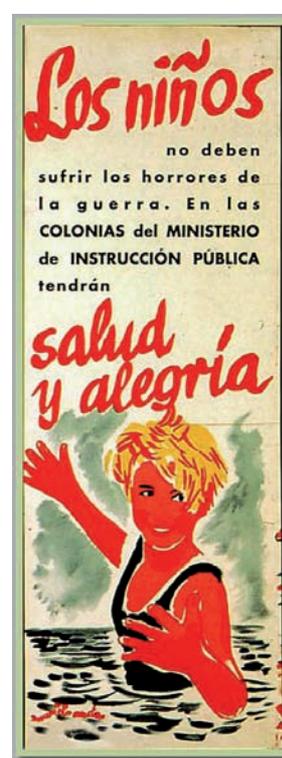
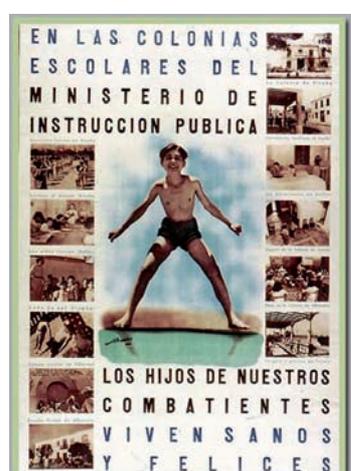
El alzamiento con que se inició la guerra, o el “movimiento”, como se lo llamó desde las filas de la misma rebeldía que lo fraguó anteponiendo el prefijo de “glorioso”, aglutinó una significativa parte del ejército de tierra y un notable segmento de la sociedad tradicionalista encabezada por partidos de derecha como la Falange, las Juventud Obrera Nacional Sindicalista, el Carlismo y los monárquicos,



que defendían unas prácticas defenestradas desde 1931 por un replanteamiento gubernamental que, en medio de un viraje hacia las reivindicaciones sociales, enfrentó una problemática tan enmarañada como para espolear, con motivos sobrados, la afirmación de que “Franco no ganó la guerra, sino que, más bien, la república la perdió”. A propósito de esto último, que como todo intento de sintetización tiene su lado cierto y mucho de mentira, hay que reconocerle al bando derechista, además de una innegable superioridad táctica, fruto de la preparación académica que por obvias razones abundaba en unas filas encabezadas por la crema del generalato de la época, un sentido de unidad que fue estimulado por el propio Franco, quien consiguió transformar un abanico de diferencias, a principios de 1937, en un único partido. Pero también hay que poner énfasis en la inmensa suerte con la que contó ese “caudillo de España por la gracia de Dios” al haber conseguido el apoyo, utilitarista e interesado, de dos regímenes belicosos, cuyo poderío, en ese momento, estaba en su máximo esplendor: el hitleriano de Alemania y el que imperaba en la Italia fascista. Un par de autocracias que vieron en el levantamiento de los militares españoles la posibilidad de que en el extremo suroccidental de Europa se estableciera un sistema análogo al suyo, lo cual generaría unos beneficios estratégicos innegables frente a lo que, en ese momento, muchos veían como inevitable, y que de hecho lo era: una confrontación en ciernes, cuando menos europea, entre los diferentes actores de

una discrepancia filosófica de proporciones mayores.

Entre otros muchos aspectos y significados, que es imposible olvidar cuando se habla de del tema, la Guerra Civil española fue la concreción de una ofensiva del militarismo a ultranza y del caudillismo, como ya se ha dicho, con el apoyo alemán e italiano en el lado nacional, y también del despotismo estalinista en el lado republicano, puesto que la Unión Soviética, bajo la bota de ‘El Padrecito’, no dudó en enviar a la península algunos de sus más distinguidos tácticos y generales, como Rodimstev, que años después habría de hacerse célebre como defensor de Stalingrado, para que apoyaran la lucha o el amparo de una suerte de franquicia que, por la presencia en las cortes y en el Gobierno de un Partido Comunista fuerte, resultaba también, desde el ángulo soviético, estimable y necesaria en función de conseguir un avance formidable en el panorama europeo de la “dictadura del proletariado”. No obstante, en el análisis de la Guerra Civil no es posible dejar de lado el aspecto que tuvo de revolución popular: en ese maremagno en que se convirtió la tierra de España, una parte muy significativa del pueblo de las clases media y baja, sobre todo en el campo republicano, además de alzarse en armas con el fin de proteger una institucionalidad y de reemplazar en parte el ejército regular, que de defensor del Estado pasó a convertirse en el enemigo, no solo se alistó, sino que protagonizó actos de un extraordinario heroísmo, y, a la vez, de una crueldad exacerbada en



el intento por salvaguardar las que consideraba, y que en realidad lo eran, conquistas políticas sociales que, de no haber sido truncadas, acaso habrían llegado a tener un enorme alcance, y que tal vez hubieran situado a la nación española a la vanguardia de

Europa en lo que se refiere a la implantación de unas normas de convivencia con un profundo sentido igualitario. En lo que se refiere a las tendencias en conflicto, la guerra, además, tuvo mucho de careo entre la religión, que había jugado el papel de eje ideológico del país y que pretendía seguir jugándolo, y una secularización que debió de entrañar el consiguiente respeto por la libertad de pensamiento, aunque, tal como ocurrió en ambos lados, el fanatismo acabó por desvirtuar, con funestas consecuencias, la esencia del pensamiento democrático.

Hay que hacer hincapié en que la Guerra de España, como resultado de esa búsqueda desafortunada de una supremacía militar a la cual se enfrentaban las potencias, se convirtió en laboratorio siniestro del ánimo belicista de los países que, de manera oficiosa, se involucraron en el conflicto. Además, si se analiza desde un punto de vista internacional e histórico, fue un enfrentamiento que, en su momento, reflejó el pánico que empezaba a sentir la intelectualidad de todo el mundo frente al formidable avance de la amenaza fascista. Este último punto quedó de sobra demostrado cuando, poco después del alzamiento, no se hizo esperar la presencia en el suelo español de las famosas Brigadas Internacionales, compuestas por voluntarios de muchos países, entre los cuales se contaron personajes de talla mundial, como Ernest Hemingway, John Dos Passos, Pablo Neruda, W. H. Auden, George Orwell, Robert Capa y Henri Cartier-Bresson, entre

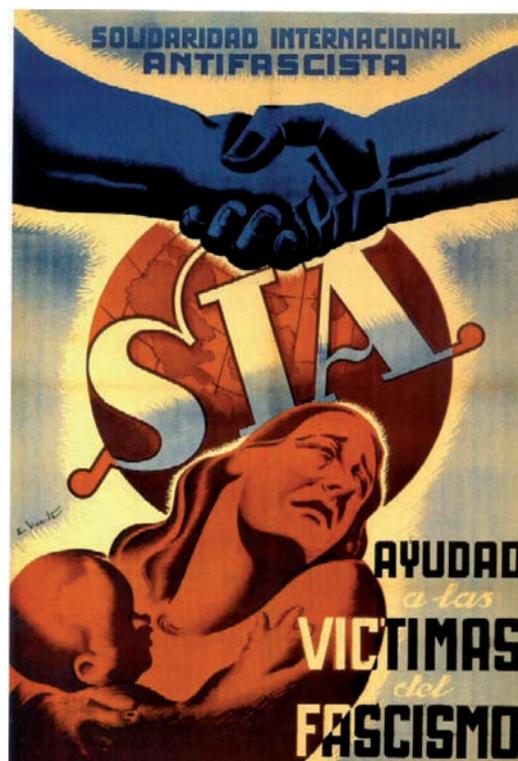


muchos otros, que convirtieron esa especie de pugna de las ideologías, de los criterios imperantes en el pasado enfrentados a la posibilidad de un refrescamiento conceptual y del duelo entre la intransigencia y la autonomía, en el escenario simbólico de una

lucha universal por la libertad. En una singularidad, que todavía resulta incomprensible, la Guerra Civil también puso en evidencia la irresolución, o la cobardía política, de algunas naciones, y hasta un “complejo sistema de farsa oficial construido laboriosamente”, según las opiniones de Churchill respecto del Tratado de Pascua, que en 1938 Inglaterra firmó con una Italia ya comprometida con el franquismo. En efecto, en la actitud de los gobiernos de Francia e Inglaterra frente al conflicto español, a través de la tesis de la “no intervención” que también empapó a los Estados Unidos, se puso en evidencia una infinita vacilación, que a la postre contribuyó con la caída de una república que, a pesar de haber sido acusada de satélite soviético por las ultraderechas de la época y por el neoliberalismo posterior, no tuvo, por lo menos al principio, una condición diferente a la de ser un sistema plural y, aunque parezca un exabrupto, similar al americano. La timidez de muchas naciones resultó inexcusable, en particular los dos países europeos cuyo pensamiento y trayectoria fueron determinantes para el desarrollo del liberalismo tal como se entendía en la primera mitad del siglo XX. De hecho, el Estado español legítimo, al final de cuentas, solo contó, en lo que a la praxis guerrera se refiere, con el apoyo de varios partidos comunistas de diversos países, aún impregnados de cierto romanticismo rebelde, con el muy magro de la república mexicana, no del todo recuperada de su propio proceso revolucionario, y con el

soviético de índole estalinista que pretendía, por su cuenta, al igual que ocurrió con la participación flagrante de Alemania e Italia, sacarle todo el kilometraje posible al conflicto.

A pesar del trágico desangre, generado en parte por una crueldad que fue producto del exacerbado fanatismo de lado y lado, la contienda también fue, para muchos, la última guerra romántica, no solo por lo que tuvo de novelesca, en parte gracias a un clásico de la narrativa moderna, como es *¿Por quién doblan las campanas?*, de Hemingway, sino por el significado de “causa justa” que supuso esa posición, nacida en las entrañas de muchos intelectuales extranjeros, de defender la república española. En un designio nefasto, fue, asimismo, la primera guerra contemporánea en la cual se probó, como si las ciudades y los pueblos de España hubiesen estado poblados por conejillos de indias, una tecnología bélica desarrollada por las naciones más poderosas tras la guerra europea del año 14. En ese sentido, el modelo ensayado por la legión Cóndor en la ofensiva del norte, cuya atrocidad sigue conmoviendo, le dio carta de naturaleza, ya durante la guerra mundial, al hecho de atacar, de lado y lado, ciudades que no representaban objetivos militares mayores, como Londres, Hamburgo, Berlín, Coventry y, a escala gigantesca, como con los más funestos resultados imaginables, Hiroshima o Nagasaki. A este respecto, en la Guerra de España el uso de una aviación bastante más desarrollada que aquellos escuadrones que habían participado en la anterior guerra mundial jugó un papel definitivo. Así lo prueban el establecimiento del primer puente aéreo que recuerda la historia, muy en los albores de la contienda, que hubiera sido imposible de no contar con los aviones suministrados por Hitler y por Mussolini, y que se organizó con el fin de trasladar las tropas franquistas desde África hasta Andalucía, en razón al muy escaso soporte náutico del que disponían los alzados en armas; los bombardeos de Madrid, ejecutados al alimón por los escuadrones rebeldes, italianos y alemanes; acciones tan repugnantes como las incursiones de la aviación teutona que redujeron poco menos





que a cenizas a poblaciones vascas como Guernica, en un día de mercado, y Durango, que se convirtieron, a su turno, en los primeros objetivos civiles bombardeados desde el aire y, para no extender demasiado una enumeración que podría ser interminable, las ráfagas de metralla que se lanzaron sobre diversos barrios de Barcelona en la ofensiva que llevaron a cabo los escuadrones italianos por orden inconsulta de Ciano y Mussolini, en 1938.

La repercusión de la Guerra Civil fuera de la península fue tal que, en todos los países, incluidos los hispanoamericanos, la opinión pública se fragmentó, tomó partido y las provocaciones entre los seguidores de uno y otro bando no se hicieron esperar. En Bogotá, por ejemplo, en la esquina de la carrera 7ª con la avenida Jiménez, los grupos de liberales, seguidores entusiastas de la república, y los conservadores, franquistas a ultranza, esperaban con una ansiedad, que crecía por momentos dependiendo de la batalla que se librara ese día, noticias sobre lo ocurrido en el intento por dominar a Belchite, en la ofensiva de Brunete, en una de las tantas tomas de Teruel o en el asalto del Jarama que, hacia el atardecer, solían desplegarse en las carteleras, manuales, desde luego, instaladas en la azotea del diario *El Tiempo*. Eso les permitía a los seguidores del conflicto, de uno y otro bando, conocer con cierta rapidez lo que había ocurrido en ultramar sin verse obligados a esperar hasta la edición matutina del periódico. En algunas ocasiones, dichos grupos llegaron al extremo de irse a las manos por una guerra que, si bien se libraba a 10.000 kilómetros de distancia,

sus repercusiones se sentían en las entrañas. Mientras tanto, las embajadas españolas de la República organizaban colectas para canalizar la ayuda de los progresistas hacia la causa de la democracia. A su turno, las fuerzas de la derecha local constituían sedes de la falange española, con el beneplácito de la peninsular, como ocurrió en la capital colombiana, donde se fundó una seccional con el apoyo tácito de varios políticos conservadores, algo que, a pesar de ser ilegal, consiguió recaudar fondos para las tropas nacionales.

Intentar una síntesis de episodios, de batallas, de situaciones extremas, de crímenes y de gestas heroicas ocurridos en la Guerra de España resulta imposible. Hay una inmensa bibliografía que da cuenta de la barbarie, y, en particular, es la producida por una serie de historiadores de origen sajón, como Hugh Thomas, Paul Preston, Ronald Fraser y Antony Beevor, entre muchos otros, la que, si cabe, ha conseguido unas cotas más altas de objetividad. Sin embargo, como en una larguísima producción cinematográfica, cuando se habla de la Guerra de España surgen al instante, en un caleidoscopio trágico, estampas de momentos que se han ido enquistando tanto en la reminiscencia como en los ámbitos de la imaginación. Están, por supuesto, los desmanes de lado y lado, precipitados por un atroz deseo de vengarse y, en parte, por una pretendida coherencia que jamás justificará el asesinato. Como viñetas fatídicas aparecen, entre otras muchas y al desgaire, las ejecuciones, a todas luces absurdas, de Federico García Lorca, liquidado en Granada,

en su Granada, en un nefasto amanecer, por quienes habrían de ganar la guerra, o la del comediógrafo Pedro Muñoz Seca, acribillado por su monarquismo en Paracuellos del Jarama por los milicianos republicanos que defendían a Madrid. Son apenas dos nombres que simbolizan una mortandad que fue impresionante y que traen consigo las imágenes de otros muchos intelectuales y ciudadanos del común que, como Miguel de Unamuno o Antonio Machado terminaron por ser, hasta cierto punto, víctimas de la intolerancia.

Imposible olvidar la brutalidad, las torturas y los asesinatos que se dieron en los dos lados. Cuando hay sangre de por medio no importan los colores ni las creencias: en las reminiscencias de la tragedia de un pueblo enfrentado a sí mismo, como también ha ocurrido en este lado del Atlántico desde hace más de cien años, brotan como salidos de un relato de barbarie sin cuento, o de un esperpento, los bombardeos de un Madrid con hambre sobre el cual, además de las cargas de explosivos se arrojaban, de vez en cuando, barras de pan para demostrarle a los famélicos habitantes de la ciudad que se estaba mejor del otro lado, donde había tanta comida que alcanzaba para tirarla. Atizadas por las fuentes documentales, por los libros, por las fotografías, por los rastros de algún documental, se proyectan, como en una película dantesca, las imágenes de las batallas, ganadas por unos y perdidas por otros. ¿Qué más da cuál fue la identidad de los triunfadores en la toma de Gijón o en el

Alto de los Leones? En medio de la conmemoración de una desventura surgen los recuerdos de la batalla de Guadalajara, de la definitiva del Ebro, de la masacre para tomar Toledo y rescatar el Alcázar; las escaramuzas en el Guadarrama, en Somosierra y en Brunete o el aplastamiento de las columnas republicanas en Trijueque y en Brihuega. Se vislumbra el tire y afloje para hacerse con Teruel, la ciudad de Aragón en cuyo dominio se sucedieron los dos bandos, y las ráfagas de metralla, lanzadas desde un par de cañoneros, fondeados en el mar, para detener a quienes intentaban tomar la carretera de Almería para huir de una Málaga a punto de caer ¿Cómo olvidar lo sucedido en Asturias y los diversos episodios de la guerra en el norte o la imagen de los niños españoles, camino de Rusia, a punto de iniciar un exilio que para muchos de ellos no tendría fin? Tampoco cabe soslayar la procesión llena de nostalgia y de dolor de los últimos republicanos, ya vencidos, camino de Francia tras la toma de Barcelona; ni la desesperación de algunos por abordar los últimos barcos que salían de Alicante, poco después de la llegada de las tropas franquistas a Madrid; ni que en un pequeño estudio de la Radio Nacional de España, en Burgos, Fernando Fernández de Córdoba leyera un comunicado, firmado por Francisco Franco, que decía: “En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, primero de abril de 1939, año de la victoria”.



Carteles tomados de
Memoria Republicana,
Sociedad Benéfica
de Historiadores
Aficionados y Creadores.
www.sbhac.net
www.guerracivil.org



A propósito de un bicentenario

JOSÉ TRIANA Y EL RESCATE DE LA OBRA DE MUTIS

SANTIAGO DÍAZ PIEDRAHITA

El 11 de septiembre de 2008 se completaron dos siglos del sensible deceso de don José Celestino Mutis, médico, botánico, astrónomo real de Santafé, naturalista, mineralogista, bibliófilo, catedrático, consultor oficial en variadas materias y sacerdote; a través de tan diversas facetas, Mutis aparece como el más connotado de los ilustrados de la Nueva Granada. Como tal, fue allí uno de los innovadores de la educación, merced a su papel de introductor de nuevas cátedras, como la de matemáticas, inaugurada en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y la medicina, que ayudó a organizar al padre Isla en esa institución. También fue gestor de una Sociedad Económica de Amigos del País, cuyo propósito primordial era promover y poner en práctica los medios para fomentar la agricultura, la cría de ganados, la industria, el comercio, las ciencias útiles y las artes liberales.

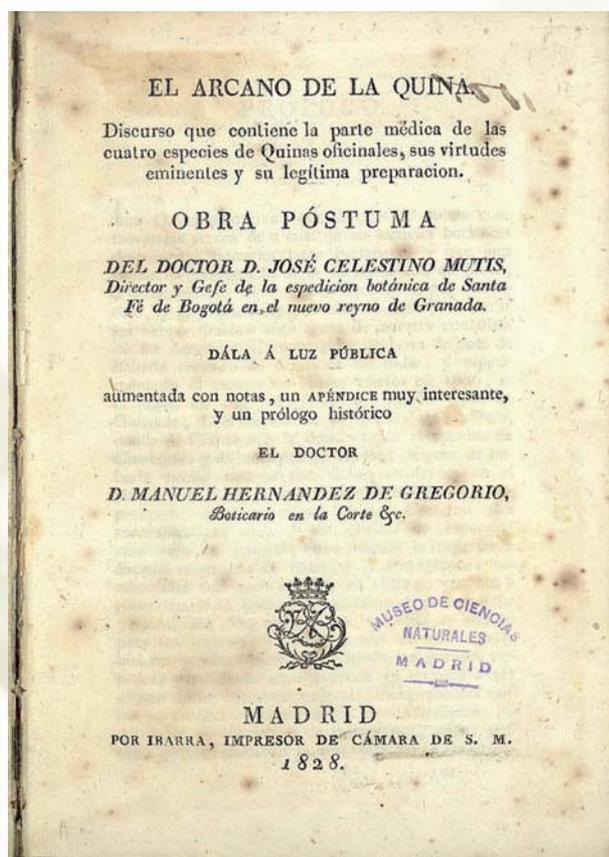
La Expedición Botánica fue la máxima empresa científica del período colonial, y por ello es referente obligado de la ciencia colombiana. En su seno se formaron o perfeccionaron en las ciencias varios ilustrados que actuaron como líderes del movimiento del 20 de julio de 1810; no existen bases para plantear que Mutis haya albergado en su mente propósitos independentistas o que haya tenido nexos con la masonería, como sí los tuvieron muchos de los complotados. Mutis, nunca pensó en preparar líderes políticos; estos se formaron sin su ayuda, pero sí a la sombra de su biblioteca y de su ideario. La Expedición, como tal, no fue un abrigo de insurgentes; las ideas de emancipación se ventilaban en el seno de las tertulias literarias y en las aulas de los colegios mayores. El Observatorio Astronómico de Santafé, dependencia de la Expedición, sí se utilizó como sitio de reunión por los complotados del movimiento del 20 de julio de 1810, cuando había transcurrido año y medio del fallecimiento del gaditano.

La Expedición fue la más importante de las iniciativas planteadas por Mutis, y desde un comienzo contó con el apoyo decisivo del arzobispo y virrey Antonio Caballero y Góngora, quien la hizo realidad cuando el naturalista había dejado de lado la idea de

emprenderla. La Expedición funcionó por casi tres décadas. En 1814 se realizó un riguroso inventario de los materiales acopiados (que incluían el herbario, las láminas de la flora, las colecciones zoológicas y mineralógicas, curiosidades y abundantes manuscritos). Producida la reconquista española, tales materiales fueron empacados con celeridad en 104 cajones que se enviaron a Madrid en 1816. Tras la remisión, la Expedición se convirtió, más que en un recuerdo, en una gloriosa tradición magnificada por la circunstancia de haber sido sacrificados sus más importantes colaboradores y haberse perdido para el país el herbario, las lujosas acuarelas de la flora y los cuadros representativos de la fauna y de los indígenas en su modo natural de vestir; desde entonces, persiste el sentimiento generalizado de que Pablo Morillo, Juan Sámano y Pascual Enrile y Alcedo le arrebataron al país uno de sus patrimonios más preciados.

La Expedición ha debido ser núcleo de un museo y base de una universidad; sin embargo, como consecuencia de la falta de resultados, especialmente de la ausencia de publicaciones, su actividad quedó circunscrita a la simple exploración de la flora en una parte reducida del territorio colombiano, a la que acompañaron algunas investigaciones sobre las quinas, así como sobre astronomía, zoología y minería. Al quedar inéditos los trabajos de la Expedición, la cuidadosa labor científica perdió vigencia; en contraste, la obra en pro de la cultura revive periódicamente y ha jalonado el florecimiento de las ciencias en nuestro país.

Una evaluación de la actividad científica y de las ejecutorias de la Expedición, en particular de las tareas botánicas, permite concluir que su obra máxima fue la extraordinaria y abundante iconografía, de la cual se conservan 2.945 láminas iluminadas en color y 2.448 réplicas monocromas para el grabador, todas realizadas con el máximo lujo. Allí aparecen representadas cerca de 2.700 especies, es decir, una décima parte de la rica flora colombiana. Como legado de la Expedición quedaron, además, algunas publicaciones sueltas, como *El arcano de la quina*, y unas cuantas descripciones, así como abundantes cartas, apuntes y observaciones. Quedó también una colección



de cerca de veinte mil pliegos de herbario, que, de acuerdo con la numeración asignada en 1932, corresponden a 6.383 números de colección. Las anteriores aclaraciones no pretenden minimizar la labor de Mutis como botánico; el estudio de sus notas y manuscritos permite ver claramente la agudeza de sus observaciones, que en muchos casos le permitieron deducir interesantes novedades que, tristemente, no fueron publicadas, motivo por el cual perdieron vigencia.

Los elementos enviados a Madrid en 1816 fueron separados por materias, los pertinentes a la zoología y a la mineralogía fueron destinados al Museo de Historia Natural, y los correspondientes a la botánica quedaron bajo la custodia del Jardín Botánico de Madrid. Algunos mapas considerados estratégicos pasaron a los archivos militares.

Pascual Enrile era conocido de Mariano Lagasca, entonces director del Jardín Botánico de Madrid. Este último se lamentaba de que allí no hubiese ningún material proveniente de la Nueva Granada ni de la expedición

de Mutis, motivo por el cual sugirió se aprovechara la reconquista para confiscarlo todo y trasladarlo a Madrid. Pasado el natural entusiasmo que suscitaron las acuarelas, las pinturas, los escritos y el herbario, cayeron en el olvido, junto a los materiales provenientes de otras expediciones. Corresponderían al notable botánico colombiano José Jerónimo Triana, el rescate de la flora y los primeros intentos por publicarla. La oportunidad de estudiar ordenar y clasificar las láminas se dio en 1882, luego de múltiples e insistentes esfuerzos. En desarrollo de este trabajo, que duró alrededor de dos meses, Triana clasificó las más de 6.000 láminas, ordenándolas por familias, tribus y géneros de acuerdo con el Sistema de Stephan Endlicher; tras ello, elaboró dos catálogos, uno en el orden en que las encontró y otro en el que las dejó.

Los persistentes esfuerzos por conocer y examinar las láminas se pueden resumir como sigue: el 19 de febrero de 1862, Triana presentó ante la Dirección de Instrucción Pública del Gobierno español una completa exposición de motivos para pedir se le autorizase a estudiar las colecciones de la Expedición; en el mismo documento solicitaba se le permitiese clasificar, copiar y publicar dichas láminas en bien de la ciencia y para hacer justicia a los integrantes de la Expedición de la Nueva Granada. Pasados dos años, luego de estudiado el respectivo expediente y analizados los informes pertinentes, el 20 de mayo de 1864 fue expedida una Real Orden mediante la cual se le autorizaba a dar cumplimiento a sus deseos. Se delegó en el rector de la Universidad Central y en el ministro de Estado notificar al interesado acerca de los resultados de su solicitud. Por razones injustificables, pasarían diecisiete años sin que se cumplieren la notificación y la Real Orden. La tenacidad y persistencia de Triana en sus solicitudes y una serie de circunstancias del todo casuales, lograrían revivir y poner de nuevo sobre el tapete los intereses del botánico neogranadino y rescatar a la flora del olvido.

El martes 16 de enero de 1866 apareció en el periódico *La Correspondencia de España – Diario Universal de Noticias* el siguiente comunicado:

Hoy se ha presentado al señor director general de Instrucción Pública, el distinguido naturalista de Nueva Granada, señor Triana, que acaba de llegar á esta corte con objeto de estudiar la flora de América del Sur en el Museo de Ciencias Naturales y proponer el canje de objetos, duplicados á fin de enriquecer las colecciones de ambos países. El Sr. Silvela ha expedido inmediatamente las órdenes necesarias para que desde luego se le facilite al Sr. Triana la entrada al Museo de Ciencias y pueda llevar á efecto su idea.

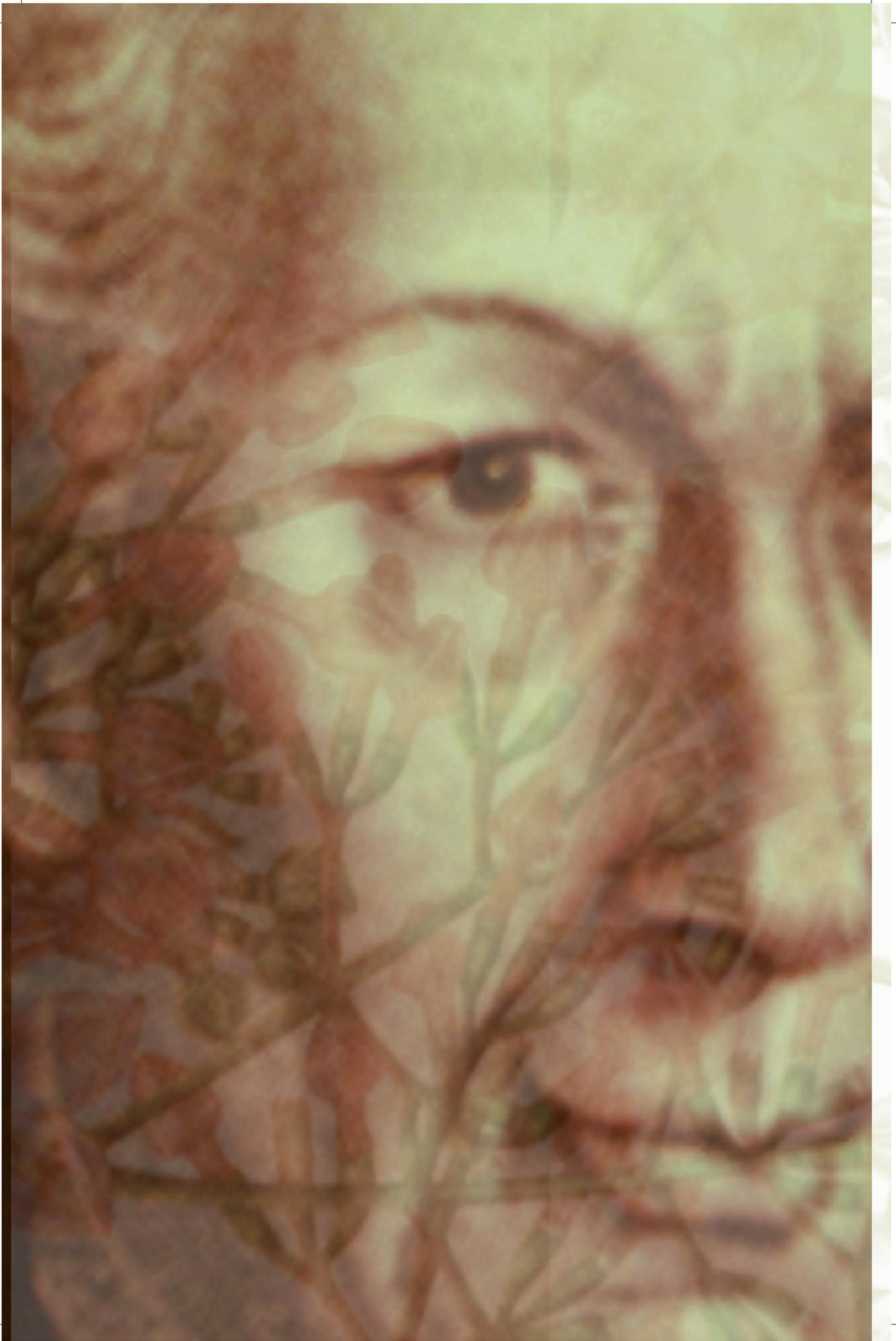
Era este el primer intento de Triana por examinar los materiales de la Expedición mutisiana. Tres años antes, había logrado datos concretos sobre dichos elementos a través de Ramón de la Sagra, notable geógrafo y naturalista con quien había entablado lazos de amistad, pues ambos residían en París. En mayo de 1863, De la Sagra le comentaba a Triana como, antes de abandonar esa ciudad, había visitado al embajador español con el fin de interceder en su favor, en la esperanza de lograr un permiso y facilidades para consultar las colecciones de Mutis. En el mismo documento se señala que el Embajador no tenía noticia alguna en relación con las recomendaciones hechas, tanto por el ministro de Asuntos Extranjeros de Francia y a la vez Presidente de la Sociedad de Aclimatación como por el Director del Museo de Historia Natural de París; renglones adelante, De la Sagra añade información sobre el estado en el que se encuentran las colecciones de Mutis, de las cuales se ha realizado un inventario reciente.

El interés de Triana en la obra de Mutis provenía de su padre, el pedagogo e intelectual José María Triana Algarra, interés que se había acrecentado durante su etapa de preparación como botánico sistemático. El médico y naturalista registra esta influencia en unas reminiscencias destinadas al *Diario de Cundinamarca*. Allí recuerda cómo, un día en que acababa de descender del cerro de Monserrate, se detuvo en el Molino del Cubo, residencia del pintor Francisco Javier Matiz, entonces envejecido y olvidadizo, para que le ayudase a clasificar las plantas recolectadas;

ya en su casa, cuando las examinaba de nuevo, llegaron a sus manos algunos libros enviados desde Europa por Jean-Jules Linden, destacado botánico luxemburgués que había visitado Colombia en la primera mitad del siglo XIX y a quien Triana le enviaba cigarros de Ambalema, muestras de plantas y artesanías de iraca a cambio de publicaciones. Entre los libros recibidos destacaba por su tamaño y presentación la *Historia de las quinas*, de Weddell. Ojeando dicho libro, encontró varias sorpresas, como la de ver citado a Mutis, nombre familiar por haberlo escuchado repetidamente de boca de su padre, cuando con entusiasmo le comentaba acerca de la extraordinaria colección de láminas que había ejecutado la Expedición, y acerca de la importancia y riqueza de los bosques tropicales, de sus recursos y de la necesidad de estudiarlos. Allí, Triana da testimonio de haber elegido el estudio de la Botánica como accesorio de la Medicina influido por el nombre del naturalista gaditano.

Para Triana era una obsesión contemplar por sí mismo ese tesoro que conformaban los materiales reunidos por la Expedición Botánica. La gestión iniciada en 1861 fue, en parte, infructuosa, a pesar de ser él, y por motivos circunstanciales, la única persona en capacidad de determinar tales láminas. Era aspiración de Triana que el Gobierno español le costeara los gastos de viaje y de permanencia durante el tiempo necesario para adelantar la tarea, o, en su defecto, le facilitara las láminas monocromas destinadas al grabado para realizar la clasificación. Era entonces el momento apropiado para dar a luz los trabajos de Mutis sacándolos del olvido, labor que él podía adelantar con facilidad y sin mayores costos.

En su memorial, Triana señala que ha examinado en forma rápida los materiales y que los ha encontrado detallada y rigurosamente inventariados y en buen estado de conservación. En el citado documento califica y describe los archivos, se refiere al herbario señalando que carece de determinaciones, de numeración y de concordancia con las láminas y los



manuscritos. Es obvio que no pudo examinarlo en detalle y que pasó por alto las referencias que permitían encontrar la correspondencia entre los diversos materiales de la Expedición; esto mismo ocurriría a distintas personas que lo examinaron a lo largo de 170 años, hecho explicable en parte por la atracción que ejercía la admirable colección iconográfica, factor que desviaba la atención de los investigadores, y relegaba a segundo o tercer plano el examen de los ejemplares del herbario y de los documentos.

Diferentes causas habían dado lugar en España a cierto desinterés por el estudio de los materiales fruto de las expediciones realizadas durante el período de la Ilustración. En 1861, los miembros del Real Consejo de Agricultura, Industria y Comercio habían mostrado preocupación por la falta de publicación y propagación de buen número de obras relacionadas con la agricultura. En un expediente relativo a este hecho, se señala la inquietud por establecer el paradero de varias publicaciones, en particular, el de algunos manuscritos de indudable interés, que de ser hallados debían difundirse, tanto por su importancia, como para honrar a sus autores y a la nación española.

En el informe pertinente, publicado en el Boletín Oficial del Ministerio de Fomento, se analizan brevemente importantes obras referentes a la historia natural, que permanecían olvidadas; se citan la edición moderna de las *Etimologías*, de San Isidoro de Sevilla; algunos escritos de autores árabe-hispanos; las obras de Alonso de Herrera y Francisco de Hernández; la *Flora Caesar Augustana*, de Gregorio de Echandía; la *Synopsis Stirpium Indigenarum Aragoniae*, de Ignacio de Asso; la *Historia natural de Granada*, de Rojas Clemente; la *Ceres española*, de Mariano Lagasca; la *Flora de las islas Filipinas*, de Fray Manuel Blanco; la *Flora de la Nueva Granada*, de Mutis; la *Flora peruana y chilena y su Pródromo*, de Ruiz y Pavón; la *Historia física y política de la isla de Cuba*, de Ramón de la Sagra; la *Flora Cumanensis*, de Pedro Loeffling; la *Flora de Cuba*, de Esteban Boldó; la *Flora de México y Guatemala*, de Sessé y Mociño; y las *Plantas Filipinas* de Neé. Tras el

análisis de cada una de estas obras, se relaciona un inventario de lo hallado en cada caso. En lo que a la Expedición de la Nueva Granada se refiere, destaca la existencia de las láminas, admirables por su belleza y precisión, pero carentes de clasificación, de 75 cajones de plantas secas y de numerosas descripciones inéditas.

Del meticuloso examen realizado por los profesores de botánica y por el bibliotecario archivero de este jardín resultaron, en lo que respecta a la expedición dirigida por Mutis, los siguientes materiales: 6.849 dibujos además de los diarios, descripciones, apuntes y observaciones, “todo suelto sin formar cuerpo, cuyos escritos, según inventarios llegarán a unos cuatrocientos folios”; la *Memoria de las palmas de la Nueva Granada*. La Comisión pedía al Consejo remover los obstáculos que tenían condenadas al perpetuo olvido tantas obras de interés y solicitaba se publicasen los trabajos que se hallaban en el Jardín Botánico de Madrid, entre ellos las obras de Mutis antes citadas. A pesar del interés de la Comisión y del Consejo para difundir los textos enumerados, en particular aquellos resultados de las expediciones botánicas españolas de finales del siglo XVIII y principios del XIX, la obra de Mutis no llegó a editarse. Las *Observaciones sobre el sueño y vigilia de las plantas* las publicaría Gredilla a comienzos del siglo XX como apéndice de su biografía del naturalista gaditano; la extraordinaria e incomparable colección de láminas, que tanta admiración había causado, tan solo comenzaría a publicarse, en forma intermitente, a partir de 1952, cuando finalmente entró en vigencia el convenio cultural binacional promovido con gran tenacidad y a lo largo de 45 años por Enrique Pérez Arbeláez.

A pesar de los aparentes fracasos de sus gestiones, Triana seguía insistiendo en su intención de publicar las láminas; en 1878 hizo varias diligencias, aprovechando la realización de la Exposición Universal de París. Al respecto, teniendo en cuenta que el Gobierno español enviaría con destino a su pabellón una muestra de las láminas de Mutis, propuso, a través de la asamblea de

investigadores del Museo de Historia Natural de París, que se mandara la totalidad de las láminas, las cuales, luego de ser exhibidas en el certamen, serían determinadas e identificadas por él con la ayuda de los medios y del personal de esa institución. Como se señala en varios documentos, en ese momento era Triana el único botánico especializado en flora colombiana y el único capaz de clasificar las láminas. Con destino a la exposición se enviaron dos tomos correspondientes a la familia de las rubiáceas, uno de láminas de quina y el otro con el manuscrito pertinente al árbol productor de las cortezas antifebrífugas. La totalidad de la colección no sería enviada por temor a las contingencias del viaje.

Las gestiones resultaron infructuosas al no llegarse a ningún acuerdo con el Gobierno español en el propósito de determinar las láminas con ocasión de la realización de la Exposición de París de 1878. Los tomos enviados estaban lujosamente encuadernados y correspondían a los originales de los textos de *El arcano de la quina* acompañados de algunas de las láminas de las quinas o cinchonas. Se exhibía así la obra póstuma de Mutis, cuyo título correcto es *Historia de los árboles de la quina*, trabajo corregido y actualizado por Sinforsoso Mutis, que se conserva en este Real Jardín Botánico de Madrid.

Finalmente, gracias a un hecho casual, se logró la autorización definitiva con fecha del 22 de marzo de 1881; en contraste con la resistencia mostrada en anteriores oportunidades, esta Real Orden resultó bastante generosa y permitía no solo la clasificación de las láminas y su denominación, sino que dejaba en libertad a Triana para publicarlas por su cuenta, haciendo uso de cualquier método, foto, cromo o litográfico, siempre y cuando el sistema elegido evitara cualquier riesgo de desperfecto o extravío.

De las reiteradas gestiones, la que tuvo éxito se debió más a la casualidad que a cualquier otro factor. Cuando el conde Fernando de Lesseps visitó en 1879 Panamá con el fin de definir los planos para la construcción de un canal interoceánico, entabló una buena amistad con don Carlos Holguín, quien

había ido allí como representante del Estado Soberano de Cundinamarca. En 1880, el entonces obispo de Panamá, monseñor José Telésforo Paúl, pidió a Holguín (cuando por esta vía se dirigía hacia Londres a ocupar el cargo de embajador) que lo representara como padrino en el bautizo del menor de los hijos de Lesseps, quien le había designado para tal honor. La madrina sería la Reina de España, doña Isabel II. Bien conocida es la anécdota que el propio Holguín recuerda en sus *Memorias*, así como bien conocidas son las relaciones mantenidas posteriormente por los dos personajes y las consecuencias que tuvieron. Al concluir la ceremonia, la Reina preguntó a Holguín:

“¿Qué relación queda existiendo entre nosotros?”. Éste respondió: “No conozco ninguna palabra para expresar esas relaciones, pero seremos lo que su majestad guste”. “Pues si a usted le gusta seremos compadre y comadre, contestó ella”, y, tomándole del brazo le invitó a dar un paseo durante el cual le hizo repetidos ofrecimientos de amistad y le exigió no abandonara París sin antes visitarla.

Añade Holguín:

Me recibió con muestras singulares de amabilidad, que ella misma creyó deber agregarme: “No crea usted que soy así con todo el mundo; le ofrezco mi amistad, porque tengo intención y voluntad de ser su amiga y la prueba la tendrá usted el día en que algo se le ofrezca”.

Holguín aprovechó esta oportunidad para manifestarle que desde 1816 se encontraban en Madrid las colecciones de Mutis, las cuales, como ya se señaló, salieron de Santafé como una consecuencia más de la reconquista española. El embajador Holguín explicó a la Reina, cómo Triana había tropezado con múltiples dificultades y negativas que le habían impedido cristalizar sus deseos. La Reina, al despedirse, manifestó a Holguín que podía comunicar a Triana como cosa segura que contaría con el permiso respectivo.

En algunas cartas firmadas por Luis M. Ruiz y Ángel Calderón, presuntos

intermediarios de Triana ante las autoridades ministeriales en Madrid, se da a entender que la gestión de la Reina no tuvo la efectividad esperada. No obstante, los testimonios de Holguín y del propio Triana ponen de presente que Isabel II de España sí cumplió su promesa. Al respecto, vale la pena conocer el texto de una carta dirigida en 1881 por Holguín a Triana donde le señala:

Mi estimado amigo:

Tengo el gusto de anunciarle que he recibido una carta de S. M. la Reina de España á la cual acompaña una que le ha sido dirigida por el Sr. don Fermín de Lasala y Collado, ministro de Fomento en la cual éste le dice:

Varias han sido en diferentes casos las dificultades que se han presentado para acceder á proyectos como el expresado en la nota del Sr. Triana que V. M. se sirve recomendarme. Pero en mi deseo de dejar complacida á V. M., tan pronto como Triana se presente en Madrid daré las órdenes oportunas para que á él le facilite el director del Jardín Botánico los medios de realizar la clasificación de la colección botánica del Sr. Mutis y fotografiar las láminas que considere conveniente, entendiéndose, como él mismo lo dice, que lo hará sin dispendio alguno para el Estado. Hoy y siempre me es muy grato contestar á V. M. en los términos que puede desear.

La Reina se manifiesta muy contenta de haber podido obtener este resultado y me lo manifiesta así en una carta muy amable que con tal objeto me dirige. Y yo a mi turno experimento un gran placer en haber podido contribuir aunque indirectamente al logro de tan elevados y patrióticos deseos de Ud.

Emanada la Real Orden, el botánico neogranadino se encaminó en cuanto pudo hacia Madrid con el fin de dar cumplimiento a sus viejos anhelos. Debió aplazar el viaje, inicialmente programado para el otoño de 1881, para atender asuntos oficiales y asistir a un congreso sobre la electricidad. En mayo de 1882 por fin se llegó al Real Jardín para dedicarse a la tarea que tantos esfuerzos le había costado. Allí determinó las láminas a nivel de género y aún de especie en un alto porcentaje, las clasificó agrupándolas por

familias, las ordenó en 41 carpetas y elaboró dos catálogos. Aunque contaba con el permiso para publicarlas, este deseo tan solo se hizo realidad con 31 de ellas, con las cuales ilustró su libro *Nouvelles études sur les quinquinas*. Los originales que sirvieron para hacer las copias facsimilares eran parte del álbum exhibido por España en la Exposición Universal de París de 1867. Triana intentó publicar las láminas e hizo varios contactos para ello con impresores de Madrid y París, como J. Laurent y Cía. y Societés des Photo Reliefs et Photogravure Reunies; como consecuencia de los elevados costos del proceso de fototipia (30 francos por lámina), y por falta del adecuado financiamiento, estos intentos resultaron fallidos. Su anhelo de dar a conocer la totalidad de las láminas solo se comenzó a hacer realidad después de casi setenta años, al quedar protocolizado en 1952 el acuerdo cultural suscrito entre Colombia y España.

En una carta fechada el 15 de septiembre de 1874, dirigida al doctor Hermann Shumacher como respuesta a varios interrogantes, comenta Triana sus impresiones personales sobre el Real Jardín Botánico de Madrid y sobre el estado en la cual se encontraban las colecciones de Mutis cuando por fin pudo examinarlas. Schumacher fue el primer embajador de Alemania en Colombia y preparaba entonces tres biografías: una sobre Mutis, otra sobre Caldas y una tercera sobre Agustín Codazzi.

En el documento citado, señala Triana:

[...] Por último no puede ser más lisonjero para mí, el que U. se digne hacerme algunas preguntas respecto de cuestiones dudosas con que ha tropezado en sus estudios. Aunque la solución sea casi imposible faltando los documentos indispensables. Ensayaré con gusto satisfacer los deseos de U. A este efecto no estará por demás que envíe a U. dos manuscritos en que tal vez encontrará una nueva luz.

El uno de ellos es la copia de un memorial que presenté al Gobierno español en 1866 en el cual hago la relación sucinta de la clase de documentos que hoy componen el depósito de la Expedición Mutis e indico el estado en que se hallan. Bastará añadir que el copioso archivo

está colocado en una gran pieza del primer piso de una especie de granja á la entrada del jardín botánico de Madrid, pieza esta como abandonada y de que han tomado entera posesión los ratones. Por lo pronto no tiene otra entrada sino un agujero en la puerta para dar entrada a un gato y esta no se abre sino rarísimas veces y en virtud de una orden especial del Gobierno.

Hay en ella alrededor estantes fuertes de madera con cajones forrados en lata que entran en las casillas y con puertas exteriores que cierran con llave. En las navetas están colocados los dibujos y manuscritos y gracias a estas minuciosas precauciones todo se halla perfectamente conservado.

El jardín botánico es de mediana extensión y parece más bien un gran solar o huerta particular, no tiene gran importancia y apenas podría compararse a los de ciudades de 3er. orden en Europa. Sin embargo su situación es muy ventajosa como clima y este se halla favorecido por formar el término del Prado, grande y famoso paseo de Madrid.

El segundo manuscrito contiene notas muy detalladas respecto de los hechos que apunté solamente atenuándolos en mi publicación sobre las quinas, no queriendo dar inopinadamente una nota demasiado discordante en el coro de elogios tributados siempre a Mutis.

Según estas notas U. verá que Mutis mandó a Madrid, con don Ignacio Sánchez Tejada en 1807 una nueva copia corregida y completada del manuscrito del “Arcano” y de ninguna manera de la Flora de Bogotá que no quedó ni siquiera comenzada. La prueba la suministró el mismo Mutis al tomar en su testamento las medidas necesarias para asegurar su confusión. Igualmente probado me parece que la Quinología (pars IV del Arcano), habiendo sido terminada después de la muerte de Mutis por su sobrino Sinforoso sirviéndose de los descubrimientos de Caldas, no pudo ser enviada á Madrid en 1807. El manuscrito que he consultado y cuyos facsímiles de dibujos he publicado, ha debido pues hacer parte del resto del depósito de documentos de la expedición del Nuevo Reino de Granada, que mandó Morillo á España en 1816 con Van Halen. Estos datos oficiales constan en el informe del

Real Consejo de Agricultura y Comercio en el tomo XXXVII (1861) p. 625.

Godoy ha confundido tal vez los nombres llamando Flora de Bogotá el Arcano ó aplicándolo a algunas muestras o duplicados de los dibujos de la Expedición que Mutis pudo enviar aisladamente, como lo hizo en efecto con Cavanilles, Smith y Lineo que los publicaron respectivamente.

Lagasca y Rojas Clemente fueron nombrados ciertamente por Fernando VII comisarios para el aprovechamiento de las colecciones de Mutis que habían llegado á Madrid, y según las anotaciones del primero fue que el Rey mandó pagar de su peculio privado el valor de la sólida estantería de que hice mención y a la cual se debe que todos los preciosos documentos no hayan sufrido otra suerte [...].

Como colofón de estos comentarios, vale la pena transcribir un concepto auto evaluativo titulado “Obgeto del viaje del Sr. Triana á Madrid”, en el cual señala el botánico colombiano:

Ya vez que hace un mes apenas que estoy en esta capital a donde he venido, como tú sabes a clasificar los dibujos de la expedición botánica de Mutis y tengo casi por terminada la clasificación preliminar, por familias y géneros de ese inmenso cúmulo de dibujos espléndidos é inimitables que dejó dicha expedición. Salvo unas poquísimas excepciones que no alcanza á diez, todas las demás plantas representadas las he reconocido a primera vista y he podido poner el nombre inmediatamente y sin más examen.

Este es un *tour de force* que nadie habría podido ejecutar hoy día. La significación (aparte de la pedertería) es esta: que José Triana en muy pocos años, reunió y colectó, solo haciendo de botánico, ayudante y herbolario solo, las plantas que estudiaron tantos miembros de que se compuso la expedición Mutis en casi treinta años, sino otras muchísimas más que no están representadas en esta colección y que figuran en mis herbarios; que este resultado se ha obtenido con un gasto infinitamente menor; que José Triana dejó en Bogotá al salir para Europa un duplicado de su copioso herbario, clasificado

genéricamente y perfectamente numerado, en orden, y con tarjetas a cada planta indicando dónde crece, a qué altura, el nombre vulgar, y que estas cosas no hayan tenido lugar con los dibujos de la expedición Mutis, las cuales aparecen hoy mezcladas, confundidas, sin nombres, sin números, sin ninguna indicación de las cualidades y sin correspondencia con algunas descripciones que aparecen entre los manuscritos; que el mismo individuo de que hablamos, a partir de otras ocupaciones de los últimos años, estudió el conjunto de la vegetación colombiana en sus detalles, y de un golpe ha sintetizado el trabajo tenaz y asiduo de una expedición botánica como la del Nuevo Reino de Granada, la que duró muchísimos años, estando provista de todos los medios de acción necesarios, dotada superabundantemente de fondos, dirigida por Mutis, con discípulos como Caldas, Zea, Valenzuela, Restrepo y tantos otros eminentes compatriotas; que lo que todos estos no hicieron lo ha tenido que hacer un pobre diablo para sacar del olvido y de la nada y hacer útil a la tan grande como costosa obra de la expedición botánica al Nuevo Reino de Granada.

La consecuencia para mí y para la satisfacción de mi conciencia es esta: que lo que Colombia ha gastado en apoyarme en mis estudios de

botánica, estaría suficientemente recompensado con solo haber sacado a luz, y rescatado para la ciencia, lo más valioso é interesante que se ha hecho en esta época por la botánica.

La labor realizada por Triana en Madrid fue premiada al serle concedida el 5 de enero de 1890, nueve meses antes de su muerte, la condecoración de Comendador de Número de la Real Orden de Isabel la Católica. Era esta una justa manera de recompensar su tenacidad de tantos años y su esfuerzo por dar a conocer y salvar para la ciencia, el arte y la cultura, el trabajo de José Celestino Mutis y de sus colaboradores, y, de manera particular, la labor de los pintores granadinos y quiteños que supieron plasmar en preciosas láminas parte de la riqueza de la flora colombiana.

Por fortuna, los deseos de Triana se hicieron realidad, y, gracias a la colaboración estrecha y fraternal de científicos colombianos y españoles, a estas alturas podemos mostrar al mundo, bella y lujosamente, editados 34 de los 50 tomos que formarán esta admirable colección de acuarelas atemperadas que representan bellamente las especies más representativas de la flora colombiana.



cas los Generales aderezaban el viaje a carilla -
bolramos al varique de Guacav. que como bencido
se queda demi descuido p. dardarme como dicen ha
viva quin vivas.

C 7º En que se trata, como Guat.
en con dio sus tesoros, y se prueha co
mo el fue el maior de los noauna
les, y s.º y como el subresor de
Pogora hallado de los Espa
noles cobro de los panche
la Xente que se han
an llevado a la Sa
bana grande
duxantala
guaxa

Cuentas tambien como los Generales
se em barcaxon p. Castilla, y lo que
les sucedio, igualmente se cuenta de la
venida de el Sr.º Genonimo Se
bron p. Gov.º de este Reino
y ciudad de Sta. mar.

Desde los falcones de el valle de Gacheca mira
se Guacav. a los golpes, y bairnos que la fortura da
so au contraxio Pogora porpuidad humana
congofra pues nunca hubo ninguno sin caida
sin embargo que havia echo llamam.º de Jentaz
3º como D. Juan su sobrino su subresor, que se
hallaban a los españoles, como el Pogora, que
la

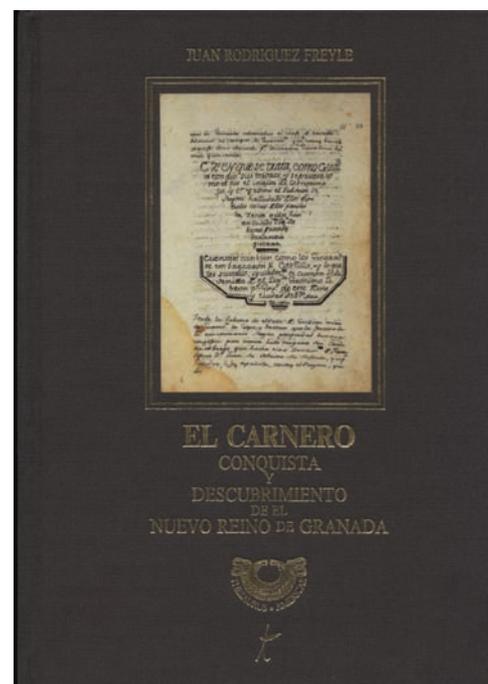
Tradición y vigencia de *El carnero*

POR ALONSO ARISTIZÁBAL

El carnero es una de las obras más representativas del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, más allá de la fantasía y la hipérbole de los primeros cronistas, que no cejaban en su empeño de contar su asombro ante la nueva realidad.

A través de ella, en una actitud más serena y reconciliadora, se pueden apreciar de manera clara y minuciosa las luchas de los conquistadores de la Nueva Granada con los nativos aborígenes, lo mismo que los primeros gobiernos de las instituciones españolas con las cuales se impuso la Corona. Se da allí el propósito de reconocer el medio como parte del proceso de adaptación social y cultural. Diversos autores han definido su importancia

como libro fundacional en el sentido de que narra la historia de una época crucial dentro del desarrollo de la Conquista y la Colonia. De tal manera, se hace evidente su carácter épico a modo de crónica, que se propone resaltar la gesta de los conquistadores. Fue escrita con la intención de poema épico que destaca incluso el surgimiento de los nuevos caminos, que era otra forma de ahondar su relación con el Nuevo Mundo. Los





Grabado de Teodoro de Bry, tomado del libro *América de Bry* (1590-1634), Ediciones Siruela.

nombres de personajes como Quesada, Pizarro y Belalcázar son determinantes. Por eso, hay que hablar de ella ahora, cuando nos acercamos a los doscientos años de nuestra independencia. La obra refleja todas las realidades que darían lugar a tal hecho histórico. Su autor, Juan Rodríguez Freyle, nació en Santafé de Bogotá en 1566 y murió en 1640. Su padre fue soldado de Pedro de Ursúa. Al respecto, en unas reveladoras palabras, afirma:

Paréceme que algún curioso me apunta con el dedo y me pregunta, que de dónde supe estas antigüedades; pues tengo dicho que entre estos naturales no hubo quien escribiera, ni cronistas. Respondo presto que no me detener en esto, que nació en esta ciudad de Santafé, y al tiempo que escribo esto me hallo en edad de setenta años, que cumplo la noche que estoy escribiendo este capítulo, que son los veinticinco de abril y día de San Marcos del dicho año del seiscientos treinta y tres. Mis padres fueron de los primeros pobladores y conquistadores de este Nuevo Reino.
(Biblioteca Ayacucho, 1979)

Ciertamente, en dichas expresiones se halla el cronista consciente de su papel histórico.

Es un libro importante, del que incluso valdría la pena una edición que pueda ser conocida por las nuevas generaciones. Considero admirable la forma cómo el texto ha logrado mantener su vigencia a lo largo de cuatro siglos, y que se pueda leer como historia viva de su época, a pesar del

tiempo transcurrido, con todas las grandezas y miserias de la conquista, reflejo de lo que realmente y de manera fidedigna ocurrió. Se trata de una gran crónica sobre los días que le tocó vivir, a través de valores como la verosimilitud, que se ha convertido en uno de los elementos fundamentales de la literatura de siempre, y que es la manera con la cual sus páginas parecen tener un solo objetivo: llevar a cabo una radiografía de su tiempo. Igualmente, sorprende su visión de la cotidianidad, y de ese modo llega a ser crónica roja, y se adentra como pocas obras de entonces en la intimidad de la vida santafereña. En este sentido, su carácter de crónica va anotando los acontecimientos a partir de su referencia cronológica, de una manera muy consciente, como si supiera que sus palabras estaban destinadas a saltar la barrera de los años. Este, otro elemento épico e incluso popular que va a incidir en su trascendencia. Según Italo Calvino, un clásico es un libro que siempre tiene un mensaje nuevo para cada persona que en distintas épocas asume su lectura.

Así capta la atención del lector, aunque haya que leerla en su español del siglo XVI, que es el caso de la edición de El Navegante Editores de 1994. Al respecto, esta se hizo con el lenguaje original, pensando en los especialistas de la historia y la literatura que con frecuencia buscan *El carnero* como expresión de la vida y el arte de una época. Pero la edición crítica de la Biblioteca

Ayacucho de 1979, con prólogo y comentarios de Achury Valenzuela, fue adaptada al español moderno con el fin de buscar su comprensión por parte de un público más amplio. Su estructura narrativa se da a partir de hechos, en una estética antigua y moderna a la vez, por medio de los cuales hace reflexiones de tipo social y político e incluso moral. Además, es indudable que puede ser calificada como novela a la luz de los cánones amplios de la estética moderna, en la cual cada obra define su propia forma. Aún hay en ella una gran presencia de la picaresca española por el papel que deben cumplir muchos pensando en su propio enriquecimiento. Este aspecto se puede identificar incluso en su óptica de primera persona. Habla de una realidad total en la que el protagonista es el narrador que va siguiendo uno a uno los eventos y acontecimientos para dar testimonio de ellos. También, muy clásica por la forma como escribe pensando en sus palabras dentro del marco de la cultura universal, como lo hicieron los grandes escritores a la manera de Virgilio, Dante y Cervantes. Observemos un ejemplo:

Nunca el mucho beber y demasiadamente hizo provecho; y si no, dígalo el rey Baltasar de Babilonia y el Magno Alejandro, rey de Macedonia, que el uno perdió el reino bebiendo y profanando los vasos del templo y con ello la vida; y el otro mató al mayor amigo que tenía, que fue aquel festín

tan celebrado en sus historias; y con estos podríamos traer muchos otros, y no dejar fuera de la copia a Holofernes ni a los hermanos de Abraham. (Biblioteca Ayacucho, 1979)

El carnero puede ser llamada la primera novela sobre la violencia en Colombia, y una demostración de la forma cómo esta también nos llega a través de los conquistadores y colonizadores españoles. Y de verdad que alcanza tal condición a manera de monumento que está presente con sus palabras ante realidades como las vividas después por los colombianos. Pone énfasis en el tinglado administrativo creado por la Colonia, que resalta a través de sus jueces vistos con sus garnachas. Allí ya se encuentra un conflicto: el de considerar a los indios como los malos porque son los que hacen los robos y cometen los crímenes. En tal aspecto, doscientos años antes ya presenta hechos que entonces empiezan a ser el fermento de las causas de la independencia. Esto me hace recordar lo que Georg Lukács afirma en torno a la novela como género histórico: “Bienaventurados los pueblos que pueden leer en el cielo estrellado el mapa de los caminos”. Un libro como *El carnero* existe ahora a modo de luz o faro para descubrirnos nuestras realidades. Este aspecto ratifica el sentido épico de la obra. Al respecto, afirma en la introducción:

Y aunque es verdad que los capitanes conquistaron el Perú, y las gobernaciones

de Popayán y Venezuela y este nuevo Reino siempre aspiraron a la conquista del Dorado, que solo su nombre levantó los ánimos para su conquista a los españoles, nunca le han podido hallar, aunque les ha costado muchas vidas y grandes costos, ni han hallado punto fijo en que lo haya, con haber corrido llanos, navegando el Orinoco, el Darién, el río de Orellana o Marañón y otros caudalosos ríos, que aunque en sus márgenes se han hallado grandes poblaciones, no se han hallado las riquezas que hay en este Nuevo Reino en sus ricos veneros. (Biblioteca Ayacucho, 1979)

El título de *El carnero* fue dado por sus lectores, que parecían saber lo que la obra significaría en el tiempo. Esta es otra de las bases de su sentido épico porque es como si la tradición hubiera intervenido en su elaboración. Incluso Achury Valenzuela habla de cinco manuscritos de la obra que hay actualmente en Colombia, pero que ninguno es el original. El autor lo llamó *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*. El *Diccionario de la Real Academia Española*, en una de las principales acepciones de la palabra *carnero*, hace referencia al lugar donde se echan los cadáveres, osario o sepulcro de la familia, que solía haber en algunas iglesias. Moreno Durán, en su prólogo introductorio a la edición hecha por El Navegante Editores (1994), dice que el título tiene que ver con las actas capitulares y cuadernos o archivos judiciales, así como el nombre de la calle por donde

pasaban los funerales rumbo al cementerio. Darío Achury Valenzuela en su estudio preliminar de la edición crítica de la obra en la Biblioteca Ayacucho (1979), afirma que *El carnero* es, en efecto, una fosa de noticias de guerra, cambios de gobierno, costumbres, semblanzas psicológicas, aventuras, escándalos, crímenes, datos históricos y leyendas. Y agrega el comentario de Antonio Gómez Restrepo, en el sentido de que se le dio esa denominación por analogía con el nombre de *becerro*, que se le otorgaba a ciertos libros de catedrales y monasterios.

Pero en el siglo XX, autores como Tomás Carrasquilla, Próspero Morales Pradilla y Gabriel García Márquez han hecho de este libro uno de los antecedentes de su literatura. El autor antioqueño presenta en *La marquesa de Yolombó* a un personaje de apellido Orellana, que es protagonista del final de Bárbara Caballero, su heroína, y que tiene relación con otro del mismo apellido que aparece en el relato de Rodríguez Freyle, un visitador español que usó trampas y triquiñuelas para enriquecerse. A García Márquez se le podrían señalar en esta obra varios antecedentes. Primero, los hechos narrados por el autor santafereño abarcan cien años, lo cual podría mirarse como marco del tema y origen del título de la novela más famosa del Nobel colombiano. Además, Moreno Durán compara la sabandija de Rodríguez Freyle con el gusarapo de García Márquez. Este, en *El amor en los tiempos del cólera* dice

que “eran criaturas sobrenaturales que cortejaban a las doncellas desde los sedimentos de las aguas pasmadas, y eran capaces de furiosas venganzas de amor”. Tampoco podemos olvidar que la historia contada por Rodríguez Freyle en el capítulo décimo, fue recreada por Próspero Morales Pradilla en su novela *Los pecados de Inés de Hinojosa*.

En general, *El carnero* ha sido considerada como antecedente de la literatura histórica y costumbrista en nuestro país. Además, Carmen Elisa Peñalosa, en su obra *El imaginario de la conquista: Felipe Pérez y la novela histórica* (Universidad Nacional de Colombia, 2002), asegura que en el siglo XIX se produjeron varias obras en torno a *El carnero*, entre ellas, *El oidor de Santafé, romance del siglo XVI* (1850), de Juan Francisco Ortiz, y otra con un título muy similar, *El oidor de Santafé, drama histórico* (1857), de Germán Gutiérrez de Piñeres. También, el caso de *Los tres Pedros*, de Temístocles Avella Mendoza, en la que fue la primera versión de la historia de Inés de Hinojosa.

Sin embargo, otra relación significativa de *El carnero* es con la estética literaria de su tiempo, que corresponde a la forma como concebían la literatura los principales autores de entonces. Achury Valenzuela afirma que la obra fue escrita en el momento en el cual estaban escribiendo los grandes clásicos del Siglo de Oro español, entre ellos Cervantes. Quizá por eso mismo se encuentra gran similitud en la forma de titular

que se da en los capítulos de *El Quijote* y de *El carnero*. No obstante, el hecho es más de fondo. En 1590 apareció, a manera de epístolas, la obra de Alonso López Pinciano, titulada *Antigua poética*. Por esto, entre otros aspectos, se puede afirmar que fue la estética que determinó la obra Cervantes, como se ve en *El Quijote*, y también en Rodríguez Freyle, de acuerdo con lo que se manifiesta en *El carnero*.

La obra de López Pinciano se reeditó en 1998 dentro de la Biblioteca Castro, de Madrid. Entre sus planteamientos, se destaca que una acción no se puede narrar tal como sucedió porque resultaría solo historia, o sea, crónica. Por lo mismo, insiste en que ningún objeto se debe describir como es porque tendríamos un retrato. Pero al mismo tiempo, lo que se escribe debe tener apariencia de verdad, según las creencias de la sociedad donde se escribe, porque de lo contrario no gustaría. Dice que el “ánima poética” es lo que hace que una obra sea imitación o no, es decir, literatura. Agrega que el arte enseña a imitar mediante el lenguaje. Defiende la copia directa de la naturaleza, lo mismo que la oscuridad si está bien intencionada. Sobre esta, asegura que “es causada de la mucha lectura y erudición, en la cual no tiene la culpa el poeta, sino el lector, que por ser falto dellas deja de entender el poema”. Según el comentarista de esta edición, José Rico Verdú, el autor hace parte de la gran cantidad de médicos que entonces escribieron sobre literatura.

El mismo crítico afirma que López Pinciano muestra el afán de llevar a la práctica la estética de Aristóteles, Platón y Horacio. También de Quintiliano, el retórico hispano-romano, que propone que una buena doctrina debe estar unida a una vida digna. Según Rico Verdú, la creación literaria hace parte de la felicidad humana y del deleite del intelecto y de los sentidos, y le compete enseñar buenas costumbres y agradar, lo que parece ser también uno de los fines de *El carnero*.

El punto de vista de Cervantes se hace evidente, primero por la relación sueño y realidad e historia y fantasía. Por lo mismo, el choque de la realidad y la imaginación que se da en esta novela obedece al propósito de conciliar la vida con el pensamiento. En *El carnero*, este elemento se muestra en el carácter de reflexión que se da en la obra, y que ha hecho que incluso se le considere una obra moralista. Por ejemplo, dice que “el amor es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia y una blanda muerte. El amor, guiado por torpe y sensual apetito, guía al hombre a desdichado fin...”. También afirma “bienaventuradas las feas, que no he leído que por ellas se hallan perdido reynos ni ciudades...” (El Navegante Editores, 1994).

López Pinciano anota que desea crear una obra que sea un tratado pedagógico acerca de la materia poética, sobre todo, desde el punto de vista

de la creación. Alude igualmente al hecho de enseñar y agradar al tiempo, sin resultar pesado para la exposición. Además, estas son reflexiones que saltan en la lectura de las páginas de *El carnero*, que se propone convencer a través de la lección, la alegoría, la ironía y la risa. La obra de López Pinciano se funda en el hecho de que la narrativa tiene una relación directa con la tragicomedia, también una de las características de *El carnero*. Afirmo que si los libros de aventuras se escribían era porque gustaban. Otro de los elementos esenciales de la obra

de López Pinciano, que es planteado como requisito de la creación literaria. Esto me parece fundamental. Además, *El carnero* recrea los libros de aventuras para darles base a los elementos fantásticos del relato y a su vínculo con otros textos como hecho nuevo agregado a ellos. Del mismo modo, se refiere a uno de los temas más discutidos en la novela moderna, la relación con el lector y con el público como realidad con la cual debe contar el novelista, y que, sin duda, Rodríguez Freyle tuvo muy en cuenta.



A propósito del bicentenario de la iniciación de la guerra española de Independencia, que se cumplió en este 2008, en la Biblioteca Nacional de Colombia se encontró un curioso libro cuyo contenido permite repasar el tema y la atmósfera de la primera década del siglo XIX.

Un libro sobre guerrillas e independencia de España

POR CARLOS BARREIRO ORTIZ

(Reseña *in extenso*)

El título apareció como al azar en la base de datos de la Biblioteca Nacional en la afanosa búsqueda de bibliografía sobre el tema de la independencia española. El libro habría podido pasar desapercibido a los ojos del impaciente usuario, entre muchos otros, de no ser por una experiencia reciente: la proyección en la sede de la Universidad de Salamanca de Bogotá de una serie documental dirigida por Mario Camus, con la participación de un equipo de guionistas del cual hizo parte Jorge Semprún, en la que se pone de presente la acción decisiva de grupos de guerrilleros en contra de la invasión napoleónica al territorio español.

Al recibir el pedido, que resultó ser dos volúmenes protegidos por gruesas tapas, la información que se lee en el subtítulo de la carátula sintetiza la intención del autor: “Los guerrilleros de 1808. Historia popular de la guerra de independencia”.

LA EDICIÓN

Se publicó en Madrid en 1887 y 1888, en una edición de la Imprenta de Fernando Cao y Domingo de Val, y, para quienes disfrutaban con las minucias bibliográficas, situada en aquellos años en Platería de Martínez, número 1. Los dos volúmenes del libro probablemente ingresaron a la Biblioteca Nacional el 21 de agosto de 1954, si nos atenemos

a la fecha manuscrita que aparece en el dorso del primer tomo. En todo caso, la singular edición provenía de la Librería Nueva de Jorge Roa, ubicada en el número 171 de la calle 12 de Bogotá, según reza el ovalado sello azul impreso en la carátula. Los dos tomos del libro, que en total completan 1.052 páginas, están redactados en forma simétrica, en once cuadernos, cada uno de ellos con un promedio casi exacto de 48 páginas. Los títulos y la presentación son independientes, lo que hace pensar en una posible distribución por entregas. Las páginas se ilustran con imágenes en blanco y negro, muchas de las cuales aparecen rotuladas con la discreta firma de Francisco Cabanzón, y en otras es posible descifrar a Miranda o a Ibarra.

EL AUTOR

Es escasa la información de primera mano disponible sobre Enrique Rodríguez Solís (1844-1923), el casi desconocido escritor madrileño autor del libro que nos ocupa. Una escueta reseña enciclopédica¹ informa del literato y político español como participante en los sucesos de la Noche de San Daniel², “paladín del federalismo por el cual trabajó y conspiró”. En octubre de 1869, el Partido Republicano federal fue vencido en las provincias de Alicante y Murcia en su lucha contra el Gobierno,

lo que obligó a Rodríguez Solís a abandonar el país llevado por la idea de que el gran Partido Republicano federal “es el único que puede labrar la felicidad de nuestra querida patria”. En el texto titulado *La patria: memoria de un emigrado*, el escritor evoca episodios en el obligado exilio de la ciudad francesa de Bayona, así como se duele de “la libertad, la huida del consejo de guerra, del presidio, de la muerte acaso”.³

Rodríguez Solís es autor de buen número de libros, casi todos ellos escritos desde su regreso a España, cuando se marginó de la política y se consagró por entero a la literatura “en la composición de valiosas y estimadas obras”. Entre ellas, mencionemos: *Historias populares*, *El obispo Acuña*, *Eva*, *Panorama literario*, *La España federal*, *La guerra de Cuba* (1897), *Memorias de un revolucionario* (publicado en Madrid en 1930), *Historia del Partido Republicano* (1896); de acuerdo con la reseña enciclopédica *Los guerrilleros de 1808*, es “un vasto y animado cuadro, documentado e imaginativo a la vez”.

Al mismo tiempo, colaboró con sus escritos en casi todos los periódicos de Madrid. La vena poética de Rodríguez Solís se advierte en el libro *Artículos, cuentos, leyendas y poesías*, también publicado en Madrid. El poema titulado “En el abanico de la señorita doña E. A. M.”, expresa cierto aire mundano:

Envidio el abanico que
acaricia
Tu semblante hechicero.
Que ronda ufano por tu
linda boca
Pidiendo un beso,
Y recibiendo en sus airosos
bordes
Tu perfumado aliento:
Que recoge en la sede del
paisaje
Tu mirada de fuego,
Y que siente de gozo estremecerse
Tu delicado seno...

EL LIBRO

Al final del primero de los diez cuadernos que integran el primer tomo, hace su entrada la figura de quien el autor mencionará como “el primer guerrillero”, en un escenario de vida social que en muchos de sus elementos semeja un decorado de zarzuela o algún sainete doméstico:

[...]. En las casas de la
gente principal tenían

¹ Nueva Enciclopedia Sopena, Barcelona, Ediciones Ramón Sopena, t. IV, 1961, p. 1.293.

² La Noche de San Daniel o Noche del Matadero, episodio ocurrido en Madrid el 10 de abril de 1865, cuando unidades militares del Gobierno reprimieron a la fuerza a los estudiantes de la Universidad Central que apoyaban al rector de la misma, Juan Manuel Montalbán. El tema de fondo era la orden de destitución a varios catedráticos por sus posiciones “contrarias a la doctrina educativa e ideológica oficial establecida por el gobierno de Ramón María Narváez, basada en la prohibición de emitir opiniones contra el Concordato de 1851 o que defendieran las posiciones del krausismo, especie de teísmo idealista formulado en Alemania por C. F. Krause (1781-1832). Esta corriente filosófica fue muy difundida en España a finales del siglo XIX hasta trascender la vida política del país”. Wikipedia.org/Wiki/.

³ Enrique Rodríguez Solís, *Artículos, cuentos, leyendas y poesías*, Madrid, Imprenta de Fernando Cao y Domingo Val, s/f, p. 15.

estrado, medianamente alhajado, con el brasero de cobre rojo sobre la tarima de caoba, o la copa sobre el trípode; taburetes de haya tapizados de damasco, y el sonoro clave; y gabinete, adornado con partituras mitológicas; cortinas en forma de pabellón; cuadros con imágenes, patentes de hermandades, bulas y cédulas de comunión; cómoda con un niño Jesús en su urna de cristal; espejo y rinconeras con floreros... (tomo I, cuaderno I, p. 1).

En ese contexto, la ciudad de Madrid a los ojos de Rodríguez Solís no deja de ser un lugar pintoresco:

[...]. Gracias al rey Carlos III, la villa y corte de Madrid no sufría en los comienzos del siglo la dura *tasa* para la adquisición en los comestibles; la limpieza la hacían los labradores y hortelanos que venían a la capital a vender frutas y hortalizas, sacando los desperdicios fuera de las puertas; las calles se barrían dos veces por semana los martes y viernes, que el pueblo, en su pintoresco lenguaje llamaba *días de marea*; el empedrado había mejorado, las calles estaban algo alumbradas y guardadas, aunque de una manera imperfecta por los vigilantes nocturnos (serenos) [...] las tiendas eran todas iguales, sin letreros, ¿para qué si la mayoría de las gentes no sabían leer? (tomo I, cuaderno I, p. 6).

En ese previsible entorno ciudadano, parece que las tertulias eran asunto de todos los días. Como ilustración, la que había en casa de D. Juan Antonio Miranda que, según cuenta el autor, se llevó a cabo el 19 de marzo de 1808 en los inicios del conflicto independentista: “El salón en el que se reunían los contertulios se hallaba adornado con bujías, en lugar de los hachones de cera; un forte-piano reemplazaba al raro clave, y la guitarra española ocupaba un lugar preferente...” (tomo I, cuaderno I, p. 7). El rasgueo de la guitarra, en lugar de la digitación precisa del clave, revela, de paso, el cambio de las costumbres que empezaba a matizar a la sociedad española de la época y al cual no era ajeno el dueño de casa. Pero había también tertulias populares, pues no de otro modo “debían considerarse los bailes de *candil* de la mandería, con asistencia de usías, petimetres y abates, ansiosos de cortejar a las majas y de alternar con los majos...”.

Esta apacible pintura de la sociedad madrileña muy pronto empezaría a ser alterada como resultado de sucesos que denunciaban la débil estructura del gobierno de los últimos Ausburgos en el poder. Se cocinaba entonces una guerra en familia de la que el país comenzaba a ser la primera víctima, en la cual actuaba como personaje central Manuel Godoy Álvarez de

Faría (1767-1851) quien, a raíz de la toma de Rosas y Fuenterrabía, que dio como resultado la paz de 1795, recibió el título de ‘príncipe de la paz’, y se convirtió en el favorito de Carlos IV. En tono irónico y no exento de desalentadora malicia, Rodríguez Solís describe la escena: “[...]. El rey cazaba; María Luisa gozaba los últimos destellos de su belleza; Godoy gobernaba; Escoiquía [ayo de Fernando] sembraba intrigas; Fernando desacreditaba a su madre, y la princesa [María Antonia, hija de la reina de Nápoles] servía de espía a su madre y a Inglaterra...” (tomo I, cuaderno I, p. 19). Además, la reina Carolina entregaba información a la aventurera Lady Hamilton, esposa del embajador de Inglaterra —médico charlatán, inventor de un elixir de amor— de quien se dice que en otros tiempos exponía en público a la digna señora cubierta con un velo de gasa, llamándola “Diosa de la Salud”.

Cuando el primer guerrillero, que en adelante se llamará ‘El Empecinado’, irrumpe en la tertulia del señor Peñaranda, ya se rumoraba del levantamiento en Castilla de una partida de guerrilleros, comandada por un campesino que en las primeras acciones había derrotado a los franceses, a pesar de ser diez contra uno, y los había obligado a declararse en vergonzosa “fuga”.

Un primer retrato de don Juan Martín, de rasgos idealizados por Rodríguez Solís, nos muestra al recién llegado como un hombre de treinta años:

[...] de estatura más que mediana y de gran fuerza muscular. [...] Su aspecto dejaba adivinar al hombre resuelto, enérgico, activo, valeroso y sufrido. [...] El color de su tez era amarillento, las facciones agradables, los ojos vivos y el pelo aplastado sobre las sienas. Usaba un bigote que se juntaba con unas pequeñas patillas sobre las orejas, dejando la barba limpia de pelo. Vestía el traje de los labradores castellanos; cubría su cabeza con una gorra de pellejo, y envolvía su cuerpo en una manta... (tomo I, cuaderno I, p. 54).

La descripción se ilustra con la imagen del personaje que llegaría a convertirse en arquetipo del campesino español levantado en armas contra los “imperiales” franceses.

GUERRILLAS EN ESPAÑA

Desde los más remotos tiempos hemos tenido guerrillas, asegura Rodríguez Solís en el segundo cuaderno del tomo I, titulado *Patria y libertad*. “[...] y no creemos exagerado afirmar —agrega— que al nacer el español nació el guerrillero”. Un rápido vistazo histórico muestra cómo los fenicios,

griegos y cartagineses, romanos y árabes sintieron el efecto de las guerrillas españolas. Las guerrillas en España —asegura el autor— son “una creación especial, hija de la naturaleza del suelo y del carácter de los nacionales [...] la tierra quebrada, el suelo montuoso, la sobriedad y el valor de los españoles, su amor a la tierra en que nacen y a la libertad que disfrutaban, les convierten en guerrilleros desde la cuna...” (tomo I, cuaderno II, p. 27).

Esa característica, que parece ser innata a cualquier ciudadano español del común, era desafiada al máximo por las extorsiones de los soldados de Napoleón, y por el peso de los escandalosos pillajes que provocaron crueles venganzas de los pueblos asaltados. En su intento de dominar a España, los franceses imperiales querían repetir “sus juegos de niños, hacer la *guerra a los moros*, o ser la antigua guerra de juego como la llamaron los romanos”. En su incesante lucha de siete años, entre 1807 y 1814, muchas veces los guerrilleros españoles apenas llegaron a tener, como diría el poeta, “el astro de la noche por lumbrera / la piedad de los cielos por aroma”. Al grito del 2 de mayo de 1808, España entera se lanzó al combate (“los combatientes brotaban hasta de las piedras”). Mientras en otros frentes la guerra era de gobiernos, en España era de pueblos, asegura Rodríguez Solís.

En consecuencia, las montañas, que habían sido obstáculo para la unidad, llegaron a ser entonces la barrera de la independencia. El canto guerrero conocido en 1808 sintetiza y alienta la energía y el pensamiento de la confrontación: “A las armas, corred patriotas / a lidiar y morir o vencer; la guerra eterna al infame tirano / odio eterno al imperio francés...”.

A lo largo de los veintidós cuadernos de su libro, Rodríguez Solís hace una extensa y meticulosa descripción de perfil casi novelesco de las múltiples escaramuzas que se levantaron a lo largo y ancho de la geografía ibérica para hacer frente a la arriesgada presencia del Ejército francés. El texto abunda en detalles que deben tomarse como reconstrucción basada en documentos de la época o como producto de la exaltada pluma del escritor, pues, como él mismo admite, “la historia, si no fuera acompañada de estos pormenores, parecería como una rosa sin hojas, agradable siempre, pero no tan bella como cuando se nos muestra acompañada de lindas hojas y de frescos capullos...”.

De esta manera, el lector conocerá de los sucesos de El Bruch al pie meridional de la montaña de Monserrat en Cataluña, defendida por gente que llevaba el estandarte del Santo Cristo de Igualada (“Oh batalla de Bruch, la más gloriosa afrenta de Marengo / Eylan

y Jena...”); de los guerrilleros del valeroso presbítero don Ramón de Argote y sus trescientas escopetas que, sin embargo, no pudieron impedir la toma de Córdoba, en donde “al asesinato y al pillaje se unieron bien pronto la violación de las mujeres de la ciudad”. En Zaragoza, las guerrillas de los pueblos cercanos no dejaban punto de reposo a los sitiadores de la ciudad. A falta de artilleros, la historia recogerá la figura de Agustina de Aragón, heroína por excelencia de la guerra de independencia, a quien José Palafox describe como “de 20 a 22 años [...] morena, de grandes y hermosos ojos [...] (de) una viveza y un aire muy despejado”. Zaragoza quedó arruinada. España perdió tres mil hombres, pero los “invencibles” abandonaron, vencidos, el lugar. En el asalto de Roa, villa cercana al río Duero, los guerrilleros libraron la defensa “con la navaja entre los dientes y las pistolas y las hachas en la mano”. Según los historiadores, la toma de Roa, fue uno de los más brillantes hechos de armas de los guerrilleros.

El libro de Rodríguez Solís se extiende, en fin, en el relato de la actividad de guerrilleros en Valencia, Cataluña, Granada, Aragón, Madrid. De allí surgen los nombres de otros tantos jefes de guerrilla, en esos momentos apenas recordados por su apodo de combatientes: ‘Puchas’, ‘El

Cocinero’, ‘El Pellejero’, ‘El Cantarero’, ‘Chapalangarra’, ‘Pesoduro’, ‘Malacara’, ‘El Pastor’ y muchos otros, como ‘El Francisquete’, que murió fusilado junto a sus hombres.

El 7 de julio de 1808, Napoleón proclamó Rey de España a su hermano José Bonaparte. La inminente llegada del antiguo Rey de Nápoles a Madrid suscitó toda clase de pasquines en los muros de la ciudad: “En la plaza hay un cartel / Que nos dice en castellano que José, rey italiano, / Viene de España al dosel, / Y al leer este cartel, / Dijo una maja a su majo: / Manolo, por ahí debajo / Que me c...en esa ley...”.

EL CURA MERINO

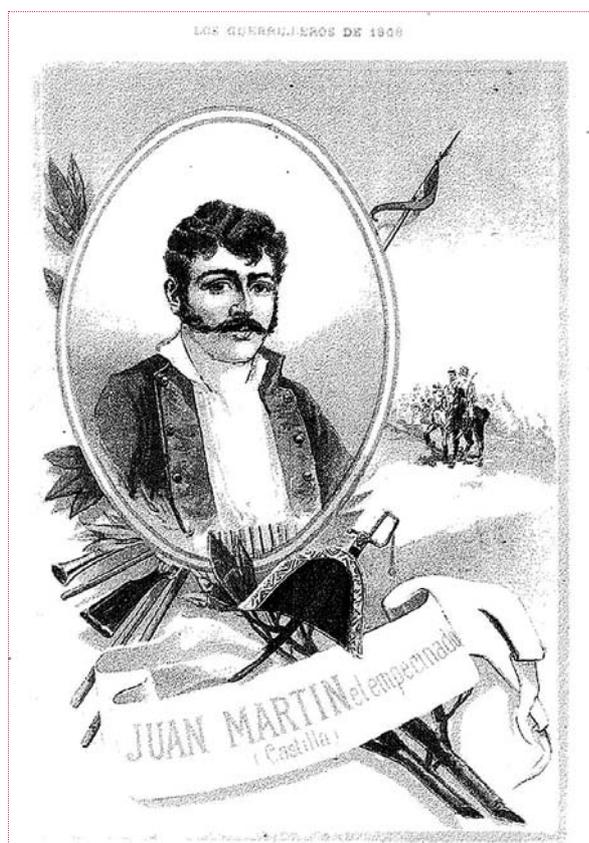
Capítulo aparte merece el cura Jerónimo Merino. Nació el 30 de septiembre de 1769 en la pequeña villa de Villoviado, situada en el dilatado valle de Esguerra, enclavado en la provincia de Burgos, y dependiente de la abadía de Lerma. Era el segundo hijo de una humilde familia de campesinos cuyo sustento provenía del producto de algunas tierras de que eran dueños. Su ingreso a las luchas por la independencia de España tiene mucho de anecdótico. Así lo relata, Rodríguez Solís en el segundo cuaderno del primer tomo, cuando se refiere al episodio ocurrido el 16 de enero de 1808. Un destacamento del

Ejército francés, al mando de DuPont, se presenta en Villoviado exigiendo bagaje para continuar el viaje hasta Lerma, y no habiendo encontrado lo necesario “embargaron a varias personas del pueblo para que hicieran el servicio de acémilas”. Merino se vio sujeto a tan humillante orden y fue cargado con el bombo, los platillos y otros instrumentos de música. Al llegar a la plaza de Lerma tiró la carga y, poniéndose los dedos en cruz, les dijo: “Os juro por esta que me la habéis de pagar...” (p. 31). Todo esto en respuesta a la ofensa hecha en su persona a la santa religión del Crucificado. Otros muchos sacerdotes desde sus aldeas también se unieron a la causa al frente de sus feligreses.

‘EL EMPECINADO’

En una carta de Luis Peñaranda, enviada desde Valencia a la condesa Isabel, cuenta detalles del recibimiento de la ciudad a don Juan Martín:

Aquel modesto labrador que salió al campo a defender a su patria y vengar la alevosa muerte de su ahijado Carlos, que en pocos días conquistó fama de valiente y entendido capitán, derrotando a las huestes napoleónicas cuantas veces se atrevían a combatir con él y sus guerrilleros, en una palabra, el ayer peleador de Viñas



de Fuentecen, Juan Martín, y hoy general 'Empecinado' ha estado en Valencia y he tenido la alta honra de estrecharle entre mis brazos... Toda la ciudad, que le ha acogido con el mayor entusiasmo, me ha visto con envidia al lado del orgulloso general Hugo, del atrevido asaltador de la Casa de Madrid, del genio militar, en fin, que atento solo al bien de la patria y a su libertad, no ha escaseado fatiga, ni trabajos, ni peligros, para lograr su más pronta independencia.

Juan Martín Díaz había nacido en 1775 en Castillo de Duero, y era hijo de Juan Martín y de Luisa Díaz, labradores regularmente acomodados. El sobrenombre de 'El Empecinado' lo debía

a "un arroyo o *pecina* que hay en Castillo de Duero, y por la cual a todos los hijos del pueblo los llaman *empecinados*. Nuestro héroe no solo aceptó con orgullo el apodo, sino que firmaba con él, y en 1814 se le permitió de Real orden que pudiera usarle en todos los documentos oficiales" (tomo 2, cuaderno II, p. 32).

A la edad de 18 años lo encontramos convertido en soldado: "[...] y habiéndose negado tenazmente a que sus padres lo librasen, porque tal sacrificio era la ruina de ellos y de los tres hermanos que tenía, ingresó en el ejército e hizo valientemente toda la campaña de Rosellón" (p. 32).

Terminada la guerra volvió a Burgos. Allí se enamoró de Catalina de la Fuente, que servía en la casa de doña Teresa Miranda y de su esposo don Pedro de la Albericia. Los dos esposos decidieron proteger a la pareja y Juan Martín no olvidó "tantos favores y tan generosos beneficios", y cuando don Pedro murió se consagró al cuidado de la viuda y de su hijo Carlos. De manera semejante a lo ocurrido con el padre Merino, su decisión de tomar parte activa en las escaramuzas de la guerra conlleva una buena dosis de razones personales. La más significativa de ellas será la muerte del joven Carlos a manos de los franceses, lo que impulsará al personaje a

tomar venganza por su propia mano. En tales circunstancias, 'El Empecinado', a quien los franceses no tardaron en llamar "capitán de bandidos", se lanzó al campo con sus tres hermanos, decidido a sacrificarse por su patria. Detuvo correos, batió destacamentos y, desde aquel momento "no hubo francés seguro en toda la provincia". Juan recorría las comarcas de Arana, Segovia y Sepúlveda; se burlaba de los franceses, entretenía a sus fuerzas; hacía prisioneros; diezmaba a los imperiales, y cuando lo juzgaban sitiado y próximo a caer en sus manos, cercado en la sierra de Ávila, 'El Empecinado' aparecía en la provincia de Salamanca. Bien pronto se convirtió en ídolo de los campesinos que corrían a engrosar su partida, y que antes se habrían dejado quemar vivos que delatar a su querido 'Empecinado'.

El general Hugo, del Ejército francés, el guerrero napoleónico que se juzgaba destinado por el César francés a vencer a 'El Empecinado', al ocuparse de su derrota en Guadalajara en 1810, escribe: "Tal era la pasmosa actividad de 'El Empecinado', tal la actividad y aumento de sus fuerzas, tales los abundantes socorros que de todas partes le suministraban que me veía forzado a ejecutar continuos

movimientos. [...] Para la completa conquista de la Península se necesitaba acabar con las guerrillas. Pero su destrucción presentaba la imagen de la hidra fabulosa".

En el bando expedido por la Junta Superior en Guadalajara el 28 de diciembre de 1810, don Juan Martín aparece con el título de brigadier, con la



JUAN MARTÍN, EL EMPECINADO.

autorización de "aprehender a los emisarios del gobierno intruso que se empleen en el desempeño de sus órdenes".

La solicitud de 'El Empecinado' para poder armar y vestir a sus voluntarios, que carecían hasta de lo más preciso, despertó el entusiasmo de los ciudadanos no solo en España, sino también en América. En el inicio de la suscripción en Cádiz se lee: "[...] ¿seremos insensibles a la voz de 'El Empecinado', que como si pidiera para sí, nos pide para sus nuevos soldados?". No fue menor el entusiasmo en

América; solo en México se habían reunido en el mes de julio para la división de 'El Empecinado' 43.058 pesos fuertes además de otras ofertas y donativos (tomo 2, cuaderno II, p. 26).

Al "inmortal patriota", al digno 'Empecinado', están dedicados estos versos publicados en el periódico *El Conciso de Valencia*:

¿Quién es aquel que viene
Brioso en su caballo
De sangre de enemigos
De la España bañado;
De color muy moreno,
Bigote negro y ancho
De estatura mediana
Aunque de gentil garbo;
Semblante de guerrero
Anunciador de estragos;
con pistolas, trabuco,
y aceros afilados,
Para matar franceses...
Y en suma es otro tanto
El inmortal patriota
El digno 'Empecinado'...
(p. 27).

Cuando Fernando II entró en España y abolió la Constitución de 1812, decretada por las cortes de Cádiz, el general Juan Martín solicitó su restablecimiento. Ese acto de patriotismo le acarrió el destierro a Valladolid. En 1820, fue nombrado gobernador militar de Zamora. En 1823, tuvo que refugiarse en Portugal luego del triunfo de los ejércitos liberales. A su regreso se le señaló la población de

Aranda del Duero como lugar de residencia; allí se dirigía cuando fue tomado preso por el corregidor Riva, su enemigo personal. Dos años más tarde, el 19 de agosto de 1825, fue conducido al cadalso; intentó escapar, pero fue inútil: “cien bayonetas se clavaron en su cuerpo”, y lo que no pudieron hacer los enemigos en ocho años de constante lucha, lo llevaron a cabo, sus mismos compatriotas.

TOMO 2, CUADERNO XI: EL OCASO DE LA LIBERTAD

El Manifiesto de Fernando VII —*el deseado*—, firmado el 4 de mayo de 1824 en Valencia, es para Rodríguez Solís un extraño documento, a propósito del cual se pregunta:

Si Fernando, como dice el Manifiesto, aborrecía el despotismo, ¿por qué no firmó la Constitución como hizo Luis XVIII en Francia al verse como él, restaurado en el trono? ¿Por qué en lugar de ser, como prometía, el *padre* de sus vasallos empezaba su reinado llenando de luto a la nación, y encarcelando a unos hombres cuyo único delito consistía en haberle

conservado la corona, y en haber libertado la nación del yugo a que él, con la renuncia de sus derechos al trono, y con su excitación a los españoles para que se sometieran a Napoleón la había conducido? (p. 5).

El entorno político que presenciaba España luego de la expulsión de los ejércitos franceses no era el liberalismo que habían esperado todos aquellos que, de una u otra forma, habían tomado parte en los históricos acontecimientos. En cambio, se perfilaba un absolutismo de poder monárquico, que Rodríguez Solís rechaza de manera tajante en las últimas páginas de su libro. Al mismo tiempo, se vale de otros razonamientos conocidos en años posteriores para rubricar su análisis y evitar por ese medio algún sesgo de imparcialidad. Uno de ellos está firmado por el escritor madrileño Ramón de Mesonero Romanos (1803-1894): “El día 4 de mayo firmaba el ingrato Fernando en Valencia el funesto decreto por el que abolía la Constitución, las Cortes y todos sus actos, pretendiendo hacer retroceder la historia hasta 1808 y borrar de la serie de los tiempos los gloriosos

años de la guerra por la Independencia”.

ÚLTIMA PÁGINA

Con la terminación de la guerra de Independencia concluye nuestra historia. Muchos son los suscriptores que desean y nos han pedido su continuación, ofreciéndonos su incondicional apoyo. De todo corazón estimamos su noble y cariñoso ofrecimiento, y desearíamos poder complacerlos, hemos agotado cuantos materiales teníamos reunidos, y para continuar la historia de los guerrilleros que sobrevivieron a la gigantesca lucha de la Independencia para reseñar sus nuevas campañas contra el absolutismo primero, y más tarde, en 1823, otra vez contra los ejércitos franceses, para describir sus luchas y sus sacrificios por la libertad de la patria, sus emigrados, sus combates y sus heroísmos, necesitaríamos acopiar nuevos y poderosos elementos de que hoy carecemos [...] pues ante ellos nos descubrimos con el respeto que sus heroicidades merecen, que sus virtudes inspiran, que propios y extraños los reconocemos.



A LOS 60 AÑOS DEL ASESINATO:

Gaitán, EL CAUDILLO

Los mitos que se tejieron
sobre su vida y su muerte

CARLOS JOSÉ REYES

UN VIERNES DE ABRIL, OSCURO Y LLUVIOSO como tantos otros de Bogotá, caía herido de muerte frente a la puerta del edificio donde quedaba su oficina el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán.

El abogado penalista y gran orador de plaza pública aparecía como el más probable Presidente de Colombia para reemplazar a Mariano Ospina Pérez. Tres disparos certeros entraron en el cuerpo del doctor Gaitán: dos por la espalda y el último, para rematarlo en caso de que aún abrigara esperanzas de vida, le fue propinado en el cuello. Sin embargo, el penalista, que había tenido a su cargo tantos casos de asesinato, logró resistir un poco

más. Iba a ser de esos muertos excepcionales que fallecen en perfecto estado de salud. Un hombre que se levantaba muy temprano en las mañanas y trotaba durante un buen rato en el Parque Nacional para respirar aire puro, parecía tener reservas para sobrevivir al atentado. Esta fue la sensación de su médico y amigo, Pedro Eliseo Cruz, cuando lo vio caer tras los disparos de un joven que, de inmediato, trató de escapar, primero entrando al café Colombia, donde arrojó su revólver al piso, y luego a la droguería Granada, que quedaba en el portón vecino del mismo edificio Agustín

Nieto, donde Gaitán tenía su oficina. Las gentes enfurecidas golpearon las puertas de hierro que acababan de ser cerradas por un empleado de la droguería, hasta que obligaron al dependiente a abrirlas de nuevo. Un embolador golpeó al presunto asesino en la cabeza, y, de inmediato, la turba enloquecida lo arrastró por la carrera 7ª hasta el palacio presidencial, donde arrojaron sus despojos ensangrentados. Aquel joven, que luego se supo que se llamaba Juan Roa Sierra, fue el primer muerto de aquel terrible 9 de abril de 1948, que partió en dos la historia del siglo XX en Colombia.

Gaitán fue llevado de inmediato a la Clínica Central, donde intentaron salvar su vida. Pero los disparos, hechos a quemarropa, habían sido certeros, y el hecho de que no hubiera muerto de inmediato parecía casi un milagro. El grito “¡mataron a Gaitán!” se escuchó en el centro de Bogotá; las emisoras transmitieron la noticia, aún antes de que el agonizante hubiera exhalado el último suspiro, y en ese momento terminó la simple crónica de página roja para dar inicio a la leyenda.

La vida y la muerte de Jorge Eliécer Gaitán están recubiertas por las nieblas evanescentes del mito. Al año siguiente del magnicidio, su hermano Miguel Ángel escribió un libro titulado: *El porqué de un asesinato y sus antecedentes*, en el que señalaba la forma como se venía pidiendo la muerte del caudillo, entonces convertido en el jefe máximo del Partido Liberal colombiano. El día anterior al asesinato, un periódico de la costa pacífica afirmaba: “Ni el compromiso adquirido con el comunismo por el señor Gaitán le va a impedir al liberalismo hacer causa común con quienes se están esforzando por defender al continente americano de la influencia del Kremlin, allá ese partido que en horas de tanta inquietud se dejó arrastrar hacia tan profundo abismo por las ambiciones desmedidas de un caudillo en trance de muerte”. Aún hay otras graves aseveraciones en el libro de Miguel Ángel Gaitán, pero ninguno de aquellos indicios sirvió para que se pudieran establecer cargos contra ningún posible autor o autores intelectuales del homicidio, y el único que podría haber dado una información verídica sobre aquella

autoría fue inmolado sin haber dado la menor noticia sobre las órdenes o motivos que lo llevaron a disparar.

La acusación hecha al doctor Gaitán de tener vínculos como el comunismo, planteada por un sector político de derechas, resulta paradójica con el señalamiento de sectores de izquierda, entre ellos los comunistas, que lo acusaron de ser fascista por haber estudiado en Italia en momentos en que se afirmaba el poder de Mussolini. Gaitán negó ambos vínculos y defendió su posición de liberal, con ideas socialistas y nacionalistas, que tampoco pueden vincularse con el nacional-socialismo alemán de Hitler. Juego peligroso de las nominaciones y las ideologías, que no logran definir la ubicación de quienes escapan a determinados postulados programáticos y se enuncian a sí mismos como críticos e inconformes de las políticas convencionales de uno u otro lado. También en este sentido la definición política de Gaitán cae en la ambigüedad de la leyenda.

El mito comienza justo en el momento en que el doctor Gaitán es llevado a la Clínica Central. Centenares de personas comienzan a aglomerarse en las puertas del edificio Agustín Nieto. Algunos marcharon hacia el Palacio de la Carrera arrastrando al ejecutor del crimen, mientras las gentes se iban aglomerando en el punto donde aún se percibía un reguero de sangre de Gaitán sobre la acera de la carrera 7ª, y la fueron recogiendo en sus pañuelos, en un acto ritual de duelo que adquiriría una significación litúrgica, tal como en tiempos pasados se guardaban las reliquias de los santos en las iglesias.

Todo lo que sucede a partir de allí, está signado por la desmesura. Con el paso de los años, aparecen más y más testimonios de gentes que afirman haber estado allí en el momento en que Gaitán cayó herido de muerte, o llegaron unos instantes más tarde, cuando la gente recogía la sangre en sus pañuelos. La misma posición en la que el asesino se encontraba dio lugar a

diferentes versiones, incluso de personas que acompañaban a Gaitán y que en ese momento se dirigían a almorzar con él a un club social o al hotel Granada, que quedaba apenas a una cuadra de distancia, cruzando la calle en diagonal hacia el norte. Según el testimonio de Plinio Mendoza Neira, Roa Sierra se encontraba frente a la puerta, en el borde entre la acera y la calle. Por lo que parece, un segundo hombre le hizo una señal cuando Gaitán salió, y Roa le disparó a quemarropa. Sin embargo, los disparos entraron por la espalda, como pudieron demostrarlo los estudios de balística y aún se observa en los agujeros ubicados en la parte trasera del saco, que en la actualidad se encuentra en una urna de vidrio en el museo Gaitán, ubicado en su antigua residencia. La segunda versión fue expuesta por el periodista Jorge Padilla, quien marchaba unos pasos atrás y afirmó que el asesino estaba recostado contra el vano de la puerta, de tal modo que cuando Gaitán pasó, él hizo los dos primeros disparos y luego se acercó a su víctima y le propinó el tiro de gracia. ¿Cuál de estos dos relatos es el verdadero? Desde luego, ninguno puede considerarse una ficción elaborada con posterioridad al suceso, pues ambos fueron testigos presenciales, pero la discrepancia entre sus relatos debe tener una explicación. Mirando el asunto a distancia, volviendo a leer los testimonios y consultando con expertos en balística del presente, pudimos reconstruir el episodio de un modo verosímil sobre cómo pudo ocurrir en realidad. El asesino estaba en la acera, al borde de la calle y cuando el doctor Gaitán vio que apuntaba el arma hacia él giró rápidamente el cuerpo para regresar al interior del edificio Agustín Nieto y fue en ese instante cuando recibió los disparos; por eso entraron por la espalda. Y esto lo demuestra el hecho de que el cuerpo cayó con la cabeza en dirección a la puerta y no a la calle, como hubiera sucedido de acuerdo con el testimonio de Padilla. Lo que ocurrió en verdad es que Jorge Padilla venía un poco más atrás y

cuando escuchó los disparos se devolvió hacia el corredor del edificio para defender su vida. Todo fue tan rápido, que no vio al sicario y por eso pensó que estaba recostado a un lado de la puerta, contra la pared del inmueble. Lo cierto es que hasta el hecho mismo de la muerte de Gaitán estuvo revestido de misterio por la diversidad de testimonios sobre el momento mismo del asesinato, no solo en aquellos días, sino años más tarde evocado por la mágica pluma de Gabriel García Márquez en sus memorias tituladas *Vivir para contarla*, según las cuales un carro negro que estaba en el lugar de los hechos partió justo en el momento en que el caudillo liberal cayó herido sobre la acera.

Si la muerte de Gaitán adquiere tal diversidad de versiones hasta convertirse en un mito, su nacimiento también está revestido por la misma aura legendaria. La piedra esculpida al lado de su sepultura señala al año de 1902 como la fecha de su llegada al mundo, pero una fe de bautismo, que se hallaba en la catedral mayor, registra el nacimiento de un niño con el nombre de Jorge Eliécer Gaitán en 1898. ¿Cuál de estas fechas es la verdadera? Según la primera, Gaitán murió a los 46 años de edad, y, si nos remontamos hacia atrás, su primera actuación pública registrada por la crónica periodística ocurrió en 1919, y, por tanto, apenas contaría con 17 años de edad. En octubre de 1924 obtuvo el título de doctor en derecho y ciencias políticas en la Universidad Nacional. ¿Podría haber logrado tal título a los 22 años? Por ello, debemos atenernos a aquella fe de bautismo que muestra que su primera aparición en público ocurrió cuando tenía 23 años y que se graduó a los 27. Según aquel documento, su nacimiento se produjo el 23 de enero de 1898 —justo el año de la independencia de Cuba frente a España, que daría nombre a una valiosa generación de escritores—, poco antes del inicio de la Guerra de los Mil Días, con la que culminó un siglo marcado por los conflictos civiles que terminó con el más cruento de todos.

Gaitán nació en el hogar fundado por un viejo militante del radicalismo liberal, don Eliécer Gaitán, que durante los años de la Regeneración y el período de la hegemonía

conservadora fracasó en algunos intentos por ejercer un periodismo de oposición, con los argumentos de los radicales, a quienes Núñez había arrebatado el poder para erigir la Constitución de 1886. De niño, muchas veces debió de haber escuchado Jorge Eliécer las diatribas de su padre contra los gobiernos conservadores, aunque sus precarias condiciones de vida fueron acallando poco a poco sus protestas, hasta transar por convertirse en librero de libros usados y abrir una librería de viejo en el barrio de Las Cruces. El futuro abogado y orador tuvo que manosear muchos de aquellos libros, que lo impulsaron a estudiar con miras a convertirse en abogado, con el propósito de apoyar a la clase media de bajos recursos —tenderos, carpinteros, artesanos y demás artífices de industrias menores—, que serían los abanderados de su causa años más tarde.

Sobre la misma casa en que nació existe la historia o la leyenda —en muchos de los aspectos de la vida de Gaitán, como estamos viendo, esos dos conceptos se confunden— que señala que su asesino nació algunos años más tarde en la misma vecindad. Lo cierto es que la infancia y los primeros estudios de Jorge Eliécer tuvieron lugar en los barrios Egipto y Las Cruces, próximos al centro de la ciudad, donde, por ese entonces, vivían los sectores más acomodados, pero un poco más al sur, donde habitaban las familias de clase media venidas a menos, o sectores populares de trabajadores con el deseo de ir a más.

El suceso que marca la primera aparición de Gaitán en la plaza pública tuvo lugar el 16 de marzo de 1919, cuando cursaba el último año de bachillerato en el colegio de don Martín Restrepo Mejía, en momentos en que los sastres de Bogotá habían organizado una manifestación de protesta contra las medidas del Gobierno, que ordenaban comprar trajes y botas militares en el exterior para dotar a los distintos estamentos del Ejército colombiano. Sastres, zapateros y artesanos afines, junto con otras gentes que se fueron agrupando, se dirigieron al Palacio de la Carrera para presentar su protesta ante el gobierno de Marco Fidel Suárez. Don Marco era un hombre pacífico, un conservador y católico convencido que

nunca hubiera dado la orden de disparar contra unos manifestantes desarmados. Sin embargo, los capitanes de la tropa que custodiaba el palacio resolvieron dar órdenes de disparar contra la multitud para disolver la manifestación, lo que dejó un saldo de más de quince muertos y muchos heridos. Según el relato que hiciera días más tarde el joven escritor José Antonio Osorio Lizarazo, que por aquellos días daba a la luz sus primeras crónicas, pues aún no llegaba a los 20 años de edad, Jorge Eliécer Gaitán, quien apenas era un joven estudiante, se subió sobre los hombros de un hombre corpulento y arengó frente a la multitud con un verbo apasionado que ya dejaba entrever al excepcional orador en el que se convertiría con el paso de los años. Gaitán entabló la defensa del pueblo inerme y, desde entonces, fue construyendo al personaje que iba a representar los deseos e intereses de grandes sectores populares y de la pequeña burguesía, cuya vocería había sido acallada desde la caída de la llamada dictadura artesanal del general Melo a mediados del siglo XIX. Aquellas corporaciones artesanales decimonónicas desaparecieron y de ellas solo quedó la nostalgia de algunos aguerridos dirigentes y oradores liberales, como Rojas Garrido o Rafael Uribe Uribe, quien también caería asesinado en 1914, apenas cinco años antes de la primera intervención de Gaitán. Los soldados dispersaron finalmente a los manifestantes, y el nombre de Gaitán comenzó a sonar después de aquella primera incursión.

El segundo antecedente ocurrió tres años después, cuando se desarrollaba la campaña por la Presidencia de la República, tras la caída del gobierno de Marco Fidel Suárez. En plena hegemonía conservadora, el Partido Liberal había decidido volver a participar en las elecciones con un candidato de viejo cuño radical, convertido en leyenda: el general Benjamín Herrera, recio luchador de la Guerra de los Mil Días y uno de los firmantes de

la paz que dio fin a la guerra civil más cruenta que había vivido la República desde su independencia.

Para Gaitán, Benjamín Herrera representaba la encarnación de los ideales con los que había soñado su padre por los días en que intentó publicar un periódico de barrio de clara oposición a los gobiernos conservadores, que fracasó al no contar con apoyo alguno para sostenerlo. Benjamín Herrera vendría a ser uno de los modelos para el personaje del coronel Aureliano Buendía, paradigmático personaje de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, que participó en múltiples batallas y las perdió todas. También el general Herrera perdió las elecciones presidenciales y murió dos años después, en 1924, el mismo año en que Jorge Eliécer Gaitán obtendría su título de doctor en derecho y ciencias políticas. Gaitán apoyó la campaña de Benjamín Herrera, y se atrevió a defender su candidatura en un bastión conservador y religioso como lo era el municipio boyacense de Chiquinquirá. Desde esos primeros tiempos, su osadía lo llevaba a desafiar las circunstancias más difíciles y los fantasmas más persistentes de las ideologías políticas dominantes, así como don Quijote había luchado contra los molinos de viento en su creencia de que se trataba de gigantes. La tesis de grado de Gaitán, titulada *Las ideas socialistas en Colombia*, abrió un debate en los medios políticos, y Gaitán fue elegido diputado a la Asamblea de Cundinamarca. Eran los primeros pasos de la que sería una agitada carrera política.

Con tenacidad ejemplar, Gaitán comenzó a ahorrar guardando hasta el último centavo, aún privándose de las cosas más necesarias, y un tanto contra la voluntad de su padre, que se había convertido en un escéptico frente a los temas políticos del país, sobre todo por la derrota del general Herrera, y que solo deseaba que su hijo estudiara contabilidad para que lo ayudara a poner en orden los magros ingresos

de su negocio de libros viejos, con el fin de realizar una especialización en criminología en Europa. Fue así como emprendió el viaje a Italia en julio de 1926, e ingresó a la Real Universidad de Roma, donde tuvo como profesor a uno de los juristas más destacados de su tiempo, el profesor Enrico Ferri, quien elogió la tesis de grado de Gaitán, titulada *El criterio positivo de la premeditación*, que obtuvo el reconocimiento de *magna cum laude*, máxima distinción otorgada a una tesis de grado que se destacara por su excelencia.

El estigma que caería sobre Gaitán por aquel viaje radicó en el hecho de que en esos tiempos tuvo lugar el ascenso de Mussolini al poder, después de haber realizado la llamada “marcha hacia Roma” en 1922, y de haber convertido su movimiento de choque en el partido político Fascista. Mussolini, arduo activista de temperamento colérico, hijo de un político anarquista, era hombre de lecturas dispersas, entre cuyos autores preferidos se hallaban nombres como los de Nietzsche, Marx o Schopenhauer. Su inconformidad y heterodoxia —pues no se sabía si apuntaba hacia la izquierda o hacia la derecha, perplejidad que se proyectó luego sobre Gaitán—, dio un repentino giro hacia la extrema derecha cuando se produjo un atentado contra su vida en Bolonia, del cual salió milagrosamente ileso. A partir de ese momento, su poder fue ratificado como una defensa nacionalista contra el avance del comunismo, y su posterior alianza con el eje y la figura de Hitler terminaron por definir su ideología y su posición política en la corriente extrema que fue derrotada al concluir la Segunda Guerra Mundial, el conflicto bélico más cruento de la historia.

A finales de 1928, Gaitán se encontraba de nuevo en Colombia cuando ocurrieron los sucesos de la huelga de las bananeras, episodio que más tarde vino a incidir sobre el desarrollo sindical en Colombia y que sirvió de temas tanto para la novela como para el moderno teatro colombiano. En marzo de 1929 fue elegido como representante a la Cámara, y luego encabezó un movimiento de protesta contra la hegemonía conservadora. Fue en esa ocasión cuando la fama de Gaitán creció no solo entre

las capas medias y populares de la capital, sino en otras regiones del país. Viajó a la Costa Atlántica para enterarse de primera mano sobre lo que había ocurrido con el movimiento popular que había terminado como una masacre en la estación de Ciénaga. También en este caso la historia se confunde con la leyenda. El Gobierno sólo reconoció unos pocos muertos, que no llegaban a diez, mientras que otras voces señalaban que habían sido centenares y aún miles. Nunca se sabrá con certeza cuántos muertos fueron en realidad. El capítulo sobre aquellos sucesos hace parte de la narrativa colombiana en novelas como *La casa grande*, de Álvaro Cepeda Samudio, y *Cien años de soledad*, de García Márquez.

Gaitán presentó la denuncia ante los honorables representantes del Congreso colombiano. De una parte, planteó su respeto por la institución militar, pero, de otra, denunció los excesos cometidos por la fuerza armada en la zona bananera. Al inicio de su exposición, hizo una declaración de principios, para evitar malos entendidos: “Yo tengo un gran respeto por el Ejército de mi patria, y por eso pienso que su oficialidad pulcra, sus hombres incontaminados, serían los primeros en protestar contra la inicua barbarie, contra los delitos de lesa patria que aquí se comprobarán”.

Después de haber hecho esa necesaria aclaración, para evitar que lo tildaran de sectario y demagogo, Gaitán entró en cuestión, con ese sonoro verbo que había sido la materia prima de un panfletario como José María Vargas Vila, quien había gozado de gran popularidad a comienzos del siglo XX. El enunciado de su alegato cubría no solo la denuncia sobre los hechos, sino todo un programa político que iba a signar sus futuras luchas:

Vosotros vais a juzgar de los procesos en donde actuaron unos militares; por consiguiente, para obrar dentro de los principios de la ciencia jurídica, tenéis que empezar por analizar la actuación, la psicología de esos jueces. Lo que quiere decir que aquí tenemos que analizar los hechos de la zona bananera en todos sus aspectos. Y así he de dividir esta exposición en varios apartes; el desarrollo de la tragedia misma; los robos al tesoro público; las relaciones del Ejército con la United Fruit; la

noche del abaleo del 6 de diciembre; el desarrollo de la huelga; los antecedentes de ella; las condiciones económicas de los colombianos enfrente de la codicia corruptora de la United Fruit; las actuaciones del Gobierno respecto del cual tendremos que ver cómo sus palabras son desmentidas por él mismo.¹

En ese momento, el expositor entraba en materia tras un largo prólogo doctrinario. Era el tiempo en que aún se escuchaban largas y sustanciosas catilinarias en el Congreso de la República, y los honorables representantes no se movían de sus sillas ante la tensión creada por el verbo vibrante de Gaitán en su denuncia. En repetidas ocasiones motivó cálidos aplausos, pero un silencio sepulcral se adueñó del recinto cuando, con tono grave, llegó al epicentro de su denuncia:

Voy a demostraros ahora las peregrinaciones trágicas que los hombres del Ejército hacían en los ferrocarriles a todo lo largo de la línea, matando desde los vagones a toda la gente que encontraban, así fuera ella pacífica. No había respeto por nadie. No se trataba de multitudes en armas; se trataba de gentes inermes que iban por sus caminos al trabajo o que salían de sus casas en actitud absolutamente pacífica. Las ametralladoras nada respetaban. “¡Fuego!”, era la orden para todo ser viviente. Era una cruel persecución injustificada y criminal.²

El alegato de Gaitán se prolongó por varias sesiones, durante las cuales presentó diversas pruebas, adujo testimonios, relatos escalofriantes y hasta mostró huesos de víctimas de la matanza. Pero su argumentación no solo se refería a hechos pasados, con el fin de proferir una sentencia, sino que anunciaba un futuro de cambios para el país en que él mismo estaba comprometido y donde se iba a erigir como el caudillo de una profunda transformación nacional:

¹ Intervención del doctor Jorge Eliécer Gaitán en la sesión de la Cámara de Representantes del 3 de septiembre de 1929.

² Intervención de Gaitán en la sesión de la Cámara de Representantes del 4 de septiembre de 1929.

Que la casta siga en sus posiciones; pero que no ignoren, como vosotros no podéis ignorarlo, que la juventud de todos los partidos, los hombres no contaminados, se sienten cruzados de un extraño anhelo, deseo profundo de reacción, fuera de los rótulos pequeños; en el país se palpa y se siente una situación anómala que en vez de ser motivo de crítica es razón de entusiasmo. Que siga la trágica comedia; que ella exagere los acontecimientos. Que siga vertiendo culpas en la copa para que ella rebose. No es hora de desconsolarse. La entraña ciudadana palpita, no para rodear la casta, sino para destruirla porque afortunadamente yo siento claramente el galope de la revolución³ (entusiastas aplausos).

¿De qué revolución hablaba Gaitán? los hechos que siguieron a este debate pronto mostraron sus consecuencias. Aunque no hubiera sido el único hecho, sin duda, la denuncia de Gaitán contribuyó al derrumbe de la hegemonía conservadora y al regreso del partido liberal al poder, al año siguiente, con el gobierno de transición de Enrique Olaya Herrera. Luego vendría la llamada “revolución en marcha”, proclamada durante la primera administración de Alfonso López Pumarejo, pero, pese a que este mandato aportó grandes cambios, tampoco era la plena realización de los ideales de Jorge Eliécer Gaitán, quien buscaba una amplia apertura democrática y terminar con el monopolio de las oligarquías en el ejercicio del poder.

La denuncia de los sucesos de la zona bananera proyectó la figura de Gaitán a los más altos cargos de la vida política y la administración nacional. En 1931, en los inicios de la llamada “república liberal”, fue elegido presidente de la Cámara de Representantes y luego presidente de la Dirección Nacional Liberal. Allí comenzó a gestarse su marcha hacia la Presidencia de la República, a la que, sin duda, habría llegado, muy probablemente en agosto de 1950, de no haber sido por las balas asesinas del 9 de abril.

Gaitán siguió ejerciendo su profesión de abogado penalista al mismo tiempo que su carrera política. Planteó la profunda diferencia que existía entre el país político y el país nacional. Confiaba en la inteligencia del pueblo que lo seguía y se identificaba con él, hasta proferir su sentencia más conocida: “Yo no soy un hombre, soy un pueblo”. Poco a poco, dio grandes saltos en su cruzada política. En 1933, intentó formar un nuevo partido político, en compañía de Carlos Arango Vélez, llamado UNIR (Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria), pero al año siguiente desistió de ese proyecto y regresó al Partido Liberal. Estas variaciones confundieron a algunos de sus seguidores y dieron motivo para las críticas de sus enemigos, sin embargo, Gaitán siguió adelante sin que los reclamos en su contra hicieran mengua en su actividad política; por el contrario, le sirvieron para reafirmar sus ideas y usar los argumentos en su contra como punta de lanza de sus discursos y argumentaciones.

En 1936, Gaitán contrajo matrimonio con Amparo Jaramillo, que provenía de una distinguida familia antioqueña, y ese mismo año se posesionó como alcalde de Bogotá, en la etapa culminante de la revolución en marcha de López Pumarejo. Al año siguiente nacería Gloria, la única hija del matrimonio. Sobre su cargo como burgomaestre de la capital aparece otra leyenda sobre el caudillo liberal: el correo de las brujas informó que Gaitán tuvo que salir de la alcaldía ante los reclamos de los conductores de taxis contra una medida tomada por él, que obligaba a los taxistas a usar uniforme. Se trataba, en apariencia, de una determinación caprichosa e, incluso, injustificada del alcalde, tal como lo expresaron algunos conductores, pero detrás de ello había algo mucho más profundo que revelaba el fondo del pensamiento de Gaitán. Hay que recordar que por aquellos años el desaseo era proverbial en la capital. Una característica de la ciudad que desde el siglo XIX habían señalado los viajeros visitantes. En la primera mitad del siglo XX, aún la gran mayoría de las gentes del pueblo andaban

³ Intervención de Gaitán en la sesión de la Cámara de Representantes del 6 de septiembre de 1929.

descalzas, y eran centenares los ciudadanos que jamás se habían hecho un corte de pelo o tenían la costumbre de lavarse los dientes. Esta dejadez se expresaba de la misma forma en su comportamiento. Gaitán se dio cuenta de este fenómeno y comenzó a tomar serias medidas al respecto. Distribuyó miles de zapatos y cepillos de dientes entre la población, ordenó campañas de aseo, que comenzaron a calar entre los ciudadanos. Él mismo se presentaba como ejemplo de pulcritud, tanto en su vestido y en su peinado como en el afeitado y demás aspectos de la presentación personal. Incluso, se mandó arreglar la dentadura, en un cuidadoso trabajo de ortodoncia, para aparecer con la mejor imagen posible ante el pueblo. Sostenía que un hombre que antes iba descalzo por el mundo adquiriría un nuevo sentido de su dignidad al usar zapatos. No era entonces una medida pueril la que había dictado a los conductores. Como la sotana de los sacerdotes o el uniforme de los militares, Gaitán buscaba dar una mejor presencia a los conductores, como se acostumbraba en los países más civilizados del mundo. Gaitán no trabajaba para un lumpen ocioso y desgreñado, sino para aquellas masas que aspiraran a elevar su condición y lograr una vida más digna.

Al dejar la alcaldía, fue nombrado magistrado de la Corte Suprema de Justicia, y en 1940 designado ministro de Educación, durante el gobierno de Eduardo Santos. Más tarde, cuando Darío Echandía asumió el poder durante un breve lapso, durante el segundo mandato de López Pumarejo, fue nombrado ministro de Trabajo, cargo que ejerció durante unos pocos meses, y desde el cual propuso reformas fundamentales a la legislación laboral ante el Parlamento, así como una reforma en profundidad a la tarea del Ministerio.

Después de pasar por estos diversos estamentos de la administración pública, Gaitán sintió que había llegado el momento de proclamar su candidatura presidencial. En el discurso que dio inicio a la campaña, pronunciado en la plaza de toros de Santamaría, planteó su tesis de luchar por la restauración moral de la República, carcomida por el clientelismo y la corrupción administrativa: “Nos ha bastado proclamar que aspiramos a la restauración moral y democrática de

la República. Y esa fórmula diáfana y sencilla ha sido entendida por las gentes de Colombia con toda la fuerza real y trascendente que encierra su contenido. Solo los que integran y especulan con el país político no encuentran en ella mérito ni sustancia, unos por dañada intención y otros por culpable ceguera”.⁴

En una manifestación multitudinaria las gentes llevaron en hombros a Gaitán hasta las puertas de la Presidencia de la República, expresando con ello su deseo de que este gesto simbólico se convirtiera en realidad.

En un discurso pronunciado el 22 de febrero de 1946, Gaitán sostuvo que “el pueblo es superior a sus dirigentes”, lo que dejó entrever que su nombre se hallaba unido al pueblo mientras los dirigentes estaban representados por la vieja casta política liberal o conservadora.

El país conoce lo que sucedió después: el Partido Liberal se dividió entre la candidatura popular de Jorge Eliécer Gaitán y la oficial del doctor Gabriel Turbay. En las elecciones presidenciales esta división dejó la puerta abierta para que el triunfo recayera en el candidato del Partido Conservador, el doctor Mariano Ospina Pérez, quien descendía de una familia de la que hacían parte dos presidentes, uno de los cuales, Mariano Ospina Rodríguez, había sido uno de los fundadores del Partido Conservador. La tenaza de los dos partidos tradicionales triunfó sobre Gaitán, quien era un candidato disidente en ascenso. Gabriel Turbay obtuvo el mayor porcentaje, pero meses más tarde, el 14 de julio de 1947, Gaitán se convirtió en el jefe único del Partido Liberal, y de inmediato lanzó una consigna que mostraba su temple de guerrero frente a la adversidad: “Por la reconquista del poder, ¡a la carga!”. La inminencia de su llegada al mando en el siguiente período la demostró su triunfo arrollador en las elecciones parlamentarias, así como en las de concejos y asambleas departamentales, en las que ganó más de ochocientos cargos en una aplastante victoria sobre los candidatos conservadores. Fue allí cuando se inició una violencia que

⁴ Discurso de Jorge Eliécer Gaitán en el lanzamiento de su candidatura presidencial en la plaza de toros de Santamaría, el 23 de septiembre de 1945.

el propio Gaitán denunció en vida y que creció de forma desmesurada después de su muerte.

Según relató hace poco en una entrevista el presidente honorario de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, Raúl Alameda, que en aquella época era un destacado dirigente estudiantil, él acompañó a un grupo de militares que quería hablar con el doctor Gaitán. En efecto, consiguió la cita, y esos militares le propusieron al doctor Gaitán emprender un movimiento para deponer a Ospina Pérez y respaldarlo para que asumiera la Presidencia de la República y salvara a Colombia de la oleada de violencia que amenazaba con posesionarse del país entero. Ante el solo enunciado de aquella propuesta, Gaitán se levantó indignado y dijo que él era un demócrata convencido y que nunca iba a llegar al poder por las vías de facto, sino por medio de un triunfo electoral que él consideraba seguro en las siguientes elecciones presidenciales. Por ello, concluyó, el único camino era ejercer una oposición clara y sin concesiones frente al Gobierno y un repudio categórico en contra de la violencia.

El 7 de febrero organizó una de las manifestaciones más formidables que se hubieran visto hasta entonces en la capital del país: la llamada “Manifestación del silencio”, con la cual hizo una demostración de orden y disciplina por parte de las masas que lo seguían, que no tuvo precedentes. Así se lo expresó al Presidente de la República: “Señor presidente: Vos que sois un hombre de universidad debéis comprender de lo que es capaz la disciplina de un partido, que logra contrariar las leyes de la psicología colectiva para recatar la emoción en su silencio, como el de esta inmensa muchedumbre. Bien comprendéis que un partido que logra esto, muy fácilmente podría reaccionar bajo el estímulo de la legítima defensa”.

Se trataba, en verdad, de una demostración de poder, a la vez que de una seria advertencia. A pesar de ello, días más tarde se produjeron varias muertes en Manizales y Pereira, y Gaitán se dirigió de inmediato

y produjo una conmovedora alocución en homenaje a los muertos, que tituló: “Oración por los humildes”. Sus palabras sirvieron de eco no solo a aquellas muertes de la política de “a sangre y fuego”, sino que se presentaron, sin él saberlo ni imaginarlo siquiera, como prólogo a su propio sacrificio:

Compañeros de lucha: al pie de vuestras tumbas juramos vengarnos, restableciendo con la victoria del pueblo los fueros de la paz y la justicia de Colombia. Os habéis ido físicamente, pero qué tremendamente vivos estáis entre nosotros.

*Compañeros: ¡Vuestro silencio es grito!
¡Vuestra muerte es vida de nuestro destino final!*⁵

En la noche del 8 de abril obtuvo un gran triunfo profesional, al lograr la libertad del teniente Cortés, quien había dado muerte a un periodista en defensa del honor militar. Frente a los jueces, Gaitán planteó:

*Os ha correspondido la suerte de ser jueces y vais a ejercer vuestro ministerio como verdaderos hombres y no como oscuros intérpretes de textos legales. Es preciso que hable vuestra conciencia, no el lenguaje del tinterillo, ni del magistrado que se anquilosó en la labor absurda de aplicar los artículos del código sin distinguir entre un infractor por móviles sociales y un criminal de repugnantes apetitos. ¡La justicia no es, no puede ser ciega! ¡Tiene que hacer diferenciaciones para que imponga las reparaciones allí donde sea menester!*⁶

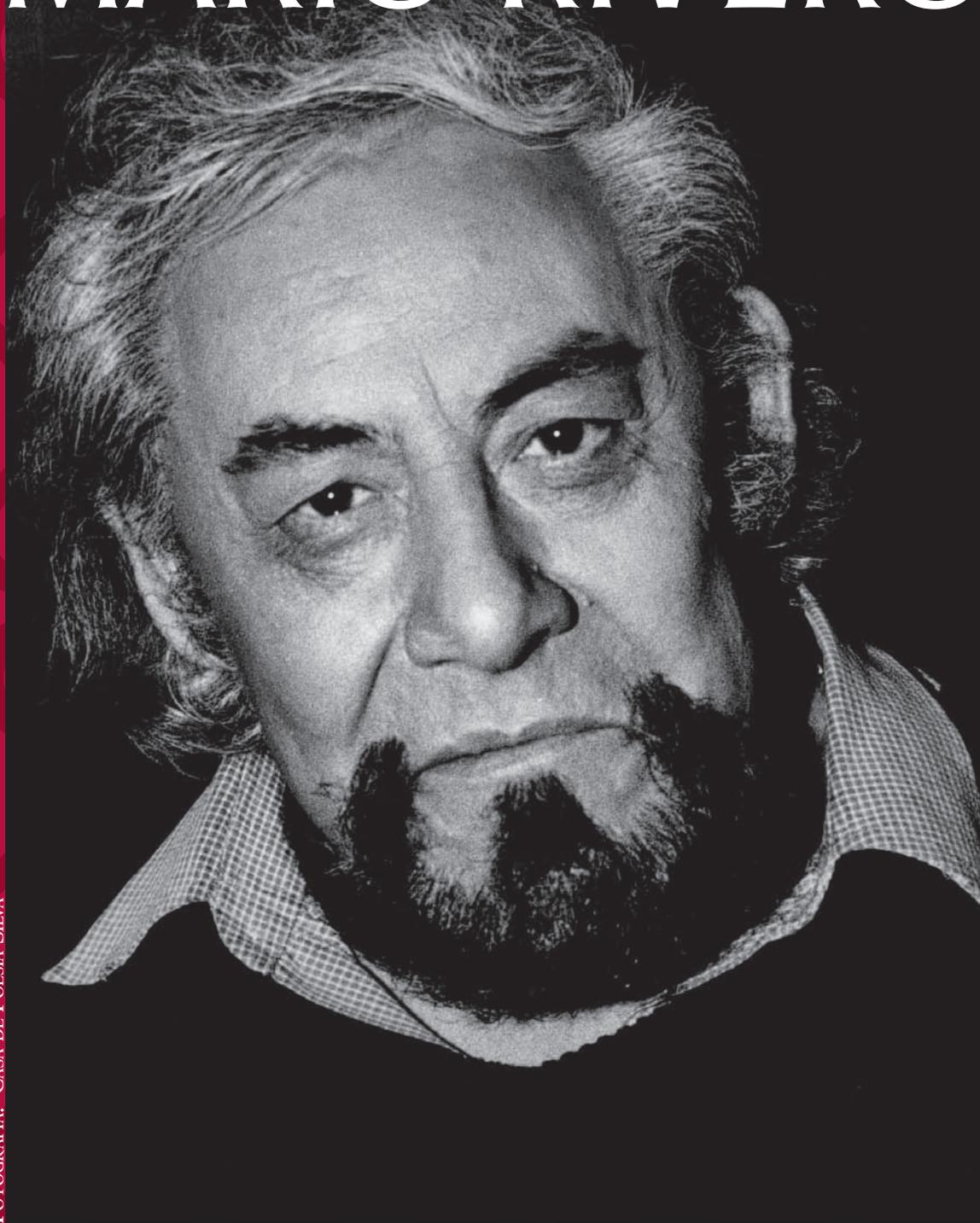
Un clamor frente a la justicia que aún tiene plena validez, en un tiempo en el que cabe reflexionar sobre tantas muertes que sobrevinieron tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, después de sesenta años, sin que se hayan podido esclarecer los móviles ni la autoría intelectual del magnicidio. Y, como dijo Hamlet, herido de muerte: “El resto es silencio”.

⁵ Discurso pronunciado en el cementerio de Manizales el 15 de febrero de 1948, tres semanas antes de su asesinato.

⁶ “La rectificación de una monstruosa injusticia”. Última defensa de Gaitán, durante el proceso al teniente Cortés, el 8 de abril de 1948.

VN POETA COLOMBIANO

MARIO RIVERO



FOTOGRAFÍA: CASA DE POESÍA SILVA

UN POETA DEFINITIVO. Y por muchas razones: su voz honda, a menudo ilimitada y, en todo caso, categórica, ha sido una de las resonancias intelectuales y poéticas de mayor trascendencia en la Colombia de las últimas cuatro décadas.

Este antioqueño universal, y urbano hasta la médula de los huesos, nació en Envigado el mismo año en que murió Carlos Gardel, pero vive desde hace mucho en Bogotá, en el barrio de La Candelaria. En su juventud, desempeñó los más inverosímiles oficios, que incluyeron los de actor, cantante de tangos y boleros, declamador, vendedor de libros y guía de excursiones artísticas en Europa. Ha sido crítico de arte en destacadas revistas nacionales, autor de libros sobre algunas de las figuras más reconocidas del arte colombiano y director durante muchos años del programa radial *Monitor*. Pero, sobre todo, es un gran poeta. Fundó y dirige la revista de poesía *Golpe de Dados* que, gracias a su extraordinaria constancia, a una generosidad fuera de serie y a un rigor sin límites, cumplió 35 años ininterrumpidos de existencia. En el ámbito de las publicaciones culturales en Colombia, eso es impresionante.

Hombre sabio y entrañable, es autor de una obra señalada por una libertad a toda prueba, por un hálito refrescante y por un crujido inclemente de lo urbano. En los espacios de su poesía, es difícil desentrañar influencias y senderos distintos del propio. Ha escrito numerosos libros: *Poemas urbanos*, *Noticario 67*, *Y vivo todavía*, *Baladas*, *Mis asuntos*, *Poemas de invierno*, *Flor de pena*, *Vuelvo a las calles*, *Del amor y su huella*, *Poema con cámara*, *Qué corazón*, *5 salmos penitenciales* y *Gente como uno*, entre otros. Ha obtenido, además de otros importantes reconocimientos, el Premio Casa de las Américas y el Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus.

En su libro *Porque soy un poeta*, publicado por la Casa de Poesía Silva, en una de las respuestas que le dio al escritor Guido Tamayo, Mario dice de la poesía lo siguiente:

Es un acto existencial, en cuanto uno no sabe cómo acabará el poema, quiero decir, si está enviando las palabras a otra parte, o no diciendo lo que quiere decir... si lo logrará eficazmente o no... uno se está

poniendo a prueba inconscientemente. Y en ese acto existencial, yo me veo a mí mismo en una relación combatiente con la palabra, luchando, ya que trato de enlazar lo exterior con lo interior, lo público con lo privado, y en esta operación siempre hay ansiedad... suave, sin intensidades.

STVDIA COLOMBIANA publica en esta edición, en un homenaje a uno de los grandes poetas colombianos, una selección de sus poemas.

POESÍA

Pájaro que desciende
de la cumbre
nos asombra
y nos llena de silencio

lo que se escucha
es sólo el temblor
el necesario escalofrío
de la rama a la que llega.

GAUGUIN

Gauguin volvió a París —de Tahití
como una guacamaya
Traía en la oreja una flor
y escuchaba su perfume
todo ese oro ese goce de sol
además de lunas como mangos

Después se fue al país Bretón
donde pintó un Cristo amarillo
y unas campesinas pétreas
—había ido a buscar la tristeza—

UNA PEQUEÑA HISTORIA

A las seis de la tarde
cuando la calle se deja lamer por las basuras
y bostezan los edificios por sus ventanas
las aceras y los árboles
la mecanógrafa espera...

Una vez tuvo 15 años
se pintaba los labios y las uñas furiosamente de rojo
usaba zapaticos ilusión
y tenía un novio
que la llevaba a las heladerías
a tomar café con tostadas
mientras el gringo del acordeón
tocaba una canción
que todavía recuerda

Ahora son las 6 de la tarde
el tiempo es un caballo leproso
que pisotea las cosas

¿qué haces mecanógrafa
con esa cara de otoño
y esos senos de naranja enferma?

Mañana volverás a la oficina
donde un jefe
de uno con cincuenta de estatura
acaricia su pequeño vientre
en el que guarda recibos
huevos de tortuga
y una muerte grande

no esperes más
escucha otra vez la música del gringo
y deja que un hombre te tome de la mano

EN BALANCE DE VIDA

En balance de vida te digo:
no hay un solo acto mío, de ayer,
que no me parezca ahora vano.

Tan lejos como me llevaron mis pies
caminé.
Mi pie astuto, crispado, listo para avanzar,
abriendo el camino pulgada a pulgada.

Pero ni los pasos del ángel,
ni la huella del monstruo, encontré.

Sólo hallé ciegos dando bastonazos
en la oscuridad. Y el móvil rastro
de moscas zumbadoras, arracimadas,
en ésta bolita azul, que gira.
Al contrario de Saúl,
que partió con la esperanza de hallar sus
asnos
y encontró un reino,
yo iba en busca del oro de mi deseo.
Pero donde esperaba hosannas encontré el
silencio,
en lugar de púrpura vestí la arpillera,
Y conocí el exilio en lugar del reino.

HAY ALREDEDOR DE LA CAMA

Hay alrededor de la cama una alcoba de
cerrados muros,
y cada noche antes de dormir, pensaba:
si esta noche viene irá a encontrar mi
puerta?
El paso es éste? A dónde lleva el pasillo
de insomnio, el muro de fatiga?
Y con una lámpara encendida, yo vigilaba,
el oído inclinado sobre unos pasos.
Temía que vinieras sobre la punta de los
pies en el sueño,
y no poder contemplarte bien de frente

El cuarto tiene vigas carcomidas,
y los largos truenos de marzo y las ráfagas
rompían sobre el tabique.
Levantando los ojos a lo alto, yo me decía:
será hoy cuando viene? Y después me
hincaba,
cuando los ecos de la espera infructuosa,
lentamente morían. . .

Querida y desquerida,
ahora como entonces,
¡me he hincado tanto, que deberías haber
venido!



LA CANDELARIA

Éramos nuevos en el vecindario
Habíamos venido de uno de esos barrios
burgueses del norte
que separan a ricos de pobres
como una cintura de hierro
y cuando miré a los vecinos no me sentí
animado

Muchachos amontonados a la entrada
de los inquilinatos
para robar relojes parabrisas o libros
al río de estudiantes que desborda la calle

Gente harapienta que pasa arreando sus
burros
destinada a ilustrar el viaje
de los turistas gringos
siempre al acecho de las grandes
pornografías del mundo
afanosos por fijarlos en sus álbumes
de Illinois de California de Michigan
con un sentimiento de espantosa
admiración
como si nunca hubiesen visto harapos!

El barrio cobijado bajo el hombro del
cerro
nos pone en camino de recobrar
la borroneada imagen de la ciudad antigua
pero uno tiende a verlo como una cita en
el submundo
—todo un mundo propio dentro de
otro—
como un vasto corral de chatarra
con sus techos agujereados
espaldas doblegadas piernas rotas lisiados
y casas abandonadas como si gentes
se hubiesen encerrado dentro de ellas
para defenderse de alguna peste y muerto
todos!

En la placita empedrada un músico que se
entrena
para una función benéfica

sopla una trompeta pedorra
ante la indiferencia de unos *gamines* que fuman
envueltos todos en una capa de sueño
como quien sabe que no hay motivo para
levantar la mirada
que no tiene parte alguna en la buena suerte
que de algún modo todo allí forma parte del
canon de perder.
Y es que aun los adolescentes
que viven aquí son distintos
para mantener la hombría dura y caliente
caminan con paso balanceado
se tratan entre sí de *vecino* y *hermano*
una mujer es *una hembrita*
un vientre una *alcancía*
una cabeza es una *porra*
satisfacer el hambre significa *tanquear*
Y hacer el amor con una mujer es *comérsela*

Por encima de los faroles
que alumbran con una luz ambarina
y hacen que el barrio aparezca como inundado
por una puesta de sol
se ve el cielo de la noche...

la noche que cae sobre los tejados
con su profunda respiración azul
más suave que la pluma de los gorriones
que se desprenden de los aleros como una
flecha
con un ruido afelpado

Un aroma caliente
a pan recién salido del horno
el olor que trae implícito en él una dicha
sencilla
aparece desde la calle
con sus casitas juntas frente a frente
respirando las unas sobre las otras

Estas calles casi siempre vestidas
de azul-llovizna o de frío-lluvia
con sus aceras llenas de cagadas de perro de
colores brillantes
siena rosa negro amarillo marfil pálido...

JOSÉ ANTONIO CARBONELL

Memoria de un curso con demasiados libros

Edición global,
lecturas locales
en español

“Si uno no es otro u otros por un momento de hechizamiento de la lectura, no es nadie”.

Carlos Monsiváis

“Una editorial, antes que otra cosa, es una empresa que lleva a cabo un proyecto de lectura; eso es su catálogo: una oferta de lectura para una comunidad de lectores”.



SEALTIEL ALATRISTE

1.

Al llegar a la librería uno se sentía atraído inmediatamente por la hilera de libros rojo y negro que llenaban la estantería. Se veía obligado a acercarse para contemplar la elegancia y el bello diseño que los hacía sobresalir, como una llamada,¹ entre los miles de ejemplares que los rodeaban. Podía uno pasar un buen rato hojeando varios títulos, fascinado con la diagramación, el cuidado visual, las originales guardas de color encendido, cuyo único servicio era puramente ornamental. Solo al final se caía en la cuenta de que la editorial recién llegada a Bogotá manejaba una selección muy peculiar de literatura con autores clásicos contemporáneos y otros desconocidos, pero seleccionados en una disposición rigurosa que en ese momento se nos escapaba. De todos modos, lo que llamaba la atención era su bella forma y un preciosismo editorial que saltaba a la vista. Ahora, meses después y a mucha distancia, quien nos hablaba era Jaume Vallcorba en persona, director y propietario de El Acantilado, la editorial barcelonesa responsable de los libros que con su marca peculiar se empeña en propugnar una forma de hacer libros y empresa que para muchos ya no se corresponde con esta época. Jaume explicaba cómo la decisión de escoger el rojo y el negro para uniformar las cubiertas de su colección de narrativa obedeció simplemente a su deseo de glorificar un recuerdo casi banal de un lejano amor platónico de sus días berlineses, en los que una estilizada mujer en bicicleta, que cruzaba con frecuencia su camino, siempre ataviada de negro con una bufanda roja, lo extasiaba con su belleza al tiempo que lo ignoraba por completo. Alejada, pues, cualquier referencia stendhaliana de sus motivaciones estéticas, empezó a ofrecerse la personalidad de un editor rabiosamente independiente que maneja principios

de administración y elección editorial organizados desde su propio —y al parecer certero— instinto. Mientras prefiere la idea de guiarse por lo opuesto a lo que prescribe la moda, lo que lo ha llevado a formar un riguroso catálogo de literatura y pensamiento germanófilo y de excelentes y poco conocidos autores de Europa central ahora relativamente visibles gracias a él, Vallcorba abomina de las recetas de *marketing* y de *management* en boga que sostienen que se eclipsó el tiempo de los esquemas editoriales pequeños, individuales, de cuyas manos es posible obtener productos casi artesanales, pero refinados en alto grado. Señala, contra la opinión predominante, que es factible mantener con éxito una empresa editorial alejada de *best-sellers*, con tiradas de dos mil ejemplares promedio si se consigue adaptarse a antiguas prácticas de razonables índices de ganancia de entre 5 y 8% y a crear un listado de títulos lo suficientemente coherente. Apasionado del tipógrafo renacentista Aldo Manucio, vuelca en la manufactura su obsesión por la perfección formal —en los libros de El Acantilado, por ejemplo, la tinta negra del texto es rebajada en mínimo porcentaje para suavizar la lectura, el papel es seleccionado estrictamente por su bajo nivel de acidez y origen ecológico— y la discreción —cree que el libro mejor diseñado es el que usa tipografías y diagramación “invisibles”—. Su bajo perfil es socavado a veces cuando alguno de sus títulos, contra todo pronóstico, se ve sometido a una acogida inusitada. Como le sucedió recientemente con la nueva edición y traducción de *El libro del desasosiego* de Pessoa —con un traductor impecable de nombre pessoaniano, Perfecto Cuadrado, al que tuvo que prácticamente secuestrar para que acabara el encargo— después de que aparecieron nuevos materiales y apuntes, casi en un tercio superior a los que habían sido divulgados en la edición de Seix Barral de comienzos de los ochenta,

¹ Es la imagen que Doménech Guimerà, director de producción de Tusquest Editores, utiliza para referirse a la atracción sensorial que ejercen los libros. En su artículo *Breve imperio de los sentidos y el objeto libro* dice que “en una librería el primer momento de interactividad entre el libro y su futuro lector es la vista, no la mirada: una llamada (grito) visual procedente del propio libro que convoca el interés del potencial futuro lector”. Después intervendrán el tacto, el olfato, la mirada, la contemplación... Se activan todos los sentidos para permitir la más efectiva y suave comunicación entre la mente y el libro.

y que le ha supuesto tirar más de doce mil ejemplares en varias reimpresiones de un libro en apariencia difícil para presuntos lectores escasos y sombríos. Estas coincidencias entre público y editor lo arraigan más a su método y olfato individual, lo que lo lleva a prescindir de lectores profesionales que dictaminen sobre los manuscritos o de encuestas sobre apetencias genéricas para únicamente obedecer al mandato de su capricho y acerado gusto.

2.

Abiertamente contrario a considerar la edición como oficio romántico y personalizado, Miquel Alzueta es el agente que Planeta ha destinado en Brasil para organizar el desembarco en esa nueva frontera idiomática de la gran editorial española. Está persuadido de que el mundo editorial está lleno de trucos que hay que conocer para no naufragar sin algo de gloria, lo que le anticipa, de todos modos, a quienes se aventuren en estas cruentas empresas en tiempos de crisis e intereses aplastantes. Sostiene que más del 70% de los libros que ya se publican con éxito son concebidos por los editores consultando a los consumidores antes de ser escritos; el mercado estará compuesto cada vez más por estos “libros de laboratorio”, milimétricamente fabricados para corresponder a necesidades y hábitos de lectura advertidas de antemano. Por eso mira con sorna los intentos de “crear con el catálogo del editor su propia biografía”, como en otro momento lo pregonara Jorge Herralde, director de Anagrama, o los ya mencionados intentos solitarios y heroicos de El Acantilado. Para todos vaticina un fin inminente y ruinoso. Funda sus ideas en una mirada que considera realista y documentada del mundo de la lectura y el libro en habla española: en 2002 en el 60% de los hogares españoles no entró un solo libro; desde hace dieciocho años no se crea un proyecto editorial importante; los mercados del libro son estrictamente locales, estructurados para deglutirse a sí mismos con autores y temas regionales, tanto en América Latina como en España, por lo que la globalización del libro hispano es una mistificación;

no existe un autor latinoamericano, con excepción de sus dos figuras conspicuas, que consiga tiradas de sus obras por encima de los diez mil ejemplares, y viceversa, no hay un autor español que interese de forma medianamente masiva a este continente; no cree siquiera en los flujos de libros y autores con cifras significativas entre países latinoamericanos, que fueron hasta hace poco un simple depósito de sobrantes para las editoriales españolas; al nuevo lector sólo le interesa aprender —y si es algo útil mejor—.

Su visión es la del sobreviviente de temporales que trae a cuento los procedimientos del “editor como camaleón”. Obligado a disolverse en el ambiente y reemplazar cualquier aspiración de marca personal, lo cual encuentra inútil. No hallaría mucha gracia en las pretensiones de los que dicen —como Blanca Rosa Roca de Roca Editorial— que cada editorial debe generar su ADN particular. Quienes saben apreciar el entorno son las grandes empresas que pueden disponer de complejos aparatos de medición para detectar los cambios de gustos de consumo y proponer los títulos desde el escritorio de sus ejecutivos, y los únicos favorablemente dispuestos a *La-Consecución-del-Best-Seller*. La razón y pertinencia del catálogo de una editorial no sería más que eso: el imperio de los grandes volúmenes con bienes semejantes entre sí, encadenados, prefabricados algunos, medianamente previstos otros, pero convertidos en fundamento de rentabilidad y existencia. A eso se aplica ahora. Alzueta exagera, evidentemente, y sabe que dibuja una caricatura del pragmatismo, pues si bien reconoce el substrato cultural de la edición, está convencido del marco severo y utilitario del cual hace parte y que ve necesario descifrar.



3.

Jordi Nadal, es el organizador de este encuentro, que en la Universidad Pompeu Fabra de la calle Balmes de Barcelona ha logrado, por segundo año consecutivo y durante un mes completo, reunir a más de treinta expertos de alto nivel de los círculos editoriales hispanos y latinoamericanos ante un grupo de atentos editores noveles —con esta excepción— de España, Colombia, México, Brasil, Argentina, Perú y Puerto Rico. Jordi es ahora adjunto de la dirección general de Paidós, pero su experiencia como editor en Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y España y un sinnúmero de viajes a América Latina lo convierten en uno de los hombres mejor informados sobre el libro y la época que vivimos. Mantiene la aureola de los egresados del mítico curso para editores con experiencia de la Universidad de Stanford, pero proclama que la edición es oficio humanista cargado de sentido, pues la lectura puede cambiar profundamente a las personas y hacer viable a las sociedades. No obstante, mira con preocupación el arraigo que la industria editorial hispana mantiene en fórmulas gastadas y procedimientos tradicionalistas. Sobre todo porque ve una escisión entre las ventajas de las nuevas tecnologías de la información y el mercadeo y la administración con mentalidad artesanal en que se hallan sumidos multitud de empresarios del libro. Hay que entender científicamente lo que a la gente le interesa y esto no es incompatible con aspiraciones de calidad, selección y productos depurados y simbólicos. Por eso la familiaridad con que maneja cifras estadísticas actualizadas y un léxico lleno de conceptos traídos del argot gerencial, de las comunicaciones y del *marketing*, apuntando a cerrar con su aplicación precisa una brecha entre lo que se produce y lo que se consume. ¿Para qué fabricar libros que nadie lee? ¿Acaso editar no es especialmente inducir a la lectura?

Jordi dejó en el ambiente, con toda intención, algunos temas agrios que

fueron recurrentes durante el mes y que por más que se quiso no fue posible conjurar. El primero tuvo que ver con el de los demasiados libros que se publican en el ámbito editorial en español. Una calamidad que devasta nuestra cultura y que quizás proviene de una suerte de facilidad excesiva del habla entre los latinos, ya notada por especialistas y terapeutas, que trasladamos sin más a la escritura y a la producción de libros. España entrega cerca de 65.824 títulos al año y América Latina, según cifras del Cerlalc del año 2003, unos 50.000 aproximadamente (México 11.723, Colombia 10.000, Argentina 13.457, Chile 3.200, Perú 2.256, Venezuela 2.061, Ecuador 1.701, más los de los otros países) ¡116.000 títulos al año, 2.230 cada semana, 320 cada día! Ningún sistema es capaz de procesar y digerir tal proliferación. Sin embargo, el mercado es pequeño y solo representa 3,5% de la facturación mundial, aunque se dilate entre más de veinte países. Francia, Alemania e Italia tienen industrias editoriales más poderosas, pese a estar confinados entre los límites de su propio idioma patrio. El ambiente de dificultad y las dimensiones reales y estrechas de, incluso, el espacio editorial de España los describió más adelante J. M. Puig de la Bellacasa, presidente del gremio de editores de Cataluña: 49% de los españoles no lee un libro, 80% de las editoriales son pequeñas, los índices de rentabilidad no superan 2 ó 3%, mientras que la piratería y la reprografía ilegal crecen vorazmente. Alguna vez, como directivo gremial debió sustentar con ahínco la importancia de la industria editorial española para la economía nacional ante los funcionarios de hacienda; estos le objetaron recordándole que el solo El Corte Inglés facturaba cuatro veces más anualmente que toda la industria editorial del país en conjunto.

El otro tema fue el de la crisis y estancamiento del mercado del libro publicado en español, difícil de aceptar en principio dada la altísima producción de nuevos títulos. Pero, en realidad, este no crece y cualquier intento de creación de un nuevo proyecto editorial lo que hace es pujar por desplazar uno ya existente. De ahí, asimismo, la cantidad de compras que los grandes grupos están haciendo de

editoriales pequeñas para entrar en esa cerrada parcela. Las protestas de quienes quisieron ver en la abundancia de libros indicios acabados de democracia y libre expresión se estrellaron contra la evidencia de almacenes y estanterías repletas de libros sin lectores, bibliotecas poco ocupadas y árboles inútilmente tajados. Se nota que Jordi Nadal intenta por todos los medios percatarnos de la necesidad de restablecer el tejido vivo entre el viejo arte de editar y los nuevos hábitos de lectura, hoy roto, utilizando técnicas de punta y el refinamiento que han alcanzado las ciencias de la gestión, comunicación y administración de negocios.

4.

Los libros son también una entidad física. Tienen volumen, peso, densidad, color, aroma y, de alguna manera, comparten la vida orgánica de las materias de que están hechos. Es decir, envejecen, se deterioran, algunos compuestos acidifican sus páginas y las decoloran o manchan con el paso del tiempo, y en ellos pueden habitar microorganismos y aun persistentes insectos si se les deja. Nadie más habilitado para percibir la naturaleza material y voluble del libro que quien tiene que transportarlo y almacenarlo. La filosofía espontánea que destila el jefe de bodega de Les Punxes, una de las más importantes distribuidoras de libros en Cataluña, no es desdeñable. Como ocupan un espacio y este es limitado y costoso, los libros deben estar en movimiento para representar un papel honroso en el circuito de su propia existencia. En otras palabras, deben circular con relativa celeridad de la editorial hacia el lector después de breves pausas en la casa distribuidora y la librería. Demoras en ese proceso o reveses o retrocesos, como devoluciones frecuentes y en masa, entorpecen el fluir natural hacia la destinación que se supone le fue conferida a un título específico. Hoy, el distribuidor no cobra por almacenar y solo percibe utilidades por el porcentaje de los libros efectivamente vendidos; en el futuro próximo esta situación parece que va a cambiar y los libros en casa del distribuidor pagarán su cuota de alquiler por el espacio y el tiempo que ocupan —como ya lo hacen por figurar

en algunas vitrinas y mesas de novedades en ciertas librerías de Estados Unidos y España—. Pero, en realidad, en pocos lugares son más evidentes los desajustes y veleidades de la industria editorial que en los amplios galpones de una distribuidora y de boca de su experto almacenista. Allí hemos sido guiados hasta el sector en que se pudren literalmente algunos fondos completos editados por el Estado o instituciones o academias que no consultaron un mínimo de sentido común en la apetencia de sus lectores o hasta el lugar donde descansan con terquedad libros que brillaron por breves momentos, cuyas reimpressiones apresuradas se desmoronan, o los títulos que gota a gota van desalojando el espacio que requieren docenas de sucesores amontonados. Y nos fue relatado lo que acontece la víspera de san Jordi,² cuando la bodega entera es transportada a las librerías y tiendas para atiborrarlas, y es traída de vuelta en los días subsiguientes en lo que representa el mayor esfuerzo del año y el momento en que se depositan las grandes expectativas de venta y desilusión, pues se sabe que de cien títulos publicados no más de nueve alcanzan el favor declarado del público. Aunque todo el sistema está dispuesto para que el libro salga camino al punto de venta sin retorno, lo que ocurre es que el 40% vuelve rechazado a estas estanterías ya reocupadas por las novedades. De ahí que no sea alocado pensar que los libros en determinado momento estorben sobremanera y sea justo pensar en tirarlos o reutilizarlos así sea como sustancia de reciclaje y materia de usos dispares. Desde la manipulación física de los libros se llega de manera simétrica a las mismas conclusiones que los especialistas ven en el enorme desacuerdo entre lo que se edita y lo que en realidad se consume a causa de la sobreabundancia y el desconocimiento de un lector probable que habita un presente que ignoramos.

² El 23 de abril de cada año, día de san Jordi, personaje emblemático de Cataluña, en honor a una costumbre muy arraigada, hombres y mujeres intercambian masivamente flores y libros, lo que obliga a enormes movilizaciones de ejemplares hacia las librerías.



5.

El triángulo entre autor, editor y lector no ha sido siempre equilátero. Tensiones y desavenencias marcan las relaciones entre los que se supone son los actores principales de la escena editorial. Son comunes los roces entre autores y editores, el desconocimiento entre editor y público es usual y son pocos los lectores que le conceden atenciones completas a la multitud de autores. En España, a diferencia de lo que ocurre en América Latina, el triángulo se torna cuadrilátero, pues cada vez toma mayor protagonismo el agente literario. Juan Villoro, el escritor mexicano convocado, junto al argentino Rodrigo Fresán, para explicar las actitudes y expectativas de los autores en el mercado editorial, declara las ventajas de intermediar su relación con los editores, lo que le permite volcar toda su energía hacia la creación de su obra dejando en manos profesionales el asunto económico y contractual. Pero ambos extrañan las épocas en donde, por suerte, pudieron toparse con el editor íntegro que los ayudó a moldear su obra y era el causante de diálogos fecundos. Villoro traza incluso un perfil casi épico del editor a la manera antigua, personificado en el español exilado en México, Joaquín Díez-Canedo, y su paso trepidante por el Fondo de Cultura Económica y Joaquín Mortiz. Aunque el escritor, sobre todo en sus comienzos, dejado de la mano de un editor voraz puede ser muy vulnerable. A Villoro, su primer editor le sugirió que con su obra adquiriría un riesgo comparable al que se obtiene al comprar un billete de lotería y que, como tal, solo le pagaría algo en el improbable caso de que ese billete saliera premiado. Con una trayectoria ya consolidada y en la lista de un agente prestigioso, ahora el billete de Villoro casi siempre logra alguna bonificación. Aunque al reflexionar sobre la escogencia de la agencia literaria más eficaz piensa que pasa lo que a uno le sucede en las filas de los bancos: siempre la fila que se mueve con mayor celeridad es la otra, la de al lado, la que uno acaba de abandonar.

Junto a Fresán proclaman que la mayoría de los libros publicados en el presente son para no lectores. Libros utilitarios. La mayor parte del mercado está constituida por una demanda inventada, de productos prefabricados. Esto ha llevado a la desaparición de los lectores por gozo, verdaderos animadores de la cultura y el libro. El modelo actual de búsqueda y producción de *best-sellers* y la estrategia de desencadenar grandes volúmenes *per se*, probablemente tienda a agotarse. La quiebra de grandes compañías enfrascadas en su consecución es un síntoma del descalabro mismo del sistema y del posible retorno del lector que lo hace por deleite; que la perversidad de ese modo de operar rapaz tiende a ignorar, pues solo se publica lo que dictamina el canon de las grandes ventas. Por esto, y como autores latinoamericanos, han sido testigos de lo que podría denominarse la globalización del silencio editorial, consistente en menospreciar el talento, aunque esté al alcance de la mano. Lo que se internacionaliza es poco: lo recetado. En tanto, los mercados del libro hispano permanecen locales e incommunicados. (El éxito de Fernando Vallejo en Colombia, por ejemplo, era desconocido por su propia casa editora matriz en España.) Y a propiciar la paradoja de que, como ha sucedido desde hace mucho tiempo, pero, en especial, desde *el boom*, el escritor nacido en este lado del Atlántico debe ser publicado por editoriales españolas primero para ser reconocido en sus propios países.

6.

Para Pere Vicens, de Vicens Vives, y presidente de la Unión Internacional de Editores, el libro ya no se vende en las librerías. Los libreros les han dado la espalda a las editoriales y estas deberán disponer pronto de sus propios y especializados puntos de venta. El recinto en que se logra el esperado encuentro entre libros y lectores es hoy sujeto de apreciaciones muy dispares. El otrora santuario de seducción intelectual llamado librería, hito urbano, sereno y repleto lugar de consulta y sorpresa, es visto por algunos como una institución en vías de extinción. Ahora el libro se transa

como cualquier otra mercancía, y confundido con ellas en los fríos espacios de las grandes superficies o convertido en libro de bolsillo en los quioscos o terminales de transporte. O se solicita en línea, por la Internet, en operaciones virtuales e intangibles. Desde las bodegas del distribuidor las novedades se disparan hacia los puntos de venta (genérico que ahora incluye también a las librerías) en un recorrido fugaz de ida y vuelta, operación que más se asemeja a la de pasajeros en tránsito en un aeropuerto.

No obstante, Antonio Ramírez, librero colombiano afincado en Barcelona y Guillem Terribas, propietario de la librería La 22, de Girona, piensan que el modelo clásico de librería ha resurgido. Es decir, la gran librería de fondo, con cientos de títulos escogidos y con un librero que elige y depura una oferta heterogénea y personal de títulos publicados hace mucho tiempo, además de novedades. Hablan de librerías especiales más que especializadas, con toques individuales y creativos como los que presta un hábil chef. Esa es la sensación que se tiene al entrar en cualquiera de los dos locales de La Central, uno de los mejores lugares para libros de la ciudad, que Ramírez ha arreglado con un ojo y conocimiento agudo y multifacético. Son espacios atiborrados, con libros en seis idiomas por lo menos, de amplitud temática y profundidad que oscila entre lo raro y lo práctico pasando por lo necesario y sobrepasando las expectativas más consistentes del lector. Un ámbito pacífico donde el comprador no es molestado para nada y donde puede disponer de tiempo y de estímulos visuales y mentales ilimitados. En el fracaso reciente de BOL (Books on Line), *joint venture* de Bertelsmann y Planeta, después de un lustro de prueba, y, en general, en los porcentajes mínimos de venta por la Internet y en la concentración de solo una porción del mercado de ventas en los grandes almacenes —las novedades, aunque significativas en valor y volumen—, fundamentan su confianza en la reaparición de la librería tradicional. A pesar de ello, se están asociando con otros colegas de la región para la creación de un gran portal que ofrecerá todos los servicios de las librerías en línea, previendo un incremento de este

canal y una posible apatía para la compra directa en algunos sectores, en lo inmediato. Como libreros experimentados han constatado que no existe un patrón único de lector. En efecto, mencionan a lectores “densos” y menos densos. El buen librero debe desplegar una oferta que atraviese desde el núcleo de lectores duros y especializados hasta la periferia de lectores no habituales que se aproximan con timidez a la lectura. Son conscientes de que para enormes capas de la población no avezada en la lectura la librería puede ser un sitio en verdad intimidante. Comprueban también el exceso de títulos publicados en español —y cómo la sobreproducción misma reduce el tiempo de vida de la obra en la librería— que les impide informarse de su existencia siquiera en una mínima parte; la importancia del “precio fijo” de los libros, que opera como un dispositivo de protección contra las cascadas de descuentos y ferias de saldos a las que son proclives los grandes almacenes; y la ausencia, casi completa, del libro latinoamericano en España.³

7.

De igual forma se expresa Ricardo Nudelman, gerente del Fondo de Cultura Económica de México, y antiguo director de la cadena de librerías Gandhi en ese país. Hay demasiados libros, se publica en exceso, y en ello radica el que no se importen libros a España desde América Latina. En lengua española, en España especialmente, se edita el mayor número de títulos por millón de habitantes del mundo. La sobreoferta, entre muchos efectos perniciosos, desaloja a los libros de venta lenta y persistente (*long sellers*), pero culturalmente imprescindibles. A la cantidad de títulos, y al bajo índice de lectura —en España 41% de la población no ha leído nunca un libro y en México

³ Mientras España exporta a América Latina entre 25 y 30% de toda su producción, este continente sólo exporta a España 2 ó 3% de su producción editorial. Carlos Gispert de Oceáno, ofrece otro dato de la brutal asimetría: en México hay una librería por cada 170.000 habitantes cuando en España hay una librería por cada 13.000.



existen 35 millones de analfabetas funcionales— atribuye en buena medida el estancamiento actual de la industria. La proliferación de títulos no es síntoma de diversidad cultural, sino de falta de profesionalización del sector. Porque las cadenas de comercialización son débiles, y albergar tal cantidad de libros y hacerlos llegar al lector es cada vez más complicado. Una librería o biblioteca medianamente grande, que pretenda estar bien dotada, podría, según él, poseer unos treinta mil ejemplares que con sus tres centímetros de lomo en promedio requiere ¡nueve kilómetros de estanterías! El propio Fondo, como entidad del Estado mexicano, debe cumplir metas cuantitativas crecientes: su desempeño se mide según el glosario de la burocracia por el número de títulos producidos—que debe incrementarse de año en año por mandato gubernamental— y no por los atributos de su catálogo.

En Suramérica un lector intensivo es aquel que puede leer unos cinco libros al año mientras que uno casual es el que lee entre uno y dos; las novelas históricas, con su combinación de distracción y utilidad, se han convertido en un género muy demandado por lectores débiles, que esconden sentimientos de culpa sobre la lectura que involucra únicamente el placer y no lecciones prácticas. Así lo sostiene Leandro de Sagastizábal, director de Eudeba, la antigua editorial de la Universidad de Buenos Aires, ahora en manos de un experto. Al frente de uno de los proyectos editoriales universitarios más prestigiosos de América Latina, está empeñado en demostrar que se puede ser coherente y rentable al tiempo. Y tal vez está desempeñando un liderazgo, con algunas otras universidades del continente, varias colombianas entre ellas, para volver profesionales y realmente provechosos los modos de administrar los departamentos de publicaciones académicos. Es sabido que las editoriales de las universidades en Latinoamérica sobrepasan y sustituyen en muchas ocasiones la labor de las editoria-

les comerciales. En terrenos como el ensayo, la poesía, las ciencias sociales, las ciencias duras y la tecnología cubren vacíos enormes no abordados por aquellas. Pero también es cierto que han adquirido una fama ominosa por desentenderse de los problemas de la distribución y promoción de sus fondos. Gabriel Zaid, el ingeniero y poeta mexicano, ha ahondado en el tema para destacar el carácter venal de este esquema editorial educativo que propicia la publicación entre colegas sin más objetivo que el ascenso en el escalafón académico e incrementa el sinsentido de la proliferación de títulos en español.⁴ Sin embargo, Leandro está persuadido de que el libro comporta no solo aspectos culturales, que el editor debe ser un constructor de mercados, y que el énfasis en hacer circular el libro le da plenitud a la idea de que la edición es el momento más social de la producción intelectual.

8.

En 1939 se crearon en Argentina Emecé, Losada y Sudamericana, tres editoriales emblemáticas y llamadas a desempeñar un papel destacado en la historia del libro en español. Por esos años, en México también se fundaron editoriales y arribaron personajes, como el ya mencionado Joaquín Díez-Canedo, que dejaron una huella profunda en el ambiente editorial. Todas tienen su origen en un hecho histórico cruento: la guerra civil española y el exilio de cientos de intelectuales que se vieron obligados a emigrar a América. Desprendidos de sus actividades en casas editoriales españolas o de sus labores académicas, esta inmigración forzada, que de todas formas encontró una atmósfera favorable a sus pretensiones, fue la causante, en buena medida, de la construcción de los dos polos editoriales más importantes del siglo pasado en América Latina. Incluso, esta labor fue proseguida por algunos de sus descendientes, como es el caso de Neus Espresate con Era en Ciudad de México, o de Paco Porrúa con Minotauro en Buenos Aires. Estas editoriales fueron, además, el reducto desde donde se editaron muchos de los títulos prohibidos por el franquismo en décadas de censura. Autores y temas pros-

⁴ Gabriel Zaid, *Los demasiados libros*, 2ª edic., Barcelona, Anagrama, 2001.

critos en la península circularon con relativa desenvoltura en América usando ese recurso de la publicación en casas editoriales de los expatriados.

Sin embargo, después de décadas de un extraordinario desenvolvimiento, el declive de la industria editorial argentina se precipita a mediados de los años setenta del siglo pasado motivado por otro hecho político: la llegada de las dictaduras militares al sur y la consecuente censura y persecución del pensamiento. La crisis se ahonda con el descalabro del sistema económico del país a fin de siglo. Las sólidas editoriales, con casi medio siglo de notable desempeño independiente acusan, los embates reiterados, sobre todo, financieros, y empiezan a ceder su patrimonio y se dejan adquirir por los grandes grupos. Emecé, que desde los años ochenta había buscado socios en España para sobrevivir, al ser absorbida por Planeta en los noventa, logra que su casa española se independice para crear la editorial Salamandra. Este es uno de los pocos casos en que se revierte el proceso fundacional con empresarios latinoamericanos abriendo su negocio en el corazón del universo editorial ibérico. Pedro del Carril, argentino formado en las huestes de Emecé, comanda con éxito por más de diez años este proyecto, que publica un promedio de 45 novedades al año, reimprime 76 títulos y ya tiene un catálogo con 1.200. Salamandra es especialmente famosa por haber adquirido a tiempo los derechos de Harry Potter en español. Dice Del Carril que los cinco libros de la señora Rowling equivalen de por sí a todo el movimiento del resto de la editorial. Esto los ha obligado a crear una división independiente, exclusiva para manejo y operación, que no se asemeja ni en cifras ni en procedimientos a lo demás. Al comentarlo, estaba próxima a aparecer la primera edición en español de *La orden del Fénix*, con un tiraje de 950.000 ejemplares, un complejo sistema de distribución en los dos continentes y secretas precauciones contra la piratería. Llamaba la atención que se habían dispuesto varias versiones de castellano: una para circular en España, otra en Argentina y el cono sur, y una tercera para los otros países usando un “español neutro”, originado, según explicaba,

en la forma como se habla y pronuncia en Colombia. Variantes del idioma que ya existen marcadas en el habla y la escritura regional y que los editores en España están empezando a considerar como fundamentales para que los libros sean aceptados.

9.

Nunca en la historia se había visto que se pagaran millones por obras que no han sido leídas y ni siquiera escritas. Los intermediarios compran y venden marcas o prestigios y no trabajos concretos. Es la danza frenética de los anticipos descomunales a la que sólo tienen acceso algunos pocos grupos. A menudo, este procedimiento convierte a algunos autores en simples empleados de las editoriales, como lo expresa Javier Aparicio Maideu, académico y antiguo funcionario de la más conocida agencia literaria del mundo de habla española, Carmen Balcells. Las agencias son hoy un requisito indispensable para relacionar autores y editores en España, aunque en Hispanoamérica poco se utilicen. Pero a ellas se les atribuye en buena medida el carácter especulativo que se da en torno a la adquisición de derechos y a las fuertes —y muchas veces impagables— sumas que se anticipan por las obras de autores reconocidos. Para Aparicio, las agencias han perdido su misión original y plausible de procurar nuevos talentos, gestionar los derechos de autor liberando a los autores de un oficio especializado en el que generalmente son inexpertos y apoyar su gestión financiera. Hoy, considera, con excepciones notables, solo poseen un fin económico que las acerca a los conglomerados poderosos y las lleva a sobrepreciar el valor de los productos editoriales. Menciona las acusaciones que señalan turbios juegos financieros mientras demoran la entrega de regalías a sus autores. Y no deja de notar señas de decadencia en los motivos de desconfianza que ahora cargan muchos autores con sus agentes, en su balcanización (pululan pequeñas y



débiles oficinas) y hasta en las suspicacias que suscitan los premios literarios y de otro tipo —una de las cláusulas de los contratos determina la exclusividad de las agencias en el manejo de la presencia de los autores en ciertas convocatorias y la de recibir porcentajes por esos premios—. Piensa que sería mucho más “civilizado” que los premios se otorgaran a obras ya publicadas.

Hoy es frecuente ver anuncios en que las editoriales expresan su voluntad de no recibir manuscritos. Doubleday, la empresa norteamericana, cerró la recepción de manuscritos para evitar el colapso cuando contabilizó más de 10.000 recibidos en un año, 50 cada día. La negativa se extiende entre las editoriales europeas y españolas que prefieren canalizar la mayoría del flujo de manuscritos a través de los agentes. Se dice que el mundo editorial ha cambiado más en los últimos diez años de lo que lo había hecho en el siglo anterior. Un rasgo de ese cambio son los nuevos roles que desempeñan los editores dentro de empresas dominadas por los esquemas de gestión de los grupos empresariales que los aleja de una relación directa y constante con los autores, mientras son obligados a surtir todo tipo de oficios administrativos, de producción, de relaciones públicas, de compra de derechos o de mercadeo. El sitio parece estar ocupado ahora por los agentes literarios. Así lo piensa el argentino Guillermo Schavelzon, director de la conocida agencia que lleva su nombre, que posee casas en Buenos Aires y Barcelona. Cita testimonios que demuestran cómo la relación entre el escritor y su editor, sobre todo cuando la edición ha dejado ser un arte para volverse un negocio, ha sido reemplazada de muchas maneras por la que mantienen en el presente agentes y escritores. “Es el agente quien estará con el autor para siempre”. Schavelzon considera que hay agentes activos y pasivos. Los primeros son los que llevan adelante la misión de defender los intereses del autor y de ser, al tiempo, un aliado

estratégico del editor. Son los que no solo se limitan a conseguir un contrato de edición favorable, sino que acompañan y asesoran al autor en el desarrollo del mismo, auscultan nuevos proyectos y exploran posibilidades adicionales con los derechos subsidiarios (que, por cierto, pueden ser más de treinta, que van desde las traducciones o adaptaciones a medios audiovisuales pasando por ediciones especiales, compendios, antologías, versiones electrónicas, clubes de lectura o explotación de personajes). Son también los que cuidan de que al escritor le quede el tiempo necesario para escribir. A las editoriales les prestan un servicio invaluable al ofrecerles listados de autores con información depurada y selecta.

10

Aguilar, Espasa-Calpe, Bruguera, Paidós, Sudamericana, Minotauro, Grijalbo, Joaquín Mortiz, Siruela, Lumen, Taurus, entre muchas otras, son editoriales de ambos lados del Atlántico que, habiendo mantenido una personalidad definida en el mercado durante años, hoy hacen parte de grupos que las han incorporado. Ha sido la tendencia en la última década, donde los conglomerados multinacionales han puesto sus ojos en el mundo del libro, y ha supuesto si no la desaparición de muchos sellos prestigiosos sí su desdibujamiento editorial. Cuando en tiempo de crisis una gran corporación se fija en una pequeña o mediana editorial que atraviesa dificultades, lo hace pensando en restaurar una buena marca que se ahoga en los problemas económicos surgidos de variados frentes para mantenerla y hacerla florecer con sus cualidades tradicionales. Sería lo lógico en pensar, en un mundo donde la edificación de un catálogo y las señales distintivas de su producción son las pautas que sugieren su atracción de compra. Pero, como lo advierte Schavelzon, la realidad es que los grandes grupos, una vez adquieren una editorial, hacen todo lo posible por sofocar las peculiaridades del sello asimilado e inician una forma de gestión que los homogeniza y vuelve casi anónimos. Las etapas, según él, de este periplo contradictorio serían: I) Las compran garantizando la independencia de sus fundadores manteniéndolos incluso como

socios minoritarios. 2) Para rentabilizarlas las asimilan a sus estructuras y métodos corporativos. 3) Por necesidades financieras las capitalizan, lo que licúa la participación del director-fundador. 4) Los *controllers* comienzan a exigir ajustes para reducir el gasto. 5) Dimite el editor-director. 6) Se pierde la línea editorial, el estilo y las razones que la hicieron apetecible. 7) Se quedan sin ninguna de las virtudes por las cuales fueron compradas. 8) Demoran años en volver a posicionarlas. Es precisamente lo que ha documentado en forma amplia a través de su propia vivencia André Schiffrin en *La edición sin editores*.⁵ Y es lo que probablemente ha hecho que empresas exitosas en diversas actividades sufran tantos apremios en el negocio del libro. La lógica comercial de los conglomerados parece no funcionar en el mundo editorial porque el libro tiene la tendencia a imponer en mayor medida productos locales que internacionales por la dificultad de estandarizar uno de los proveedores de su materia prima, el autor, y porque el libro es un producto que requiere consumidores activos de nivel cultural medio y alto, y con tiempo libre para emplear en la lectura. Quizá de esta forma se entienda que grupos como AOL-CNN-Time Warner de Estados Unidos o el Havas francés, especializado en petróleo, armamento, electricidad y comunicaciones, hayan comenzado a “devolver” sus empresas editoriales. Permanece en cambio Bertelsmann de Alemania, tal vez por ser el único originado en el libro, y que hoy maneja 30% de toda la oferta de libros en USA y es dueño en español de Plaza & Janés, Círculo de Lectores, Grijalbo, Debate, Lumen, Sudamericana y muchas más.

11.

En el mundo posindustrial, los productos y servicios se fabrican con celeridad, en el menor plazo posible y pretendiendo que su consumo o utilización se lleve a cabo también en forma rápida para reiniciar sucesivos ciclos de producción, oferta y venta. Las cosas parecen hacerse *contra* el tiempo y no *con* tiempo. Este es un factor a superar, una modalidad que

hay que sustraer a los competidores y usuarios para rentar más con lo menos. Sin embargo, publicar, como hemos visto, implica obrar con una percepción muy distinta. Para Enric Folch, director de Paidós, la razón por la cual una gran corporación se interesa por absorber una editorial independiente abocada a la quiebra consiste en que lo que busca adquirir apresuradamente es un catálogo que se ha construido con calma y coherencia; una práctica que se ha dejado madurar, perdurar. Una editorial, por eso, es tiempo acumulado. El que se necesita para convencer y crecer. Es una tentativa de larga duración. Y editar, según Jorge Herralde, de Anagrama, es crear un catálogo que de igual forma es cuestión de tiempo. Y de su perpetuación: fueron múltiples las ocasiones en que se mencionó la fortaleza económica y de imagen que lleva implícito un fondo que se reimprime con frecuencia. El almacén de una editorial no vale nada como lo reitera Folch, pero su catálogo es inestimable si es susceptible de republicación. La tasa de reimpresión es directamente proporcional al éxito financiero de la empresa y de su permanencia en el mercado. O mirado de otra manera, como lo sentencia Pere Vicens: procure editar lo que releerá.

El tiempo es indispensable también para elaborar un producto de calidad aceptable, no solo en lo que tiene que ver con el necesario reposo para la escritura y la investigación, sino para el diseño y manufactura del libro. Pero muy especialmente es el artículo más estimado que debe poseer quien puede dedicarse a leer: ocio suficiente. Del que dispone el “desocupado lector” que invocara Cervantes. Sin tiempo vacante no hay lectores posibles. Así, pues, esta cualidad de la existencia, que parece ser menoscabada por las formas de producción modernas es la condición misma sobre la que se

⁵ André Schiffrin, *La edición sin editores*, Santiago, LOM Ediciones, 2000.



despliegan los cometidos de la creación, la edición y la lectura.

12.

Existen en este momento tres grandes tensiones, tres grandes campos de fricción donde parece estarse jugando el futuro de la industria editorial y de la cultura letrada del mundo hispanoamericano. El primero tiene que ver con la publicación desahogada de títulos en lengua española, que la mayoría de editores y libreros juzga como verdadera epidemia que satura todos los circuitos y abruma a los lectores potenciales. Esta sobreabundancia genera una engañosa sensación de fluidez intelectual y libertad de pensamiento, pero refleja en realidad una muy discutible retórica en las publicaciones desde la academia u organismos estatales, subsidios institucionales encubiertos y, en general, una ausencia de rigor editorial, baja calidad y facilismo. La mayoría de las veces, estos editores de oficio no se responsabilizan con tareas que vayan más allá de la simple publicación, como la distribución y el mercadeo, y se conforman con dejar los libros almacenados. La carencia de presiones económicas de rentabilidad en estos esquemas y los intercambios desvergonzados y egocéntricos que esconden a veces hacen muy difícil su autorregulación y control.

El segundo se refiere al tema de la subsistencia de las editoriales independientes que, como se ha visto, libran una dura pelea por impedir ser adscritas a los grandes grupos y corporaciones o desaparecer bajo inconvenientes económicos. Quedan un puñado de ellas y algunos piensan que no llegarán a ser más del 10 % de todo el mercado en un futuro próximo. Situación preocupante si se tiene en cuenta que son este tipo de empresas las que garantizan la diversidad y la innovación en la oferta editorial, libertad ideológica y búsquedas creativas. Es también el inicio de una época incierta en la que el papel del editor

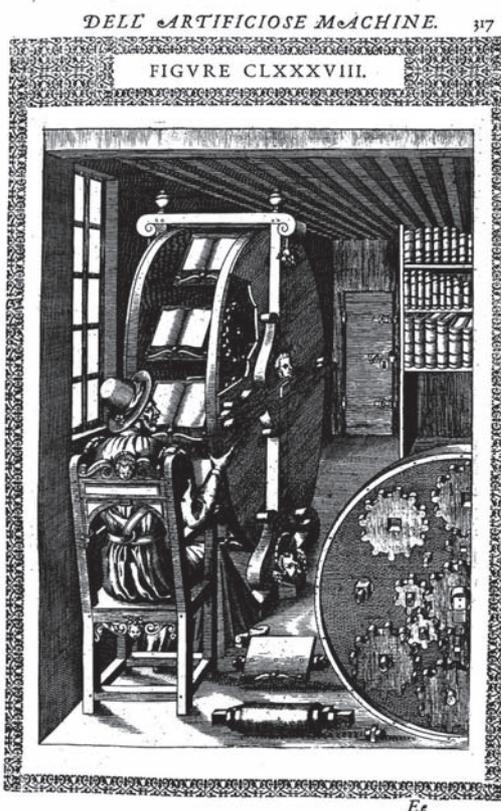
como artífice de una obra y un catálogo ha sido difuminado por el de un equipo multidisciplinario de gestión esquemática y uniforme con intereses más enfocados a lo mercantil que a lo intelectual. Anagrama, El Acantilado, Tusquets, Trotta, Anthropos, Blume, Everest, en España; LOM, Dolmen, Cuarto Propio, en Chile; Adriana Hidalgo, De la Flor, Errepar, Del Nuevo Extremo, en Argentina; El Áncora, Villegas, en Colombia; Trilce, en Uruguay; Era, Colibrí, en México, son algunas de las pocas editoriales significativas que perviven y mantienen su autonomía. Probablemente con ella se preserven las prácticas ancestrales del oficio y, al mismo tiempo, se descubran principios de la renovación de la industria.

Por último, los editores enfrentan la pérdida de lectores y el nulo crecimiento de la demanda en los años anteriores. La compra y lectura de libros en América Latina ha sido afectada por la crisis económica que inundó el área, sumada a endémicos problemas escolares, pero, además, por la poca atención que se le da desde el Estado: las bibliotecas públicas han cesado y disminuido sus adquisiciones y se desactualizan o rutinizan, mientras el sistema educativo hace lo posible por sembrar el aborrecimiento del libro. En España, con condiciones de compra e índices de lectura comparativamente muy favorables, ocurre, sin embargo, un estancamiento del consumo y aterradoras tasas de indiferencia hacia los libros en los hogares. Esto ha debilitado las cadenas de comercialización, especialmente a las librerías, y con ello el canal tradicional de comunicación con los públicos se deteriora aún más.

La industria editorial hispanoamericana enfrenta un desafío formidable para los próximos años. Quizás debe comenzar por reconocer que el libro ya no juega el papel central que tenía en la cultura en épocas pasadas, pues han surgido medios alternativos y niveles distintos a la lectura alfabética y cartesiana, válidos como transmisores de conocimiento, y en auge. Aunque es impropio hablar de la sustitución del libro, es evidente que se tiene que encarar el nuevo horizonte tecnológico y crear canales fluidos entre la escena editorial y aquellos. Debe, además, iniciar

un descubrimiento del lector potencial con los instrumentos que ofrecen las actuales ciencias de la administración para detectar gustos y preferencias; el editor autista que impone su criterio sin auscultar el entorno es un anacronismo y probablemente uno de los causantes de la sobreoferta. Debe, también, comprender que la lectura sigue siendo puntual y regional, que son excepcionales los autores que viajan y se implantan en otras latitudes; y que seguir esta tendencia de forma hábil puede favorecer la disposición de simetrías adecuadas entre lo global y lo local. Pese a lo cual, la industria editorial española deberá entablar una relación más equilibrada con América Latina, abrir los ojos a su producción para establecer un

intercambio de doble vía más fecundo, e inferir, con ello, las apetencias auténticas de sus lectores latentes al otro lado del Atlántico (incluidos los millones de hispanohablantes de Estados Unidos y los otros tantos que manejarán el español como segunda lengua en Brasil). Pero, sobre todo, tendrá que luchar por mantener la edición —en contra de permitir convertirla en simple derivado de otras líneas de producción— como una actividad libre y principal en la que las múltiples manifestaciones del pensamiento y la sensibilidad humana y los matices de nuestra cultura y lengua se expresan, divulgan y disfrutan con propiedad inmejorable.



“Máquina para leer muchos libros”, ilustración tomada del libro *Las diversas y artificiosas máquinas del capitán Agostino Ramelli*. París, 1588.



LUZ MARY GIRALDO

Poesía: soledad de la experiencia

HOMENAJES Y RECONOCIMIENTOS

1

“Nunca fui dueño de mis cenizas, mis versos, rostros oscuros los escriben como tirar contra la muerte”.

Juan Gelman (*Arte poética*)

EN EL DISCURSO CON EL QUE JUAN GELMAN recibió recientemente el premio Cervantes, siguiendo a Marina Tsvetáeva recordó que el poeta no vive para escribir, sino que escribe para vivir. Ahí mismo afirmó, como en otras ocasiones, que la poesía está “de pie contra muerte”, lo que lo llevó a inquirir sobre qué hacer con ella en tiempos difíciles. De ahí su pregunta sobre qué hubiera dicho el poeta Hölderlín hoy, cuando en el mundo “cada tres segundos y medio un niño menor de cinco años muere de enfermedades curables, de hambre, de pobreza”.

Gelman trazó un itinerario con sus reflexiones: relacionó y contrastó imágenes y fantasías de quienes desde la Antigüedad cantaron a la belleza cargada de vida y a la palabra poética como sueño de otros sueños. Se detuvo en ese morir mil veces que se concentra en la experiencia del exilio, la desaparición, la tortura, el asesinato o el silencio de los inermes. Reconoció que la lectura de *Don Quijote de la Mancha* le permitió entender el cómico rostro de la tragedia “cuando se mira a sí misma”. Deteniéndose en las formas contemporáneas de la muerte, subrayó cómo, a diferencia de la imaginación del personaje de marras, que combate cuerpo a cuerpo con fantasías y

molinos de viento, entrados en el siglo XXI y en relación con las guerras mundiales del pasado y las crisis actuales que constantemente amenazan con otras guerras o las experimentan, admite que la muerte es “un cortejo de silencios y mentiras”, y de ausencia de culpas de quienes siegan las vidas de los otros.

Y dirigiéndose a otro de los temas necesarios en la vida de los humanos, destacó también la ficción del hidalgo ingenioso como una novela de amores imposibles, en la que se ve lo bello que no existe, se da lo que no se tiene, se busca la justicia también inexistente, se duele del dolor ajeno y se lucha por alcanzar un mundo feliz. Como poeta que lee obras literarias y mundos a partir del propio y del de los otros, Gelman habló de la historia y de la vida para salvar del olvido y darle valor a la memoria, aquella que se pregunta por lo que fue, por lo que pasó, por los porqués, por todos los silencios rumiados en soledad, por la necesidad de saber la verdad para cerrar las heridas, por la búsqueda de curación del infortunio a través del canto. Se comprometió con la historia de todos y la suya propia. Sostuvo que la memoria es memoria si realmente está presente. Precisamente, Eduardo Milán destaca en el prólogo a la antología del autor, publicada por el Fondo de Cultura Económica (2001), que en él “la memoria busca hacer aparecer lo desaparecido mediante la operación febril de la insistencia”.

Leyendo también los poemas de Gelman percibimos que todo esto está en ellos, que el lenguaje respira y la palabra convoca, que el autor se reconoce en la tradición y en el afán de renovar, que rompe y recompone, que indaga sin cesar y que su palabra “munda” y “pesa todo”. De ahí el título de su último poemario, *Mundar* (2008), cuyo sentido y nominación ya aparece en libros anteriores, dejando ver “que la palabra navega” (*Sirenas*) y que el poeta entreabre las palabras para ver lo que callan (*No ser sabe*). En toda su obra subyace su biografía, la historia latinoamericana y la de Argentina. Ahí cantan “los pájaros azules de la izquierda” (*Carta*) y aquella atormentada *Carta abierta* donde el dolor suyo es el de todos: habla y *deshabla*, tiene y *destiene*, es “pasión que munda su castigo / como hijo que vuela por

quietudes [...]”, es “hijo que hijó” “contra la lloradera”, expresado desde esa escritura profunda que altera el orden ortográfico y sintagmático para dar más sentido a la afirmación que en el fondo inquiere, señala y refleja su protesta profunda y su condición política, como se evidencia en ese primer fragmento del poema:

volar de vos a vos / sangre de mí
que desataron perros de la contra
besar con besos de la boca / o
cielo que abris hijando tu morida.

Con Milán aceptamos que su poesía “es un concentrado de memoria, experimentación y conciencia” que está “atravesada por todo” y lo atraviesa todo, que logra hacer la luz en la oscuridad y cambiar el dolor por amor. Leyendo sus poemas entendemos, también, que construye un espacio estético habitable donde formula preguntas y reflexiona mientras ofrece una ética del decir y trabaja la palabra como quien ejerce un oficio, lo dice en su *Arte poética*: “como un amo implacable” que “obliga a trabajar de día, de noche, / con dolor, con amor [...]”, y añade, además, “que a ese oficio le obligan los dolores ajenos, / las lágrimas, los pañuelos saludadores”, porque todo “obliga a trabajar con las palabras, con la sangre”.

2

Es difícil llenar un breve libro
con pensamientos de árboles.
Todo en ellos es vago.

Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito
de un tordo negro, ya en camino a casa,
grito final de quien no aguanta otro
verano,
comprendí que en su voz hablaba un
árbol,
uno de tantos,
pero no sé qué hacer con ese grito,
no sé cómo anotarlo.

Eugenio Montejo (*Árboles*)
Si Gelman ha hablado de “mundar”

y “pesar todo” declarando su estar en la historia y ante la realidad, Eugenio Montejo, el poeta venezolano recientemente fallecido, ha afirmado en sus versos que “La terredad de un pájaro es su canto” y que “algunas de nuestras palabras / las inventan los ríos, las nubes”. Así entonó el tiempo transcurrido, la familia y la casa de su infancia, sus muertos y muchas despedidas, regocijándose “alfabeto del mundo”, constituido en destacado sintagma. Así ofreció reconocimientos a la vida “que vale más que la vida”, a los viajes, a los ausentes, a la historia, al árbol que habla, al pájaro que regresa a la tierra para cantar lo experimentado y no dejar en silencio lo memorable.

Y como el poeta que reflexiona sobre el quehacer artístico y vital, en su *Cuaderno de Blas Coll* afirma “el poder mágico de las letras y la forma en que estas operan sobre la imaginación de los hombres”. Al considerar la lengua como “la verdadera piel”, la de las voces nuevas y los dioses inéditos, reconoce y sostiene que en vano el creador se demora “deletreando”, pues su verdadero sentido se refleja en esa maravillosa ambición de “meter el universo entero en una sílaba”, en la inapelable llegada tarde porque ha salido “a buscar una vocal”, en saber que el verdadero misterio “no está en los mundos que nos esperan más allá de la muerte”, sino en la “desconcertante reacción de nuestro espíritu ante el enigmático mundo que nos rodea”. Es innegable que esto imprime determinada sacralidad en ese universo poético que avizora un mundo sin dioses, en el que, a la vez, se muestra una innegable categoría órfica al dejar ver el regreso de Orfeo como necesidad de lo sagrado ante la inmensidad del vacío y el desamparo. De ahí la invención del verbo “orfear”, cantado en algunos de sus poemas, como “milagro del espíritu” cuando se tartamudean “los últimos sonidos” (*Orfeo revisitado*); de ahí también la afirmación: “volverá lo que fue, lo que nunca perdimos, / mientras queden amantes en la noche / que abran las

puertas del deseo” (*Arqueologías*). Esto mismo explica el canto que llega a ser celebración, vuelta sobre sí mismo, descenso y silencio, elevación, antes que himno.

Montejo es un poeta que se duele, pero no se lamenta: como iniciado descende a los infiernos, sangran en él “las hojas de los árboles” (*Un año*), le dice “Adiós al siglo XX” mientras descifra nombres y camina, se sabe “esclavo cuando todos duermen [...] / siempre en terror de estar en vela / frente a los astros” (*El esclavo*). Reconoce la vida transitoria que se conserva en el recuerdo y en el potencial de la palabra que fija lo poético concentrado en cada situación y en cada cosa existente.

Sabe que “las palabras nacen por el tacto” (*Práctica del mundo*) y que en la extraña geometría de las nubes se construye el silencio; de ahí que considere la poesía inherente a todo y que al poeta le corresponde encontrar la palabra precisa para decirlo, pues los “poetas son los mineros del idioma”, siempre próximos a las raíces de la lengua, son quienes “saben reconocerse como bocas de gárgolas marinas en tanto sientan que por ellos pasa a veces un poco de los inabarcables murmullos del mar” (*El cuaderno de Blas Coll*). Escribir con las palabras y pensar con ellas, afirma a lo largo de su obra, aunque a veces se reconozca a sí mismo impotente para decir lo que su intuición le entrega: no sabe cómo anotar el grito que sale de los árboles, dicen los versos citados anteriormente. Así mismo, forzar el poema es condenar la expresión al bloqueo, a la imposibilidad de comunicar y sugerir: “si apuro la marcha me atasco en la nieve” (*Palabras del boyero*).

Con Montejo, entendemos que el poeta debe constituir la palabra, dotarla de sentido y pensamiento, y que la suya logra expresar, desde el diálogo implícito o el soliloquio, lo visible y lo invisible, la ausencia y la presencia, el hoy y el ayer, reconociéndose como creador no inocente de las encrucijadas de la vida, de la precariedad de la existencia del ser sobre la Tierra y de las limitaciones del poema. Como en algunos de sus libros donde ciertos poemas cercanos al mundo vallejiano convocan los solares donde “juegan unos niños / sus coros de ausencia”, o pone de regreso a su padre para nombrarlo (*Mi padre regresa*), y canta a la casa

aún no concluida donde su “padre va a nacer / [...], / le falta una pared que no ha hecho mis manos” (*Tiempo transfigurado*), quiero saber que Montejo está presente como el pájaro que regresa siempre para cantar lo que la Tierra entrega semejante a otra forma de la memoria; quiero pensar que sólo tomó un avión hacia un remoto aeropuerto y que en algún lugar le llegarán palabras que luego verterá sobre sus versos. Quiero creer que salió a galopar hasta encontrar la vida y los paisajes tatuados en sus ojos y que escribirá con piedras, midiendo cada una de sus frases “por su peso, volumen, movimiento [...] frente a la soledad del horizonte” (*Escritura*). Quiero cantar con su poema “Salida” que es un cadáver inocente, “cavilador, absorto en lo sagrado, / pero liviano y fácil de llevar”. Oigo sus pájaros cantando, los árboles que hablan, el gallo a medianoche, los caballos trotando, el cuerpo errante, oigo los sueños fundidos en la niebla, la mesa donde escribe y llega la sombra de sus padres, y la vida con su misterio en los tableros hasta el último adiós y el más alto deseo. Oigo a Blas Coll en Puerto Malo meditando sobre la palabra cargada de sentido, compleja y transparente.

3

En el mundo de los poetas el universo está más allá de las palabras: concentra la soledad de la experiencia. Ser y percibir. Ética y estética. La reflexión y lectura de los poetas transporta a otros lugares y emociones que pueden resultarles propias a determinados lectores. Con los que he mencionado, como con muchos otros, se afirma que los dolores que le acaecen al ser humano son los que lo hacen apelar directamente, pedir razones, preguntar, tratar de entender. Sin embargo, algunos (Gelman, por ejemplo) afirman que no es necesario el dolor como fuente de creación, sino, más bien, las preguntas, mientras otros reconocen como estímulo originario la necesidad de tener conciencia de sí mismo ante los misterios de la creación y de la vida. Es claro que sea quien sea el poeta, desde la soledad expresa su existencia y la de los otros, da testimonio e indaga, revisa la experiencia de ser y estar en

el mundo, de sostenerse para no caer, de llenar el vacío, de exclamar o decir para sí mismo o para los otros, de preguntar en el silencio o escarbar en lo oscuro, como diría Idea Vilariño, o cantar “en la noche blanca”, como afirma Ida Vitale.

Con el paso del tiempo, la vida enseña a través de hechos, vivencias y lecturas que la poesía es experiencia y es silencio; que el poeta no sólo expresa lo que pasa dentro de sí porque lo ha vivido desde sí mismo o desde su relación con los otros, sino porque sabe, secretamente, que debe dar testimonio de ello sin ser ajeno a su tiempo y a su medio. Algo lo impele a decirlo; sabemos que la poesía no es necesariamente un acto voluntario. Algo, alguna situación, alguna imagen, algún ritmo, algo dispara un resorte que de manera profunda reclama expresión. La soledad más íntima lo exige. Detrás de ello hay secretos y misterios, enigmas, la vida que no siempre se revela del todo, lo oculto de ese otro que también se es, inherente a la concepción vital que determina la urgencia de expresarse y llegar a lo esencial de la obra de sí mismo o de un creador. De ahí también viene la incógnita del lector: ¿Por qué me acerco a este o a aquel autor, por qué me conmueve esta imagen, este poema, esta novela, esta música? ¿Por qué llega a mí un texto creativo en determinado momento? ¿Cuál es el punto que define el misterio?

Si Luisa Valenzuela sostiene que no hay literatura sin Secreto (y lo escribe con mayúscula), y que el Secreto “tiene su morada más allá de las palabras”, Soledad Puértolas reconoce que siempre hay algo oculto, una vida que concentra lo esencial y reclama una expresión, es decir, diciéndolo con sus palabras, una manera de “arrancarle a la vida sus secretos” y de ver si allí, “en la palabra escrita, que la vida continúa, crece, permanece...”. Por eso la denomina “vida oculta”.

Imposible desconocer que si para Luisa Valenzuela el Secreto corresponde al misterio de la vida desplegado en la escritura, y que esta, la escritura, puede ofrecer

asombros, para otros, como Eugenio Montejó, Olga Orozco, Giuseppe Ungaretti y, particularmente, Jorge Luis Borges, lo secreto es el enigma que el ser poético percibe con perplejidad, que está en el azar, en el doble, en el espejo y en el laberinto, en lo inexplicable. Así lo expresa en *El Aleph*, valiéndose de ese “objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo”.

Si bien la lírica es lo más íntimo y personal, lo más introspectivo, no se trata sólo de volcar la biografía en la palabra, sino de atarla a la vida y el vivir en sus misterios, entusiasmos y desavenencias. Al intentar un seguimiento a distintos poetas contemporáneos de diversos tiempos y lugares, se percibe que las búsquedas expresivas no sólo apuntan a construir nuevos lenguajes y a resaltar la pena o la dicha personal, sino a entender que lo vivido de manera profunda puede ser transmitido como algo común a todos, con una sinceridad poética tal que en el cruce de situaciones se hace personal. Cuando el poeta dice lo que otro siente o quisiera haber dicho, está haciendo viva la comunicación de la experiencia; está comunicando lo memorable.

Aunque se sostiene la idea del poeta como dios que sueña y que Orfeo está ligado a su canto y al regreso al infierno para rescatar lo perdido, es innegable que lo inestable refleja divergencias entre la visión idílica del poeta y de la poesía. Algunos lamentan la pérdida del carácter sagrado de la literatura y la falta de valor profético y ritual del poeta, resaltando la necesidad de crear poesía de la nostalgia o del vacío, de encantar la muerte, mientras otros ven en el mendigo que reflexiona maneras distintas de indagar por el misterio o por la crisis. Puede el mendigo en este caso ser el antipoeta. Entre el dios y el mendigo, creo, seguramente están la metáfora y el símbolo que esperan llenar la existencia. Y pueden el uno o el otro percibir que la existencia rebasa y aproxima a la comunicación del vacío o

de las preguntas. El poeta da a la palabra sus resonancias y puede generar letras de emergencia. El antipoeta también, pues se aparta del sueño y se mueve hacia el mundo buscando expresiones diferentes: su palabra también emerge, inaugura, señala. Pero, ¿no es esta, en últimas, la magia de la palabra que revela el mundo? ¿Poetas o antipoetas? Lo definirían la palabra y su manera de articular el universo, de cantarlo o descartarlo.

Adónde puede conducir la escritura poética sino a la toma de conciencia, a la revisión de la vida, a su posible corrección, a las búsquedas, a señalar sus cicatrices y caricaturas, sus bellezas y vacíos. Juan Manuel Roca lo ha dicho sugestivamente, refiriéndose al poeta que da más belleza a la belleza y agrega al horror más horror. Soledad de la experiencia, afirmación del transcurrir, mirada introspectiva, confirmación de lo inestable, pregunta sin respuesta. Esa es la poesía, lugar donde conviven lo cotidiano y la memoria convertidos en indagación e imagen, en realidad y alegoría.

De lo anterior se colige que la poesía es una forma de confesión. Cuando María Zambrano recuerda el mito de Job y lo ratifica como queja que parte de una desesperación, se refiere a una preconfesión de un ser que aún no depende de sí mismo, sino de la divinidad, de lo sagrado. La confesión no cabría completamente en la poesía exaltadora y lúdica, sino en aquella del sujeto inconforme que reclama y se revela, que quiere huir de sí y al mismo tiempo busca algo que lo sostenga y aclare. ¿No es esto lo que encontramos en los poetas que hemos citado? Ungaretti decía después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial: “El arte de hoy sangra de una herida que no es otra cosa que su injusta impotencia”, y afirmaba que “la poesía sola puede recuperar al hombre, aun cuando todos los ojos perciben, por la acumulación de desgracias, que la naturaleza domina la razón, y que el hombre está mucho menos regulado por su obra que a merced de su elemento”. Ahí se encuentra, no cabe duda, con Juan Gelman cuando en algunos de sus poemas, por ejemplo en *Cambios*, afirma: “¿por qué hay tantos hombres y tantas mujeres tristes / en el país? / ¿por qué a cierta hora del día parece que un oleaje de tristeza / fuera a arrasar a

la ciudad? / ¿por qué tanta gente sale por sus ojos así o saca por sus ojos tristeza? / ¿por qué esa tristeza golpea de noche las ventanas? [...] nosotros no solamente queremos la igualdad en la muerte / también queremos la igualdad en la vida / queremos justicia en vida / aunque sea corta y larga la muerte”. También en su *Valer la pena* (2003), el mismo poeta dice: “Hay momentos en que la vida es una bruma que no se puede navegar”, señalando situaciones de desamparo e impotencia.

Hay momentos en que no se puede expresar lo profundo que quisiera decirse. Quizá esto era lo que quería decir Adorno cuando afirmaba que después de Auschwitz era imposible volver a hacer poesía, o lo que reflexionaba Imre Kertész al recibir el premio Nobel en el 2002: “El holocausto nunca ha podido pertenecer al pasado” y, en cierto sentido, “puso a la literatura en suspenso”. Tal vez esto valga también para todas nuestras realidades violentas, pues, aunque la palabra esté de pie contra la muerte nunca la exorciza del todo. En este caso, con Gelman puede decirse que “La palabra que vuelve del horror, / lo nombra / en el infierno de su inocencia” (*Regresos*), o con Blanca Varela cuando dice: “No hablemos del dolor entre ruinas. / Es más que la palabra, / es el aire de todas las palabras, / el aliento humano hecho golpe en la piedra, / sangre en la tierra, color en el vacío” (*Palabras para un canto*).

Sería justo recordar a Olga Orozco, desaparecida hace poco tiempo. En ella el silencio fue resistencia a las palabras, el poema una casa que se construye y habita, la vida y la poesía interminables búsquedas de revelación para desenterrar misterios y, entre muchas otras reflexiones, el mundo como el que crea a los poetas para entregarles su extrañamiento, mientras la poesía ayuda a ver en el fondo de sí mismo, a sentirse menos solo en la transitoriedad y en la contingencia. Blanca Varela se pregunta qué hacer con los recuerdos, con la infancia, con el hambre, con el plato de pobre, con las cosas que se rompen, con la confesión y el canto del poema, con la conciencia despierta del poeta, con el vacío y la palabra, con la “catástrofe en el cielo de la página”, puesto que los poemas

son “eterna inmortalidad de la muerte” o “silenciosa algarabía del corazón”. Frente al desamparo y el vacío se lee en su poesía que no hay “ni una línea para asirse / ni un punto / ni una letra / ni una cagada de mosca / en donde reclinar la cabeza” (*Cruci-ficción*). Como su título lo indica, hay una fisura entre la cruz y la ficción, para entender el ser creativo frente al del dolor de vivir.

Es preciso evocar también al poeta Giuseppe Ungaretti —Montejo es muy cercano a él en su concepción de realidad y tiempo—, cuando en los años veinte del siglo pasado afirmaba que “el misterio existe y está en nosotros”; y en la década del treinta sentenciaba: “El poeta de hoy ha participado y participa en los acontecimientos más terribles de la historia. Ha sentido y siente muy de cerca el horror y la verdad de la muerte. Ha comprendido eso que es el instante en el cual solo cuenta el instinto”. Estas afirmaciones hacen comprensible que en sus versos se proyecte como hombre herido que puebla “de nombres el silencio”, como poeta que percibe “la inexpresable nada” y busca “un lugar inocente”, como aquel que situado ante lo inexplicable se ilumina de infinito, pero también como el poeta que canta a lo inefable en una paloma que surca el horizonte, un rayo de luz, la tarde que cae o el día que comienza.

En los extremos, entre el amor y el dolor, entre la paz y el horror, entre lo bello y lo feo, se construye la soledad y se intenta con ella volverla experiencia, en el caso de la poesía gracias al poder de la palabra. Esta, partícipe de la tradición se urge de la necesidad de Hermanarla con la renovación. La lectura evoca y la escritura al evocar convoca. En las afinidades secretas entre los poetas, o entre las páginas que le otorgan al lector la posibilidad de encontrarse con sus propios enigmas, se evidencia el oficio del poeta como costurero, Penélope que teje y desteje túnicas de todos y deshilvana el secreto de la espera. Se percibe la voz



del demiurgo que, aunque para algunos sea solo un bufón que escudriña palabras como pájaros y se ahíta de despojos. La poesía no está muy distante de la historia, la memoria social y los tiempos de crisis. El poeta debe buscarle el último misterio a la realidad y a la palabra, oír el silencio y el bullicio del paso de los días. El creador verdadero, dice Eugenio Montejo, debe ir lento para asimilar la experiencia y rumiarla en soledad, equivaldría a decir:

Escribo muy lento, muy lento,
muevo una palabra y después la otra.
[...].

Algunos pájaros se quedan en el aire
demorados detrás de sus cuerpos,
nunca puedo alcanzarlos
pero viajo con ellos.

(*Palabras de boyero*)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gelman, Juan, *Mundar*, Madrid, Editorial Visor Libros, 2008.
- , *Pesar todo* (antol., selec., comp. y pról. de Eduardo Milán), Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Montejo, Eugenio, *Cuaderno de Blas Coll*, 4ª edic., Medellín, Universidad de Antioquia, 2005.
- , *Alfabeto del mundo*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Orozco, Olga, “El revés del poema”, en Jacobo Sefamí, *De la imaginación poética. Conversaciones con Gonzalo Rojas, Olga Orozco, Álvaro Mutis y José Kozler*, Caracas, Monte Ávila Ediciones Latinoamericanas, 1996.
- Puértolas, Soledad, *La vida oculta*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1993.
- Ungaretti, Giuseppe, *Poemas escogidos* (selec., trad. y pról. de Rodolfo Alonso), Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1962.
- Valenzuela, Luisa, *Escritura y secreto*, 2ª edic., Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2003.
- Varela, Blanca, *Canto villano. Poesía reunida, 1949-1994*, 2ª edic., Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Zambrano, María, *La confesión*, 2ª edic., Madrid, Ediciones Siruela, 2004.



LA VISIÓN DEL MUNDO

La ciencia, el escritor y la novela

Explosión en una catedral es el título de un cuadro maravilloso de Max Ernst, que puede admirarse en la Donación Botero de Bogotá. Muestra la tensión del instante en que comienza a fragmentarse la arquitectura de la catedral, pero cuando todavía la mirada retiene la configuración que en un momento se desvanecerá. En ese instante muere la forma de la catedral y nace la fragmentación. Un segundo más tarde todo sucumbirá en las fauces del caos. Ese instante es una metamorfosis de la arquitectura. La metamorfosis del mundo contemporáneo. ¿Cómo puede contar el novelista contemporáneo un mundo en ese estado de tensión en que la antigua forma aún permanece, y en que, al

tiempo, nace un desorden que cuajará en una nueva forma? Sobre este desafío literario deseo hacer algunos comentarios.

La novela se debate hoy entre dos caminos: el realismo clásico y el desafío del mundo contemporáneo. La visión nostálgica de la novela es el deseo de regresar a la anécdota limpia, al suspenso como estrategia para que el lector continúe leyendo, a la presencia dominante de la verosimilitud narrativa, a los personajes centrados, psicológicamente coherentes, a las estructuras ya probadas como eficaces y conocidas por los lectores. El novelista nostálgico piensa que toda experimentación posible ha sido hecha ya y que la única probabilidad es el regreso a lo clásico. La visión de la novela

configura lo que se ha dado en llamar la literatura retro: el novelista como hombre que ama el pasado literario y desea ordenar su narración de acuerdo con las reglas de la novela clásica del realismo. El novelista que acepta el desafío de lo contemporáneo, en cambio, piensa que su papel consiste en expresar literariamente la complejidad del mundo en que vive, en iluminar zonas oscuras de la identidad del hombre actual, en escudriñar los abismos del ser a donde la fragmentación del mundo nos avienta como una catedral que explota. El desafío consiste en



arriesgarse a buscar estructuras, lenguajes, visiones del mundo apropiadas para contar lo contemporáneo que aún nos es oscuro y, en buena parte, incomprensible.

Tal vez el hecho fundamental que ha modificado el mundo moderno sea el cambio de naturaleza del conocimiento. La transformación de la ciencia, la tecnología y las nuevas visiones de algunas disciplinas tradicionales han llevado a que la economía ya no se centre en la producción, sino en la información y el consumo, a que la cultura local pierda raíces y se globalice de manera ineluctable o a que luche por conformar una identidad mestiza, a que la vida cotidiana se fragmente, a que la recién nacida complejidad del tiempo social adquiera una importancia antes impensable para la comprensión de la vida cotidiana. Si el novelista acepta la aventura de expresar la vida cotidiana en su contemporaneidad, no puede soslayar los cambios esenciales en la forma de conocer, en la vida pública y privada y, por tanto, en la escritura de la novela. Sus lenguajes, sus maneras de mirar el mundo, sus teorías, sus paradigmas, los modos cómo esas nuevas visiones científicas y tecnológicas transforman radicalmente la manera de ser y de comprender el mundo

entran a formar parte de la novela. El novelista puede valerse de la naturaleza omnívora de la novela y fagocitar el conocimiento contemporáneo para hacerlo narración. La radical transformación del mundo tiene consecuencias inevitables en la novela. Cómo escribir, sin embargo, es elección inalienable de cada escritor.

Generalmente, cuando se habla del arte de la novela, se entiende que se discutirán asuntos como la naturaleza y el número de los narradores, el espacio novelesco, el tiempo de la novela, el nivel de la realidad en que se coloca el narrador, técnicas narrativas como las cajas chinas, los vasos comunicantes o el dato escondido, tan frecuentemente ejemplificado en el magistral cuento *Los asesinos*, de Hemingway. Se habla de la arquitectura de la novela o de composición novelesca para referirse a la manera cómo el escritor organiza el material narrativo en una estructura que le dé forma y huesos, que sostenga y contenga la historia. Son los elementos de la novela, destinados a obtener una arquitectura del orden. Son importantes y necesarios, por supuesto. Pero se centran exclusivamente en la obra. Soslayan la discusión del papel del escritor. Lo convierten en una caja negra dentro de la cual suceden procesos desconocidos y misteriosos que tienen que ver con la creación literaria, que, desde luego, se toma como algo incomprensible y, en algunos casos, como asunto sin importancia en su dimensión biográfica: interesa

la obra, no el escritor. Esto puede ser discutible para el lector, pero, de ninguna manera, para el escritor que desea afilar todas las herramientas esenciales de su trabajo.

Intento plantear algunas ideas sobre una dimensión de la identidad del autor, de la naturaleza de su yo, que me parece de primordial importancia para la escritura novelesca: la visión del mundo. La comprensión más o menos profunda y compleja del cosmos, de la naturaleza, de los hilos fundamentales de la historia, de la cultura, de las transformaciones que se están gestando en la vida humana con el advenimiento de nuevas visiones de la ciencia y la tecnología, y, sobre todo, de la clase de hombre que surge en nuestro mundo inmediato o mundo narrado bajo esas circunstancias, la naturaleza radical de las metamorfosis del yo, del tiempo, del lenguaje, de las relaciones humanas y su potencial incidencia en la escritura de novelas. Me parece que es posible decir que el escritor que tenga una nueva visión del mundo, más rica y desarrollada, una forma de conocimiento que le ayude a obtener una percepción más compleja del universo que narra, tiene en sus manos la herramienta fundamental para escribir una nueva novela, la novela del presente. El escritor debe conocerse y aceptarse como herramienta fundamental de la escritura de su novela.

Ensayo entonces hacer algunas consideraciones sobre asuntos que, en mi experiencia personal con la escritura de

novelas, particularmente, en *Museo de lo inútil*, me han parecido primordiales y eficaces. Cada autor deberá, por supuesto, descubrir los elementos de esa visión del mundo más apropiados para sus intereses narrativos y escriturales. Cada escritor deberá trabajar su visión del mundo de acuerdo con la imagen que él mismo se hace de su obra, ese es su derecho y la naturaleza de su libertad. Ya lo dijo Kundera con una hermosa frase: “El novelista no debe dar cuentas a nadie, salvo a Cervantes”.

Intentaré, entonces, comentarles, de la manera más sucinta que pueda y de acuerdo con mi experiencia personal de sociólogo y novelista, algunos puntos de la relación de la novela con uno de los lenguajes más rápidos y cambiantes del presente: la ciencia, particularmente la ciencia social contemporánea. Me refiero a su incidencia en la formación de mi visión del mundo y de las preguntas que me plantea (y que puede plantear a los escritores contemporáneos) para el trabajo literario. Me centraré en los siguientes cinco aspectos: 1) la desintegración del yo (el yo es el tema ineludible de toda novela desde Cervantes), 2) la complejidad como forma de mirar, 3) el desorden como forma de organización, 4) el tiempo social, y 5) el nuevo lenguaje. Estoy consciente de que otros elementos de esta índole pueden entrar en la discusión y de que, en determinado momento y para ciertos escritores, algunos de estos cinco temas podrían

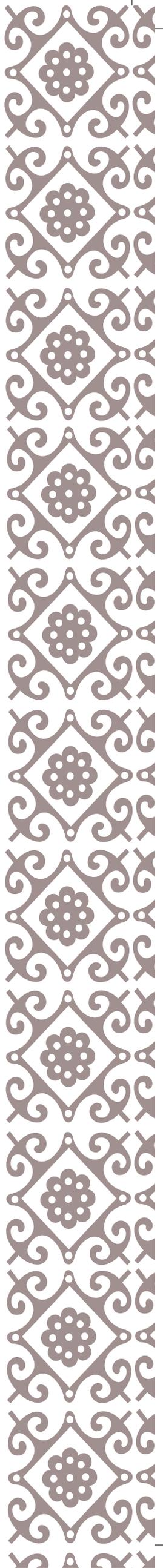
ser irrelevantes. Pero estoy hablando de mi experiencia personal y no intento sugerir un decálogo para nadie. La sola idea de decálogo me resulta horrenda.

El concepto de la relación entre ciencia y literatura es antiguo. Galileo Galilei afirmó que lo más importante y decisivo de su trabajo para llegar a la teoría heliocéntrica había sido la metáfora que lo llevó a pararse en el Sol para mirar desde allí el sistema planetario. Freud afirmó que en cada espacio de su disciplina donde exploraba, ya un poeta o un novelista habían estado con anticipación. Valéry pensaba que un novelista que no incorporara en su trabajo los planteamientos centrales de la ciencia de su tiempo no podría ser un buen testigo de su época. El matemático y psicólogo Robert Musil escribió *El hombre sin atributos*, la más ambiciosa novela después de Joyce, donde utiliza, transformándolo maravillosamente, el ensayo científico como forma narrativa. En su deslumbrante hipernovela *La vida: instrucciones de uso*, el sociólogo George Perec emplea las técnicas descriptivas de la antropología para mostrar la cultura material del hombre francés. Claudio Magris utiliza formas de mirar de la historia y el análisis cultural al narrar en una serie de estampas relampagueantes la vida del río Danubio desde su nacimiento hasta su desembocadura en el mar Negro. Predrag Matvejević vale del ensayo antropológico o, como él mismo afirma, de la gaya ciencia para contar

la vida de las playas del mar Mediterráneo. El químico italiano Primo Levi narra la vida de otro químico, judío, durante la Segunda Guerra Mundial, de manera luminosa y desgarradora, valiéndose de la metáfora de la tabla periódica. Thomas Pynchon, en su novela *El arco iris de gravedad*, utiliza la física de los cohetes, la química de la propulsión y la psicología conductista como centro dinámico de una larga y compleja historia. Italo Calvino escribió dos hermosos libros, *Tiempo cero* y *Cosmicómicas*, a partir de conceptos científicos.

Pero, muy posiblemente, algunos novelistas contemporáneos piensan que la ciencia es irrelevante para su trabajo debido a su naturaleza racional y abstracta, a su búsqueda de un lenguaje unívoco, a su radical manera de excluir la afectividad. Como dice Calvino:

No podrá nunca existir una coincidencia entre los dos lenguajes, pero sí puede existir, justamente por su extremada diversidad, un desafío, una apuesta entre ellos. La literatura puede servir de muelle para el científico como ejemplo del valor de la imaginación para llevar una hipótesis hasta sus extremas consecuencias y el lenguaje de la lógica formal puede salvar al



escritor del desgaste en que han caído palabras e imágenes.

A las ciencias, particularmente a las sociales contemporáneas, les sucede lo mismo que a la catedral de Max Ernst: sufren una metamorfosis que las transporta desde un paradigma clásico, centrado en el orden, hasta el paradigma de la ciencia del caos, centrado en el desorden, en la fragmentación. De cinco ventanas desde las que podemos observar esa metamorfosis vamos a conversar.

LA DESINTEGRACIÓN DEL YO

En primer lugar, es necesario tener en cuenta la crítica de los planteamientos de Descartes, que afirman que el mundo del objeto es el mundo de la ciencia, y que el mundo del sujeto es el mundo de la filosofía, el arte, la literatura. La nueva ciencia social recupera el sujeto, el yo, sabe que no es posible la objetividad, que no existe una realidad externa, sino una lectura que el sujeto hace de esa realidad, una construcción que es subjetiva. Construimos la realidad, las realidades, y, de acuerdo con esa construcción, nos definimos en ella, el nuevo mundo, como sujetos, como yos. Antes la vida y la ciencia

estaban separadas, ahora se han unido. Pero, ¿qué le ofrece la sociología, la psicología social, la antropología a la novela con sus nuevas visiones del yo? Le ofrecen claramente un juego, un banquete de yos y un lenguaje particular que le hacen múltiples y preocupantes preguntas al narrador novelesco.

Los estudios del yo parten de una observación fundamental: la manera cómo la sociedad moderna está gestando la muerte del yo romántico que reposa sobre un eje valorativo, emocional, centrado, permanente, de una sola pieza, que nuestros abuelos llamaban “hombre de carácter”, y al que ahora se llama “yo encapsulado”. Este yo encapsulado es acusado de construir una cárcel que aprisiona la libertad del ser dentro de límites rígidos. Ya Octavio Paz había dicho: “Ser uno mismo es condenarse a la mutilación, pues el hombre es apetito perpetuo de ser otro”. Los estudios plantean también el surgimiento con la sociedad moderna, con las tecnologías rápidas, como la televisión, la informática, el transporte ultraveloz, de lo que se ha denominado “la colonización del yo”, es decir, el surgimiento de múltiples y dispares posibilidades de ser, y una forma del yo que se conoce como “yo saturado” y que responde a muchas ofertas diferentes de identidad, a múltiples voces que hablan en su interior, a la multiplicación de las verdades que se relativizan, compiten y generan conflictos. El yo pierde la validez universal

que ostentaba, y tal validez se fragmenta, cada yo solo es reconocido en un tiempo y un espacio dados, dentro de una determinada red de relaciones. Fuera de ese espacio socio-temporal, de esa isla de la vida, otro yo puede reemplazarlo. Estaríamos frente a la identidad archipiélago. Se habla de un yo pastiche, que nace de la imitación superficial de los yos de otras personas, una especie de yo camaleón que adopta las pautas de ser que llevamos en la memoria, tomadas de personajes de televisión o de otros espacios vitales o virtuales. Por este camino se puede llegar a lo que se denomina “conversación de espectros sociales”, o sea, conversaciones de esos yos prestados dentro de uno.

El mundo moderno, con su naturaleza veloz y fragmentada, nos ha transformado en un hervidero de yos, ha generado un nomadismo del yo, un yo como tienda de beduino que se arma cada noche y se desarma cada mañana. Se habla del yo enciclopédico construido con los libros que se han leído, las películas vistas, los cuadros admirados, la música que danza en el cerebro. En términos literarios, ha sucedido una trivialización del yo y la narración de su historia ha pasado de ser la historia de un destino a contarse como una biografía y a esquematizarse como un *curriculum vitae*. Las ciencias sociales están planteando, pues, un yo mutante, múltiple y variado, práctico y racional, pero también liberador de la cárcel del yo rígidamente construido, un anillo de asteroides que gira

alrededor de un planeta, pero sin que exista dicho planeta, el anillo de Clarisse, de que habla Claudio Magris.

Esta manera de ver el yo contemporáneo que ofrecen las ciencias sociales, una visión científica que tiene apariencia fantástica, plantea, sin lugar a dudas, preguntas de la mayor importancia al novelista: ¿Qué tipo de sociedad exige un Big Bang del yo sin que haya necesidad de hablar de esquizofrenia múltiple? ¿Cómo narrar seres de yo nómada, fugaz, mutante? ¿Qué consecuencias puede tener esta multiplicidad de yos que habitan en cada ser para el diseño de los narradores en la novela? ¿Cuál sería el papel en la novela actual de los narradores tradicionales, unívocos, centrados, coherentes, verosímiles, omniscientes? ¿La verosimilitud perdería su verosimilitud en este contexto? ¿La omnisciencia se volvería inverosímil? Si un narrador tiene dentro de sí, de la manera más natural, una multitud de yos que, además, pelean por la palabra y compiten, ¿cómo transformaría ese hecho la manera de contar historias? Si cada uno de esos múltiples yos de personajes y narradores tienen dentro de ellos diferentes tiempos sociales y, en consecuencia, diversas visiones del mundo, ¿qué preguntas debe plantearse el novelista ante esta sobredosis de opciones? El novelista mismo, como ser expuesto a la multiplicidad del yo mutante ¿qué consideraciones debe hacerse para pensar su escritura? ¿La novela tomaría el camino de un multidrama, de un festín de

historias que permitan saborear un desfile de emociones y puntos de vista contrapuestos, yuxtapuestos, veloces, para satisfacer el nomadismo del yo? ¿Habría que guardar en el cuarto de san Alejo la idea de artesanía novelesca, que obliga a disimular las costuras de la narración y a reemplazarla por una reflexión novelesca sobre la construcción novelesca, por la autoconciencia novelesca para que el lector juegue y participe libremente y no para que se trague acríticamente un ocultamiento, una trampa narrativa?

LA COMPLEJIDAD

El segundo elemento fundamental es la complejidad, la naturaleza compleja del conocimiento de la contemporánea ciencia del caos en comparación con la visión simple, lineal, del paradigma clásico. Este último buscaba construir una teoría general, central, unitaria, que explicara la totalidad. La ciencia del caos sabe que eso no es posible porque simplifica lo que busca explicar, y reduce su aplicabilidad a circunstancias muy circunscritas y aisladas. El nuevo paradigma se centra en la comprensión de la multiplicidad de las relaciones, en el estudio de las ligazones y las articulaciones, en los detalles y las diferencias, las zonas limítrofes, en la diversidad, en los hallazgos locales, localizados espacial e históricamente. Desaparecen las leyes generales inmutables de la naturaleza como centro de la búsqueda. Se abandona la

simplicidad del discurso en que hay un origen, un punto de partida y otro de llegada. Se torna esencial la reflexión sobre la reflexión. Se vuelve así aceptable también para la ciencia la afirmación de Kundera sobre la novela: “El espíritu de la novela es el espíritu de la complejidad”. La ciencia y la novela, que se habían separado inicialmente, se encuentran de nuevo en el mundo de la complejidad como manera más apropiada de comprender la vida del hombre. Y si haber conservado y desarrollado la visión del sujeto y las manifestaciones del yo en la comprensión del mundo se constituye en gran ventaja para la novela con respecto a la ciencia durante el paradigma clásico, ahora la ciencia del caos ha igualado las circunstancias: ciencia y novela están en pie de igualdad. Surge en esta situación un nuevo desafío para la novela: ¿cómo definir ahora el espacio propio de la novela? ¿Cómo novelar los nuevos tipos de relaciones sociales, por ejemplo, el paso que experimentamos de vivir preponderantemente relaciones primarias en la comunidad contenida en un espacio y un tiempo delimitados, en una vereda o en un barrio, en que las personas conocen e interactúan con seres totales, con su historia



personal, una biografía vista y vivida por todos, a vivir una comunidad urbana en que se rompe el espacio y la unidad del yo y las relaciones se dan entre roles, pedazos de personas, aspectos parciales, el cajero de un banco, el vendedor en un almacén, el médico en un hospital, hasta experimentar lo que se podría llamar una comunidad electrónica en que las relaciones se dan, por ejemplo, vía Internet, rompiendo el espacio, el tiempo y el yo, entre personas que no se conocen, no se ven, pero comparten intereses específicos con gran intensidad emocional? ¿Qué le sucede al yo, al narrador, al personaje, en estas circunstancias?

EL DESORDEN

El tercer elemento, la tercera ventana, es el desorden. La ciencia clásica ha buscado fundamentalmente conocer el orden de la naturaleza o de la sociedad, sus patrones de repetición, la manera cómo se estructura, cómo funciona en sus regularidades. Para la ciencia clásica el desorden es una ilusión. La ciencia del caos sabe que el desorden existe, que coexiste con el orden, que son elementos extraños, relacionados dialógicamente, y que se rechazan, que son heterogéneos, y que por

medio de esa relación dialógica se producen las organizaciones existentes en el universo y en la sociedad, se crean nuevos mundos. El desorden es el huevo de la creación. Hace poco más de cuatro décadas murió la idea de un universo mecánico, estable, incambiable. La idea de la deflagración universal, del Big Bang, mostró que el universo nace en medio del orden y el desorden. Las teorías de los sistemas sociales, en que cualquier desorden constituía una desadaptación, sucumbieron ante el papel central del conflicto y del desorden creador, de la incertidumbre. Uno de los desórdenes que las sociedades aceptan en mayor o menor grado es lo que llamamos libertad. La libertad, cuna y leche de la posibilidad de escribir novelas, es, en realidad, un desorden social, el planteamiento de que la sociedad no es simple y unidireccional, cierta, sino compleja, incierta, difícil de comprender, y que en su seno tranquilo el desorden social, el caos como forma de ser, fermenta su transformación. La teoría del caos rescata el azar en el rígido tren de la historia, rescata la turbulencia como forma de conocer lo impredecible de la sociedad y del sujeto. La incertidumbre es la marca de esta manera de conocer: conocer dentro de la nueva ciencia es enfrentar la incertidumbre que engendra la complejidad, mientras que en la ciencia clásica el conocimiento era generar la certidumbre por medio de la simplificación.

La nueva visión de la ciencia

social descarta la causación lineal de las acciones del ser humano, el férreo orden de causa y efecto, porque constituye el mecanismo formal por medio del cual se plantea la simplificación, mediante el cual se crea la ilusión de que se puede comprender de manera cierta al ser humano, de que es posible la precisión en ese conocimiento, de que esta ciencia produce la verdad. Al descartar la causación lineal, la nueva ciencia hace que el novelista se pregunte por uno de los cerrojos tradicionales de la narración: la verosimilitud. Esta es a la novela lo que la causación lineal a la ciencia clásica: el camino del orden, el pensamiento simple que dictamina que para que aparezca C deben antes aparecer A y B, el hombre en línea recta para que nadie se sorprenda y crea por medio de este truco de pensamiento simple que todo es creíble.

Tres elementos surgen ahora de la consideración de la verosimilitud novelesca. En primer lugar, la idea de que lo que importa en la novela es la verosimilitud y no la verdad. No es posible plantear científicamente una verdad que sea la verdad absoluta, por supuesto. Pero se trata, en este caso, de la verdad novelesca, que se refiere a la capacidad de la novela de develar la circunstancia del ser humano, aspectos de su mapa existencial y social, del asunto del descubrimiento como tarea de la novela y de su capacidad de contar ese descubrimiento con historias que narren nuevas construcciones del mundo y de la vida. Se trata

de la única ética de la novela, la ética del descubrimiento. Este descubrimiento, como dirían Calvino y Kundera, debe enfrentar la perplejidad, la incertidumbre del hombre en el mundo. ¿Cómo podría afirmarse que lo que importa es la verosimilitud, es decir, la causalidad lineal, el pensamiento simple?

Un segundo asunto se refiere a otra verdad que, de tanto repetirse, se ha convertido en una verdad de a puño: el buen novelista es el que desde la primera página acogota al lector y lo reduce a la impotencia hasta que termina la última página. La misma imagen da una idea de avasallamiento, de esclavitud del lector por medio del truco de la trama, del suspenso, del pensamiento simple. La ciencia del caos plantea entonces algunas preguntas al novelista: ¿No será tarea del escritor ofrecer nuevas interpretaciones, nuevas construcciones del mundo, que renueven y liberen al lector? ¿La diversión que ofrece la novela no podrá estar en la apasionante posibilidad de que el mundo cambie con la nueva comprensión, de que al terminar la lectura de la novela el lector se encuentre en un mundo diferente, que su yo haya experimentado una metamorfosis, que se encuentre lleno de preguntas, como si hubiera realizado un viaje a otro planeta? ¿No será que la novela debe brindar el complejo e incierto placer de la liberación y no la alegría simple y fácil de la trama?

Una tercera pregunta se refiere al concepto de omnis-

ciencia y, consecuentemente, al narrador omnisciente. ¿Qué papel juega la omnisciencia en la novela si se está planteando que el único pensamiento que puede ser verdadero es el que se enfrenta a la incertidumbre, a la complejidad? ¿Habrá que preguntarse si en estos tiempos posmodernos el narrador omnisciente será posible solamente como ironía del narrador, como narrador irónico? Habría que pensar en lo que los científicos sociales llaman el efecto mariposa: la compleja red de relaciones entre los seres del mundo, las turbulencias de sus efectos y lo impredecible de sus dimensiones pueden describirse con la siguiente imagen: una mariposa que mueve las alas en Australia puede desencadenar una tormenta en el Caribe.

EL TIEMPO SOCIAL

Un cuarto asunto de importancia que debe considerarse en la nueva ciencia es el del tiempo social. La ciencia social clásica dio gran importancia al tiempo, principalmente de dos maneras: en primer lugar, como dimensión en la cual tenía lugar el movimiento, el cambio social, la dinámica de la organización, particularmente en el estudio de procesos sociales que, por lo general, estaban enmarcados en el tiempo histórico. En segundo lugar, consideró al tiempo como variable abstracta, como medida teórico-empírica de duración, con capacidad de explicar o ser explicada por otras variables. La novela comprendía, mientras tanto,

el tiempo de manera más compleja y más rica, y hablaba no solamente del tiempo cronológico e histórico, sino del tiempo interior o psicológico, del tiempo del recuerdo, del tiempo del sueño, del tiempo de la locura, de la ausencia de tiempo de la eternidad, mezclando diferentes tiempos que tenían lugar en diferentes espacios, jugando de manera más cercana a la vida con tiempos de diferentes naturalezas. El tiempo en la novela ha sido en algunas de sus expresiones más ricas un tiempo exuberante y barroco, una *frivolité* de lo potencial.

El tiempo novelesco es, sin lugar a dudas, más humano y vital que el de la ciencia clásica. Pero, en los últimos años, la nueva ciencia ha rescatado la vitalidad del tiempo que la novela ha hecho suya durante siglos y ha empezado a trabajar en lo que se llama el tiempo social.

El tiempo social es, fundamentalmente, el tiempo del caos, del desorden. El tiempo social nos habla de que todos los hombres que viven al mismo tiempo no viven necesariamente en el mismo tiempo y que en un mismo hombre coexisten diferentes tiempos, que somos al mismo tiempo premodernos, modernos y posmodernos, como se diría hoy, en diferentes proporciones



e intensidades y según las circunstancias. La misma sociedad tiene espacios cuyo tiempo es más lento, como las instituciones sagradas, el Estado y la religión, por ejemplo, cuya naturaleza es la duración, la lentitud, la permanencia, lo que se desea incambiable. Al mismo tiempo, coexisten instituciones de velocidad media, como la familia o la escuela, que oscilan entre la tradición y la renovación, y ámbitos cuya característica temporal es la rapidez, el cambio constante, lo efímero, la fugacidad. La presencia de estas temporalidades que se mueven con ritmos tan diferentes es un elemento de caos porque los hombres que se cruzan en las calles de una ciudad colombiana pueden estar viviendo con manifestaciones de sus yos en tiempos distintos, y porque dentro de todo yo múltiple cada yo que lo compone puede estar separado de los otros yos por décadas o centurias, y como cada temporalidad no es solamente un fenómeno cronológico, sino que implica visiones diferentes del mundo, construcciones radicalmente separadas u opuestas de la realidad, la turbulencia que se genera dentro de cada yo y dentro de la misma sociedad está muy lejos de poder ser pensada con los planteamientos simplistas

del orden de la ciencia clásica.

¿Plantea nuevas posibilidades y desafíos a la novela colombiana contemporánea esta especie de tiempo mestizo de la ciencia del caos? ¿Puede la novela pensar nuevos tinglados, nuevos escenarios a partir de estas ideas del tiempo social, del tiempo del desorden? ¿Puede el tiempo de la novela ser lineal, unidimensional, solo mítico, solo recuerdo, solo velocidad, solo sueño, o sería conveniente o necesario plantearse una temporalidad mestiza, caótica, que pueda colocar al hombre contemporáneo colombiano ante la complejidad, ante la incertidumbre de su temporalidad, ante la angustia del caos del tiempo?

EL LENGUAJE

Un quinto aspecto que conviene considerar en la transformación contemporánea de la ciencia es el lenguaje. Para el paradigma clásico, el lenguaje era unívoco, es decir, cada palabra tenía solamente un significado, lo que constituía la base de una transmisión precisa del mensaje. El lenguaje era representacional y se constituía en un vehículo para comunicar algo que estaba afuera, el objeto de la ciencia. En la ciencia del caos, el lenguaje es algo muy diferente: la univocidad desaparece y el lenguaje ya no representa el mundo, sino que lo construye, lo convoca. Nombrar algo es convocarlo a ser como uno lo ha nombrado. La función primordial del lenguaje ya no es transmitir mensajes de un lugar a otro,

sino construir la realidad. La comunicación se convierte en el asunto primario del lenguaje: la ciencia natural es una comunicación con la naturaleza y la ciencia social es una comunicación de los investigadores con los grupos humanos, con los individuos que juegan el papel de sujetos de la investigación. Se habla de eventos comunicativos, de juegos de lenguaje y no de transmisión de información. El diálogo como constructor de la realidad.

Como dice Raymond Quenau, el matemático y escritor francés, fundador del Taller de Literatura Potencial, que reunía a escritores y científicos, entre ellos a George Perec, para buscar nuevas maneras de escritura mancomunadamente: “El clásico que escribe una tragedia observando cierto número de reglas que él conoce es más libre que el poeta que escribe lo que le pasa por la cabeza y que es esclavo de otras reglas que ignora”. Ese es, precisamente, el papel, un papel liberador, de la puesta en claro, hasta donde sea posible, de la visión del mundo del escritor como herramienta de su proceso creativo.

LA FRAGMENTACIÓN DEL MUNDO Y LOS ELEMENTOS NARRATIVOS PEQUEÑOS

Volvamos a la catedral de Max Ernst. Su fragmentación en el momento de la explosión, la tensión que vibra, los fragmentos que retiene la

mirada, esenciales, poderosamente llenos de significado, que excluyen los detritus innecesarios, la grasa de la arquitectura, puede llevarnos a pensar en los textos pequeños, intensos, concentrados, con los cuales el novelista construye una novela que rompe la idea de composición, de estructura del realismo literario. Claudio Magris, en su fulgurante novela *El Danubio*, construye una arquitectura no catedralicia sobre la líquida columna vertebral del río. Sus textos cortos, vértebras que estallan de significado, como las semillas llamadas bellauroras, que disparan esporas al contacto con la mano que las aprieta. En música podemos pensar en Chopin, que condensa en sus preludios, valsos, nocturnos, estudios, mazurcas, baladas, impromptus y polonesas una artillería de fragmentos cargados de poder, que construyen un nuevo modo de escuchar música. Podemos pensar en Walter Benjamin, que en su legendario *Libro de los pasajes* plantea una teoría de la historia construida desde sus células, pequeñas unidades que operan como ladrillos de un edificio, a partir de las cuales se construye una visión del tiempo histórico. O *El blues de Buddy Bolden*, en que Michael Ondaatje construye por medio de un collage lírico de pequeños textos la vida azarosa

de uno de los fundadores del jazz. Son lúcidos intentos de pasar de una arquitectura del orden a una arquitectura de la fragmentación o del caos, si se quiere. Esta metamorfosis implica una nueva visión del mundo, claro está.

Para nosotros, en el tercer mundo, esta herramienta que hemos denominado “visión del mundo”, es estratégica, me parece. Al fin de cuentas, nosotros somos la catedral de Max Ernst. Vivimos en un tiempo social apelmazado, pues en cincuenta años hemos pasado de ser finqueros aislados del mundo, como una burbuja de tiempo, a untarnos un baño de modernidad y a sumergirnos en el agua aún superficial de la sociedad del conocimiento, procesos que a Europa le tomó generar y vivir unos diez siglos. Ese es nuestro verdadero mestizaje profundo: somos un poco tradicionales, un poco modernos y otro poco contemporáneos, al tiempo. Y, claro, tenemos graves dificultades para manejar esa incertidumbre esencial. Y por eso es acuciante que construyamos una visión propia de nuestro mundo cultural e históricamente mestizo. Para el escritor es aún más acuciante, puesto que trabaja sobre el hombre de su época, una catedral sobrecargada de metamorfosis.

Termino con otra metamorfosis, más conocida desde los libros de la escuela primaria, pero por eso no menos fuerte y poderosa, narrada por Edgar Morin, sociólogo francés, epistemólogo de la complejidad de la ciencia del caos:

Para que la oruga se convierta en mariposa debe encerrarse en una crisálida. Lo que ocurre en el interior de la oruga es muy interesante: su sistema inmunológico comienza a destruir todo lo que corresponde a la oruga, incluido el sistema digestivo, ya que la mariposa no comerá los mismos alimentos que la oruga. Lo único que se mantiene es el sistema nervioso. La oruga se destruye como oruga para construirse como mariposa. Cuando la mariposa consigue romper la crisálida, la vemos aparecer, casi inmóvil, con las alas pegadas, incapaz de desplegarlas. Y cuando uno empieza a inquietarse por ella, a preguntarse si podrá abrir las alas, de pronto la mariposa alza el vuelo.



Panorámica actual de la narrativa colombiana

JORGE IVÁN PARRA*

Amplia y heterogénea es la producción literaria colombiana de la última década, y, en algunos casos, el éxito editorial o comercial riñe con la calidad literaria de las obras.

Evidentes figuras señeras que no necesitan ninguna presentación son García Márquez y Álvaro Mutis, por lo que cabe revisar, más bien, lo que viene tras su estela. A diferencia de México, país en el cual varios escritores (Volpi, Padilla y Urroz) se agrupan en un movimiento, “el Crack”, con manifiesto y todo, en nuestro país los escritores se asocian, más bien, espontáneamente según sus temas. En narrativa podríamos hablar de cuatro tendencias: novela histórica, novela y cuentos urbanos, novela de la violencia y relato intimista-biográfico o novela en clave, como la llama Javier Marías. El canon de la novela histórica o historia novelada lo constituyen *La tejedora de coronas*, de Germán Espinosa, y *El general en su laberinto*, de ‘Gabo’, aunque cabe mencionar *La ceniza del Libertador*, de Fernando Cruz

Kronfly, acaso el mejor relato sobre Bolívar escrito por un colombiano. Sin embargo, muy recientemente tres escritores han *ficcionalizado* la historia de manera sorprendente. El primero es William Ospina, gran ensayista, con una extensa obra poética de altísimo vuelo, justamente convertido en fenómeno editorial por mor de su novela *Ursúa*, primera entrega de una ambiciosa trilogía que se completará con las inéditas *El país de la canela* y *El ojo de la serpiente*. Todo lo que se espera de un buen libro está contenido en esa épica narración: héroes y travesías delirantes, episodios de la historia de nuestra conquista, que más parecen fantasía que realidad; personajes capaces de los pensamientos más sublimes y de los crímenes más atroces; una naturaleza salvaje que así como inspira a los hombres también los enloquece, los destruye. Todos los imaginarios del “valiente mundo nuevo” (como lo llama Carlos

Fuentes), acicate de la codicia y el desafuero de los españoles que ni mandados a hacer para una novela: Heredia, Belalcázar, Robledo, Jiménez de Quesada, los Pizarro, Galarza, Téllez, Orellana, Alfinger, Federmán y La Gasca, entre tantos que paulatinamente fueron pasando, como Macbeth, de la ambición al crimen, del crimen a la locura y, finalmente, a la muerte, ora ahogados ora fulminados por un rayo o por las flechas indígenas, algunos ejecutados por sus mismos amigos y otros porque se dejaron morir solitos.

Góngora y Galarza intentaron nadar hasta la orilla pero rápidamente se hundieron en las olas amargas; Pedro de Heredia, viejo pero todavía vigoroso, nadó y alcanzó las playas, pero en el momento en que se erguía en la arena, una última ola del mar increíble cayó sobre él, lo retrajo de nuevo a las aguas hondas y lo ahogó sin misericordia. Alonso Téllez estaba todavía en la cubierta que zozobraba, y le pidió a un marino que se disponía a saltar que lo llevara a su hombro hasta la orilla. Para convencerlo le ofreció una caja de plata que llevaba llena de piedras preciosas. Ese fue su error, porque obligó al hombre que estaba dispuesto a llevarlo sin hablar de la recompensa, a tomar en un brazo al naufrago, mientras empuñaba en la otra mano la valiosa caja. Así avanzaron un tiempo y se acercaron a la orilla. Pero llegó el momento en que las aguas estuvieron más difíciles, y el hombre se vio obligado a escoger entre el hombre que llevaba en su brazo derecho y la caja que llevaba en su mano izquierda, y la mano triunfó. El hombre se sacudió de Alonso Téllez, y lo envió a reunirse con sus compañeros en el fondo del mar.

Anejo al nombre de Ospina (tal vez, exceptuando a 'Gabo' y a Mutis, el mejor escritor vivo de Colombia) está el de otro ensayista, Enrique Serrano, quien nos traslada a la España de los Reyes Católicos para mostrar cómo su fanatismo y estulticia sentenció a judíos y moros, asunto que también desarrolla con lenguaje barroco el bogotano Fernando Toledo en su novela *Liturgia de difuntos*, aunque su diáspora alcanza el siglo XX.

Toledo despliega la saga de los Ben Aberatel o Tordesillas, apellido que asumieron para poder sobrevivir en su Sefarad después del

decreto de expulsión. La novela teje, además, una trama de espionaje, en la que el informante Nuño de la Cueva no declina en su obsesión por quemar conversos dudosos, en especial, a los Tordesillas, hasta que se vuelve loco tras perderles el rastro. La intertextualidad entre *Liturgia de difuntos* y *Donde no te conozcan*, de Serrano, es evidente, y, ambas están a la altura de dos clásicos contemporáneos sobre temas similares: *El hereje*, del español Miguel Delibes, y *La gesta del marrano*, del argentino Marcos Aguinis. En ese mismo lenguaje de elaboración culta, Toledo cuenta la singladura de unos personajes que padecen lepra, en una novela cantata, *La cantata del mal*, que rinde tributo tanto a la historia como a la ópera.

Firmaste el convenio, en una tasca, frente a una ración de chipirones financiada por el buscón cuyos aromas se fueron sofocando mientras se ajustó la soldada. Lo hiciste entre vahos de julepe por haberte esforzado en persuadirlo, tal vez con alguna exuberancia no lo niegues, de tu dominio del papel de Alfredo. Apenas sí tenías noticia del personaje por haberlo explorado por lo menos un año antes y muy por encima. Para deshacer el entuerto, sin darle coba a la zozobra, te rebuscaste hasta la última perra chica y adquiriste, en una casa de libros viejos de la calle Fuencarral, la partitura, de segunda mano o de tercera, de *La Traviata* con la intención de repararla.

Y, recién salida del horno, otra novela se inscribe dentro de esa tendencia historiográfica, al contar las peripecias de un aventurero neogranadino al lado de Napoleón Bonaparte, *El naufragio del imperio*, del joven Esteban Constaín, seguro epígono de Patrick O'Brian, aunque la idea de confrontar a su protagonista con un personaje histórico es llevada a cabo también por Juan Gabriel Vásquez en *Historia secreta de Costaguana*, en la que aparece Joseph Conrad.

Cabe destacar dos libros de reciente aparición, y uno publicado en 2005, que

se ocupan de episodios de la historia de Colombia. El primero es la extraordinaria biografía novelada, *La semilla de la ira*, que sobre José María Vargas Vila compuso Consuelo Triviño Anzola, quien, apelando al recurso del monólogo interior, recrea, como lo hizo Beatriz Helena Robledo en su biografía sobre Rafael Pombo, dictaduras finiseculares, pugnas ideológicas y conflictos nacionales de comienzos del siglo XX, todo ello imitando el lenguaje incendiario y virulento de Vargas Vila:

El tirano que entonces ocupaba la silla presidencial, ese tumor maligno llamado José Manuel Marroquín, cubrió de sangre el suelo de la patria. Autor de pésimos versos y de novelas dedicadas al mundo animal, al que realmente pertenece por el tamaño de su cerebro, pasará a la historia como símbolo de la vergüenza. A esa enfermedad le sucedió el dictador Reyes, un virus vigorosamente alimentado con la sangre y las lágrimas de la mendiga harapienta que llamamos patria.

El segundo es la novela documental de Nahum Montt, que constituye un intento por indagar en nuestra historia inmediata. En *Lara*, el protagonista es el ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla durante los días previos a su asesinato, y el antagonista es el temible criminal Pablo Escobar, “el patrón”, tal vez el personaje más nítido del libro: se hace muy visible al lector por cada frase que dice o cada sentencia que dicta. Otros personajes que conducen la trama son el coronel Ramírez, el periodista Guillermo Cano, el político Luis Carlos Galán y los congresistas Santofimio, Ortega y Lucena, además de la superestructura delincuencia instalada en la hacienda Nápoles.

El otro libro, que bien pudiera inscribirse también en el género de la violencia, pero que no deja de ser historia al fin y al cabo, es *El cadáver insepulto*, del ya fallecido Arturo Alape. Recrea los siniestros días posteriores al 9 de abril de 1948, epicentro del llamado “bogotazo”. Todos los

detalles del magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán y sus inenarrables consecuencias (incendios, saqueos, asesinatos, locura colectiva) son presentados por Alape en un lenguaje que oscila entre la crónica policíaca y la novela negra:

Después el saqueo se generalizó por todo el comercio de la capital. Los guardianes de las cárceles escaparon con el miedo entre las piernas y los presos vieron las puertas abiertas y cientos escaparon en busca de libertad. Se incorporaron al saqueo masivo y dirigieron con su experiencia el dismantelamiento de los almacenes de lujo. A muchos pobladores de la capital se les salió el ladrón que tenían atrancado por dentro: la justa protesta por la cual dieron la vida centenares de gaitanistas se convertía por la ambición de pocos en un furibundo vendaval del robo.

Tal como ocurre en España y Estados Unidos, la temática que tal vez agrupa más escritores en Colombia es la urbana, con muchas novelas y cuentos de desigual densidad literaria, no pocas veces llevadas al cine o a series de televisión. Tal es el caso de *Perder es cuestión de método*, de Santiago Gamboa; *Satanás*, de Mario Mendoza; *Rosario Tijeras* y *Paraíso Travel*, de Jorge Franco; y *Sin tetas no hay paraíso*, de Gustavo Bolívar. En dicha corriente cabe resaltar dos libros de cuentos; el primero, *Necesitaba una historia de amor*, de Roberto Rubiano, valioso aporte al género en Colombia, como quiera que establece sinergias entre cine, literatura y fotografía. El segundo, *El rey del Honka-Monka*, de Tomás González, constituye un grato encuentro con una prosa fluida y amena, acerca de inmigrantes, comerciantes y aventureros, que tras vivir como reyes terminan casi en la indigencia, tal como sucede en la novela *Nos llamamos como Dios*, del periodista bogotano Luis Cañón.

Por su naturaleza y su cercanía con la realidad, el tema urbano tiende a relacionarse, si no a confundirse, con el reportaje; tal es el caso de *Febrero escarlata*, del

periodista Ernesto McCausland, libro que se vislumbra como una cadena de crónicas sobre crímenes, que poco a poco adquieren el tono y la intensidad de una atrayente novela negra, cuyo protagonista es un reportero – detective marginado que recaba toda su información en un pintoresco prostíbulo de la ciudad.

Necesario referente de la especie novela y ciudad es la “Trilogía Bogotá”, en la que se examina el desarrollo no sólo urbano, sino también social de nuestra capital, desde que era una aldea de sesenta mil habitantes hasta cuando se convirtió en la urbe azotada por el narcoterrorismo, todo expuesto en el singular estilo de Gonzalo Mallarino Flórez. En la segunda entrega, *Delante de ellas*, probablemente la mejor de la trilogía, el espíritu médico y la valentía de Antígona de la narradora – protagonista Alicia Pinedo, son el mejor ingrediente de la novela, de la que también son actantes la superstición, la gazmoñería de monjas y curas, la hipocresía de los rolos de antaño, el miedo a lo desconocido, y la insuficiencia científica.

Por su enraizamiento en el imaginario colectivo y su tenor cotidiano, la violencia es tema infaltable en las páginas de varias generaciones de narradores colombianos, desde la guerra de los Mil Días, pasando por el bogotazo y toda la contienda partidista, hasta el actual multifacético conflicto, meritoriamente ilustrado por dos libros de reciente aparición: *Amor enemigo*, de Patricia Lara, y *Los ejércitos*, de Evelio Rosero, ambos de capital importancia para comprender el intrincado problema socio-histórico colombiano, y de muy buena densidad literaria. La protagonista de la novela de Lara se vinculó a la guerrilla desde los trece años, como consecuencia del trato infligido por su mamá y el abandono de su papá; pierde a su novio en la toma de un pueblo y decide desertar. Sin saberlo, se enamora del paramilitar que ultimó a su novio, que, a su vez, ignora que ella era guerrillera. La novela desarrolla tres vertientes: el pasado de cada uno, el presente, y las perspectivas y la problemática de la violencia.

Por su parte, el libro con el que Rosero ganó el premio Tusquets, muestra que en Colombia nadie es dueño de su destino:

en los pueblos dejados de la mano del Estado, sus habitantes siempre están en tránsito, porque si no los desalojan los paramilitares lo hacen los guerrilleros, y quien quiera quedarse en su casa muere por el fuego cruzado:

Hemos ido de un sitio a otro por la casa, según los estallidos, huyendo de su proximidad, sumidos en su vértigo; finalizamos detrás de la ventana de la sala, donde logramos entrever alucinados, a rachas, las tropas contendientes, sin distinguir a qué ejército pertenecen, los rostros igual de despiadados, los sentimos transcurrir agazapados, lentos o a toda carrera, gritando o tan desesperados como enmudecidos, y siempre bajo el ruido de las botas, los jadeos, las imprecaciones.

Menos abundante, aunque con antecedentes, es la producción de historias que exploran un yo que casi siempre es trasunto del autor o de alguien de sus afectos. Es el caso de *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince, llamativo fenómeno editorial, y de *El desbarrancadero*, la vigorosa e iconoclasta novela de Fernando Vallejo, ganadora del premio Rómulo Gallegos. En ese rubro vale ubicar la ponderable obra *La voz interior*, de Darío Jaramillo Agudelo: publicada muy recientemente, es todo un viaje sentimental, que terminará siendo libro de culto para escritores y filósofos. Su contenido es el diario de un intelectual bohemio teñido del existencialismo que caracterizara a muchos jóvenes de hace cuatro décadas. A guisa de Pessoa, el autor de dichos apuntes, muerto desde el inicio de la novela, creó heterónimos que literariamente tienen vida propia: Walter Steiggel, Isacc Peña, Juan Amasilva y él mismo (Sebastián Uribe Riley), habitantes del llamado país de los poetas.

En dicho diario debe husmear su mejor amigo para reconstruir la vida íntima del difunto, y, sobre todo, su pensamiento, reflejado en cientos de escolios como estos:

No hay que confiar en las apariencias. No hay que confiar en las evidencias.

La distinción verdadero / falso es falsa.

Dale la razón a tu adversario; es bien poco.

Dale la razón a tu adversario; no te encartes con ella.

Toda tradición es provisional.

El germen de destrucción de la civilización que vivimos es la tecnología.

Antes de que acabe el siglo XX la tecnología habrá acabado con la intimidad.

Parte de la intimidad —una palabra clave— de un niño es su deseo de ser adulto.

Pero esto no tiene por qué impedirle ser niño ahora.

El ideal más universal del hombre común de nuestro tiempo es salir en la televisión.

Toda decisión colectiva es estúpida.

Gente peligrosa: los hombres de grandes decisiones.

La falacia de la democracia: son más los tontos que los perceptivos. Así las cosas, la democracia es el poder de los tontos.

La historia dice más del propio tiempo en que fue escrita que del pasado que refiere.

Bueno es señalar que, al lado del renombrado poeta colombiano Giovanni Quessep, Jaramillo aparece en la reciente antología de poesía en lengua española *Las islas extrañas*, aunque la poesía extraordinaria de Quessep, con su universo simbólico pletórico de misterio, ensoñación, recuerdo y muerte, merece capítulo aparte.

Muy en la línea de *La voz interior*, se distingue la novela *Eclipse de cuerpo*, de Pedro Juan Valencia, autor al que, sospechosamente, nadie conoce, nadie ha visto ni oído; por conjeturas verosímiles, se diría que es trasunto o heterónimo del mismo Darío Jaramillo. En *Eclipse de cuerpo*, a sus casi sesenta años, Javier, un burgués entregado a la música y al ensimismamiento, cuenta la historia de su

peculiar familia, salpimentada con constantes ramalazos de reflexión ontológica-metafísica que le sirve para sobrellevar una vida tediosa, habitando un cuerpo que le parece ajeno:

“Gradualmente como quien entra a tuestas en el cuerpo teniendo conciencia de mi mismo [...] me ausenté de mí, ya podrían poner mi cuerpo donde quisieran, no había adentro nadie, solo un cuerpo sin intimidad que se metía en la música, en aprender unos instrumentos, pero ninguno que replicara, ningún individuo a quién se le pudiera herir el orgullo”.

No está de más comentar la novela *Cuando cierra la noche*, de Luz Peña Tovar: tiene como protagonistas al cinearte y a la “cinecista” Manuela Sandoval, cuya vida sentimental, académica y profesional la transforman en mito cinematográfico de la ciudad de Baldorba. En su adolescencia fue seducida (prácticamente violada) por un famoso actor de telenovelas, y, veinte años después, hecha una célebre directora de cine, se convierte en la amante del hijo de su antiguo seductor. A lo largo de su corta vida, Manuela va filmando una especie de diario o monólogo audiovisual que llegará a manos del otrora galán de telenovela para mortificarlo.

Otra muestra de lo que se podría llamar nueva narrativa colombiana, y dentro de ese rubro de lo intimista, es la novela *Final de las noches felices*, de Álvaro Robledo. Se trata de una historia urbana contada en lenguaje sencillo, sin pretensiones ni aspavientos, que crea un ambiente acogedor para acercarnos a la vida monótona y desencantada de su protagonista. Aníbal es escéptico, pesimista; sorteja cada encuentro amoroso con indiferencia, casi por rutina, no más por dejarse vivir. Lleva a cuentas el peso de lo cotidiano, y su fórmula de escape es el trago, la droga, los paseos en su coche y una permanente tendencia a la reflexión filosófica. La novela y el personaje de Robledo nos traen, como en sordina, el intenso y extenso soliloquio de Kristián, el personaje perdulario de la novela de profundidad psicológica *Las puertas del infierno*, de José Luis Díaz Granados.

Cuestionable sería dejar de reseñar el libro finalista del premio Planeta-Casamérica 2008, que también narra una experiencia de vida,

Justos por pecadores, de Fernando Quiroz. En esta novela, caracterizada por una escritura fluida, sin trucos narrativos ni ornamentos, lo relatado tiene fuerte acento realista y logra transmitir el tono intimista que el narrador se propone. El tema es la vida y las peripecias de un adolescente, posible trasunto del autor, que se dejó embaucar para pertenecer al Opus Dei, su lacerante pasantía en la congregación, su desertión de la misma y su regreso a la libertad. El internado de los hijos de Escrivá de Balaguer se presenta como una institución criminal en donde se practica toda suerte de violación a los derechos humanos, donde todo, menos rezar, confesarse y flagelarse es pecado, y... ¡guay de aquel que desobedezca!

Por último, dentro de esa tendencia intimista, no sobra mencionar la forma como Laura Restrepo explora el tema de la locura en *Delirio*, hasta el momento la única novela colombiana ganadora del premio Alfaguara, como también el tono íntimo, aunque almibarado y melodramático con el que la caleña Ángela Becerra se ha granjeado un público propio que lee con mucho entusiasmo sus novelas *El penúltimo sueño* y *Lo que le falta al tiempo*.

A manera de colofón, y en razón a su diversidad, sería lícito ofrecer un comentario sobre una de las últimas novelas colombianas, *Museo de lo inútil*, de Rodrigo Parra Sandoval. La novela como desorden, parodia, carnaval, juego

intertextual y trama incongruente tiene antecedentes en Lawrence Stern y pasa por Cortázar y Macedonio Fernández. Es decir, es propuesta añeja, pero no agotada, y muestra de ello es este “museo”, que en su paraíso mozartiano reúne a Julio Verne, a Jorge Isaacs y a Melville, y proyecta, como a través de un prisma que todo lo distorsiona, las míticas películas de Hollywood, *Lo que el viento se llevó*, *Ciudadano Kane*, etc. Y los sorprendentes saltos que da la desmesurada narración son como desde Alemania hasta Cali, mezclando apellidos como Wolf y Carabalí. Pero el protagonismo se lo lleva, indudablemente, Dios, personaje a ojos vistas singular, al que le tienen que enseñar de todo, pues de los humanos y su historia no conoce casi nada. El mayor golpe teatral y mordicante de Parra Sandoval es contar que mientras en el dichoso paraíso mozartiano, que no es más que un falansterio-prostíbulo, Darwin compone la Biblia, Dios escribe *El origen de las especies*.

Así que en la narrativa colombiana hay por estos días de todo, como en botica, y lo mejor es no extender las menciones para que no se noten tantas omisiones, y esperemos que pronto pueda ser leída la novela *Contra el olvido*.



* Comentarista bibliográfico de *El Tiempo* y profesor de literatura y bibliotecario del Gimnasio Moderno

PREMIO Ignacio Chaves Cuevas

A LA MEJOR INVESTIGACIÓN SOBRE LENGUA ESPAÑOLA

LA ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA, al cumplir sus 137 años de creación, respondiendo a su misión esencial de cultivar y motivar la investigación científica sobre la lengua española y recordando la dedicación que en esta gestión siempre demostró uno de sus más distinguidos miembros, Don Ignacio Chaves Cuevas, quien además de Secretario Perpetuo de la Academia fue Director del Instituto Caro y Cuervo durante dos décadas en las cuales obtuvo los tres honores más importantes que España concede a las instituciones que se consagran al estudio y profundización de la lengua española como fueron los premios Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades 1999, Fray Bartolomé de las Casas 2001 y Elio Antonio de Nebrija 2002, ha decidido crear para rendir un homenaje de gratitud y admiración a su memoria, el Premio Ignacio Chaves Cuevas a la mejor investigación sobre lengua española.

Don Ignacio Chaves Cuevas alentaba constantemente a estudiar y reflexionar más sobre todos los aspectos lingüísticos

que pueden enriquecer nuestra actividad humana y profesional, por ello recordando la frase de Heidegger: “la lengua es la casa del ser” y a partir del planteamiento del propio profesor Chaves de que “la lengua es un sistema axiológico forjador de la identidad de los pueblos,” se invita a todas las personas interesadas en adelantar investigaciones sobre la lengua española a participar en este concurso internacional cuyas bases son las siguientes:

1. El Premio se otorgará al mejor trabajo individual inédito y escrito en español, resultado de investigación sobre fonética, lexicografía, gramática, dialectología, semántica o pragmática de la lengua española.

2. Podrá presentar trabajos toda persona natural de cualquier nacionalidad que se acoja a estas bases.

3. No podrán presentar trabajos los miembros de la Academia Colombiana de la Lengua.

4. Los interesados en participar pueden enviar un correo electrónico a la dirección ignaciochavescuevas@gmail.com solicitando un formato de inscripción; el cual deberán devolver diligenciado antes del

30 de diciembre de 2008.

5. Se recibirán trabajos hasta el 31 de enero de 2009, con una extensión mínima de 75 páginas y máxima de 150, escritas a un espacio y medio en letra Arial de 12 puntos, en formato PDF inmodificable. El concursante dará por inscrito su trabajo con el acuse de recibo del mismo.

6. El jurado estará conformado por un número mínimo de 6 investigadores de reconocido prestigio en el ámbito de la lengua española y un presidente honorario con voto de calidad.

7. Se otorgará un único premio que consiste en un diploma acreditativo; una estancia investigativa en la Universidad de Salamanca, España y la publicación de la obra.

8. El Premio puede declararse desierto y el fallo del jurado es inapelable.

9. El Premio se entregará en *Sesión Solemne* de la Academia Colombiana de la Lengua en el mes de abril de 2009.

10. Cada concursante se responsabiliza de la autenticidad de su trabajo y de la tenencia de los derechos patrimoniales del mismo.

In memóriam

Family



MARGARITA GAUTIER, BLANCHE DU BOIS, LA CELESTINA, MARÍA CALLAS, LA MUJER DE LAS SILLAS O LINDA LOMAN en *La muerte de un viajante*, fueron algunas de las numerosas protagonistas que recreó en su faceta de actriz esta señora de la escena, en toda la extensión de la palabra. Fanny Mikey impulsó, como nadie, el arte dramático en Colombia, y llegó a ser, como decía el diario *El Tiempo* el pasado 18 de agosto, día de sus exequias, “el alma del teatro”.





Desde 1959, cuando llegó a al país y se vinculó al legendario Teatro Estudio de Cali, fundado por Enrique Buenaventura, esta mujer, nacida en Buenos Aires, con su talante jovial y una fortaleza a toda prueba, se comprometió con un panorama escénico todavía balbuciente que, por entonces, empezaba a demostrar cierto brío, sobre todo en el Valle del Cauca. En Cali, la primera ciudad grande que conoció de Colombia poco después de llegar a Buenaventura y de imaginarse que el vapor del cual descendía había atracado en algún pueblo de África, coordinó cinco ediciones del Festival del Arte de Cali, tarea con la que comenzó una carrera de gestora cultural que culminó con la titánica creación, y con la dirección, de un Festival de Teatro de enormes proporciones.

La adquisición del Teatro Nacional, de la calle 71, y el establecimiento de una fundación que lleva el mismo nombre, que hoy cuenta con tres escenarios, y que fue bautizada así porque Fanny quería que las artes escénicas llegaran a todos los rincones de un país del cual se enamoró, que no

tardó en adoptarla, fue el primer paso, hace más de 25 años, para consolidar la más importante empresa cultural colombiana. Una organización que le permitió, entre otros muchos logros, con un tesón y una determinación formidables, darle cuerpo a uno de los eventos teatrales de mayor renombre, no solo en el continente, sino en el mundo: el Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá, que, a lo largo de sus once ediciones, ha contribuido de manera determinante a la transformación de la ciudad, y le ha ofrecido al público el mejor teatro del mundo en una extraordinaria programación bienal.

Fanny fue, además, productora teatral de muchos quilates, y directora ocasional. Obras producidas o dirigidas por ella se presentaron, entre otras ciudades, en París, Madrid, Cádiz, Maribor (Eslovenia), Moscú, Caracas, Quito y Buenos Aires, además, por supuesto, de prácticamente todas las capitales colombianas. Participó, con montajes realizados por el Festival Iberoamericano o en coproducción, en las olimpiadas mundiales de teatro, que se llevaron a cabo en Osaka, Japón. Recibió, entre otras distinciones, la Gran Orden al Mérito Cultural de Colombia; el Premio Max de las Artes Escénicas, otorgado por la Sociedad General de Autores y Editores de España por su labor como promotora del teatro mundial; la Orden del Congreso de la República de Colombia; la Medalla al Mérito Cultural Proartes; y el Premio Latinoamericano Ollantay, del Centro Latinoamericano de Creación e Investigación. Asimismo, el Estado español la condecoró en 2007 con la Orden de Isabel la Católica, y, en 2002, la Universidad Santiago de Cali le concedió el título honoris causa en administración de empresas.

Después de una corta enfermedad, en una de esas extrañas simetrías del destino, el 16 de agosto de 2008 Fanny falleció en Cali, la primera ciudad donde había vivido en Colombia. ¡Que descanse en paz una irremplazable señora de la cultura y una mujer inolvidable!

EN UNA EXPOSICIÓN DE FOTOGRAFÍAS EN EL CENTRO CULTURAL DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA EN BOGOTÁ, un joven fotógrafo exhibió un par de bellos objetos culturales, un sombrero y un cesto, realizados con tiras de fotografías entretejidas. El artista entregó el material fotográfico a los artesanos que, a su turno, realizaron las obras para conseguir que, además de piezas artísticas, fueran documentos. En ese entonces, Eduardo Soriano dijo que se proponía realizar, con idéntico procedimiento, una “activación de memoria colectiva”. Se trataba de levantar, con fotografías, un recinto habitable de la tribu nómada nukak makú, tal como los integrantes de ese grupo étnico lo construyen en plena selva amazónica.



Stvdia Colombiana se enorgullece de presentarles a sus lectores, en las siguientes páginas, un resumen gráfico y un texto del artista, ambos inéditos, que compendian ese trabajo de gran singularidad y con un valor antropológico extraordinario. Los nukak makú, los últimos nómadas de la Amazonía colombiana, están perdiendo sus prácticas culturales por el embate de la cultura “occidental”.

Del espejo roto

EDUARDO SORIANO





Un depi o “espíritu” es como la semilla de la gente y la representan como el reflejo de una persona frente a un espejo, razón por la cual a algunos nukak no les gusta que les tomen fotografías, pues en ellas puede ser capturado su depi. Uno de sus mitos narra como un nukak cometió suicidio porque su mujer rompió el espejo. Lo hizo porque sintió mucho miedo de haber perdido su depi, su “espíritu”.

Dany Mahecha; Gabriel Cabrera; Carlos Franky, *Los nukak, nómadas de la Amazonía colombiana*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1999.

Hace dos años vi un documental realizado en 1999 sobre los nukak makú, nómadas de la Amazonía colombiana. Aparecían en plena selva, desnudos y con sus prácticas culturales “intactas”. A pesar de que habían sido “descubiertos por la civilización occidental” un par de años antes, ya tenían la problemática de otras culturas indígenas. Me llamó la atención la construcción de una habitación con fibras vegetales y hojas de platanillo, muy similar a la hoja de plátano, e imaginé cómo se vería construida con fotografías.

No creo que lo leído en unos cuantos libros y en otros tantos artículos, o lo visto en un documental alcance a dar cuenta de la vida de una tribu indígena. Conozco muy poco a los nukak makú. Solo puedo relatar la experiencia que viví con ellos en mi primera visita.

El 17 de abril de 2008 salí de San José del Guaviare, a las 5:30 de la mañana. Acaso por haber nacido en Florencia, en el Caquetá, otra de las puertas de la región del Amazonas, o ¿de la civilización?, tuve la impresión de que había algo familiar en esa carretera polvorienta que me condujo hacia Barrancón, a 30 minutos de San José, donde encontraría a cinco familias nukak, que habían salido de la selva para establecerse allí debido a problemas con las guerrillas de las Farc, el narcotráfico, la colonización, las enfermedades “occidentales”, etc. También había algo familiar en Alfonso, el conductor del campero que narraba cómo había vivido tres años en Bogotá y cómo había regresado a San José, con la seguridad de no volver “a donde solo se es esclavo del trabajo”. Igualmente, me resultó familiar la gente que íbamos dejando atrás en el camino, la mayoría indígenas guayaberos, y esos árboles y palmeras gigantescas, propias de una tierra geológicamente muy antigua, por lo cual muchas especies vegetales parecen salidas de un parque jurásico.

Nos detuvimos donde Manuel, un nukak que vive a quinientos metros de las familias asentadas, y al entrar por un lado de la casa vi a otra indígena, en una cocina teñida de tizne por la leña, que me dijo que Manuel estaba pescando. Por un momento creí que había



perdido el viaje. Él es uno de los pocos nukak que hablan bien el castellano, y su presencia era imprescindible para comunicarme con las familias y pedirles su ayuda. Pero cuando Alfonso se retiró hacia el otro costado de la casa, al seguirlo con la mirada, me di cuenta de que estábamos al lado del río Guaviare. No tardó en aparecer Manuel por un sendero, con el resultado de la pesca. Es bajo de estatura, con facciones más de colombiano criollo que de indígena. Tiene dos hijos pequeños y, como

su mujer es de otra tribu, se encuentra distanciado de los nukak. Me comentó que estaría por poco tiempo ahí y que pronto se iría hacia otra población selva adentro. Le expliqué mi idea y le pedí ayuda, pero respondió con cierta prevención. Desde el “descubrimiento” de los nukak, hace poco más de veinte años, los periodistas han vulnerado su privacidad y, por el afán de informar, tergiversan lo que sucede en la tribu.



Por entre dos postes de una cerca logré entrar al espacio de los nukak; cinco “cambuches”, o ranchos que nada tienen que ver con las habitaciones temporales que construyen selva adentro, escondían en su interior a por lo menos 50 integrantes de la etnia, entre niños, mujeres y hombres, en su gran mayoría jóvenes. Manuel iba delante, saludando y bromeando con varios miembros del grupo. No tardó en llamarlos a todos, ya que varios de ellos, en su mayoría hombres, se disponían a partir. Como se ha vuelto costumbre con todos los visitan-



tes, tuve que comenzar ofreciendo algunos comestibles, productos para el desayuno en ese caso, y luego esperar a que los consumieran por completo.

Les dije: “Mi nombre es Eduardo Soriano, y vengo a pedirles su ayuda”. Todos prestaron atención, incluso la más anciana del grupo, que no sabía una sola palabra de castellano. Creí que habían entendido. Les llevé algunas fotos de la hoja del platanillo recortada y les dije: “Quiero construir una habitación con ustedes, como las que construyen en la selva, pero con fotos, es decir, con las fotos de la hoja del platanillo”. Agregué que era para que los conocieran a través de sus objetos, y que estos iban a ser mostrados en Bogotá y en otros lugares. Les aseguré que la participación de la comunidad iba a tener un pago en especie, y que ellos mismos debían escoger lo que querían, de acuerdo con sus necesidades. Esto último lo hice con el fin de no caer en el error de llevarles productos como frijoles, que apenas sirven para que los niños jueguen con ellos, ya que no saben cómo cocinarlos, o enlatados que no saben cómo abrir, o cepillos de dientes que no utilizan, y otras muchas cosas como las que les traen los brigadistas y trabajadores sociales de diferentes instituciones.

Teima, la más anciana del grupo tejía todo el tiempo una manilla o pulsera, un objeto bello que le pedí que terminara para mí. Las manillas se han convertido en *souvenirs* para los visitantes y en fuente de ingresos, por ello, hacen esfuerzos para convertirlas en artículos de comercio artesanal. Todos se retiraron y yo me acerqué a donde la mujer trabajaba. El tejido tomó tres horas, pero ese lapso se convirtió en una experiencia singular: no fue un tiempo de espera común como para perder la paciencia a los cinco minutos; tampoco parecía estar sujeto a un reloj como el que hay en una oficina. Era, más bien, como el tiempo de un beso. Algo así como cuando acaricias a una persona que amas. Era como el tiempo del juego de los niños, o el de la creación de un artista. Me pareció, más bien, que no había tiempo.

Manuel me alcanzó un caparazón de tortuga, como de 30 centímetros de alto, para que



me sentara. Estuve ahí, acurrucado en silencio. Hice apenas un par de preguntas porque quería escuchar como hablaban en su lengua. En un momento me pregunté si no estarían cantando: los sonidos no solo provenían de las voces, sino de los árboles, de los animales y del roce de los objetos. Tal parecía que ese lenguaje lo hablaban seres humanos y todo en derredor. Por un instante, tuve la impresión de que entendía lo que decían.

Al terminar de tejer, Teima me ató la manilla a la muñeca. Fue otro proceso largo, y ya nos disponíamos a salir cuando uno de ellos, Alexander, se me acercó y, como pudo, me dijo que tenía a su mujer enferma en Bogotá y que necesitaba mi ayuda. Le dije que contara

conmigo. Algunos no ocultaban sus sonrisas por la manilla, ya que se trata de un objeto que solo utilizan las mujeres en la selva. Aunque lo sabía, me gusta llevarla. Me despedí y les hice saber, a través de mi traductor, que volvería para realizar el proyecto.

Lo que ocurrió a mi regreso lo ilustran mejor las fotografías del proceso que se llevó a cabo con la tribu el 22 de agosto de 2008. Quiero expresar mi agradecimiento por su colaboración en la ejecución de este proyecto a los nukak makú, al Ministerio de Cultura, a la Fundación Gilberto Alzate Avendaño, a Hewlett-Packard, al Museo Nacional de Fotografía (Fotomuseo) y al Fondo Mixto de Cultura del Guaviare. Todos ellos hicieron posible esta idea.





Catarsis, Miedo al vecino.
Santiago Lozano.

Itinerario

2022

ACTIVIDADES ACADÉMICAS

DOCTORADO EN NUEVOS RECURSOS Y SUSTENTABILIDAD EN TURISMO

14 AL 18 DE ENERO
MÓDULO V: INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA TURÍSTICA
Dr. Rubén D. Utría.

3 AL 8 DE FEBRERO
MÓDULO VI: METODOLOGÍA I
Dr. Valentín Cabero Diéguez.

MÓDULO VII: METODOLOGÍA II
Dr. Luis Serrano-Piedecabras Fernández.

MAESTRÍA EN DERECHO PENAL UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS EN CONVENIO CON LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

IV COHORTE ~ SEGUNDO SEMESTRE

FEBRERO 7, 8 Y 9

TEORÍA DE LA PENA
Dra. Gloria Lucía Bernal Acevedo.
Universidad Santo Tomás.

MARZO 13, 14 Y 15

AUTORÍA Y PARTICIPACIÓN
Dr. Juan Carlos Ferré Olivé.
Universidad de Huelva.

ABRIL 3, 4 Y 5

TENDENCIAS DE POLÍTICA CRIMINAL Y DERECHOS FUNDAMENTALES
Dr. José Luis González Cussac.
Universidad de Valencia.

IV COHORTE ~ TERCER SEMESTRE

MAYO 8, 9 Y 10

TEORÍA DE LA NORMA
Dr. Jesús Orlando Gómez López.
Universidad Santo Tomás.

JUNIO 5, 6 Y 7

DELITOS CONTRA LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA
Dr. Esteban Mestre Delgado.
Miembro del Comité Penal del Consejo de Europa Universidad de Alcalá de Henares.

JULIO 3, 4 Y 5

DELITOS DE OMISIÓN
Dr. Guillermo Portilla Contreras.
Universidad de Jaén.

AGOSTO 14, 15 Y 16

DERECHO PENAL MÉDICODr. Carlos Roberto Solórzano
Garavito.

SEPTIEMBRE 4, 5 Y 6

TEORÍA DEL ERRORDr. Josep María Tamarit Sumalla.
Universidad de Lleida.

OCTUBRE 2, 3 Y 4

DELITOS IMPRUDENTESDr. Nicolás García Rivas.
Universidad Castilla~La Mancha.

NOVIEMBRE 6, 7 Y 8

ANTI JURIDICIDAD PENALDr. Fernando Molina Fernández.
Universidad Autónoma de Madrid.

DICIEMBRE 4, 5 Y 6

**DERECHO PENAL ECONÓMICO
INVESTIGACIÓN Y ENJUICIAMIENTO
PENAL DE LA CORRUPCIÓN Y
BLANQUEO DE CAPITALES**Dr. Nicolás Rodríguez García.
Universidad de Salamanca.

V COHORTE ~ PRIMER SEMESTRE

JUNIO 5, 6 Y 7

TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓNDra. Carolina Rodríguez Rodríguez.
Universidad Santo Tomás.

JULIO 3, 4 Y 5

FILOSOFÍA DEL DERECHODr. Edwin Mauricio Cortés Sánchez.
Universidad Santo Tomás.

AGOSTO 14, 15 Y 16

SOCIOLOGÍA DEL DERECHODr. José Guillermo Ferro Torres.
Universidad Santo Tomás

SEPTIEMBRE 4, 5 Y 6

DELITO DOLOSODra. Paula Andrea Ramírez Barbosa.
Fiscalía General de la Nación.
Doctora por la Universidad de
Salamanca.

OCTUBRE 2, 3 Y 4

Dr. José Ramón Serrano-Piedecabras.
Universidad Castilla~La Mancha.

NOVIEMBRE 6, 7 Y 8

**TENDENCIAS DE POLÍTICA CRIMINAL
Y DERECHOS FUNDAMENTALES.**Dr. José Luis González Cussac.
Universidad de Valencia.

DICIEMBRE 4, 5 Y 6

DERECHO PENAL Y CONSTITUCIONALDr. Alejandro Ramelli Arteaga.
Universidad Nacional de Colombia.
Doctor de la Universidad de Sala-
manca.**CURSO "LA DEFENSA DE LAS
SOCIEDADES DEMOCRÁTICAS" Es-
CUELA DE INTELIGENCIA Y CONTRA-
INTELIGENCIA BRIGADIER GENERAL
RICARDO CHARRY SOLANO Y
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA**

23 Y 24 DE OCTUBRE

Dr. Pedro Nevado-Batalla Moreno.
Universidad de Salamanca.**FERIAS UNIVERSITARIAS**

19 DE ABRIL

Participación en la Feria World
Grad School Tour, llevada a cabo en
el Hotel Bogotá Plaza Summit, de
Bogotá; en ella se dio información
detallada a 150 estudiantes sobre
posgrados y doctorados que ofrece la
Universidad de Salamanca.

6 DE SEPTIEMBRE

Participación en la Feria World
Grad School Tour, llevada a cabo en
el Hotel Bogotá Plaza Summit, de
Bogotá; en ella se dio información
detallada a 200 estudiantes sobre
posgrados y doctorados que ofrece la
Universidad de Salamanca.

17 DE SEPTIEMBRE

III Feria Internacional de la
Universidad de Ciencias Aplicadas y
Ambientales – U. D. C. A. de Bogotá;
en ella se dio información detallada
a todos los estudiantes y profesores
sobre licenciaturas, posgrados y
doctorados que ofrece la Universidad
de Salamanca.**ASISTENCIA Y PARTICIPACIÓN EN
FOROS INTERNACIONALES:**Foro sobre la relación universi-
dad–empresa–Estado en Colombia,
organizado por la Asociación Co-
lombiana de Universidades (Ascun),
Medellín, 24 y 25 de abril.Programa Pensar en Español, or-
ganizado por la Oficina de Coopera-
ción Universitaria (OCU), Cartage-
na, septiembre.**CONVOCATORIA DE BECAS**

8 DE MAYO

Convocatoria de becas para realizar
estudios de doctorado en la Universi-
dad de Salamanca, destinadas a estu-
diantes iberoamericanos, financiadas
por el Banco Santander.La Universidad de Salamanca, con
la financiación del Grupo Santan-
der, convoca 50 becas para realizar
estudios de pregrado (primero y
segundo ciclo) en la Universidad de
Salamanca, durante el próximo curso
académico 2008/2009, destinadas a
estudiantes iberoamericanos.La Universidad de Salamanca, con
la financiación del Grupo Santan-
der; la Fundación Carolina; la Secretaría
de Estado de Educación Superior,
Ciencia y Tecnología de la República
Dominicana; la Cátedra de Costa
Rica; y la Cátedra de Chile convoca
cien becas para realizar estudios de
máster oficial en la Universidad de
Salamanca durante el próximo curso
académico 2008/2009, destinadas a
estudiantes iberoamericanos.**PRESENTACIÓN DE LIBROS**

24 DE OCTUBRE

Presentación del libro *Corrupción y
delincuencia económica*, coordinado por
el Dr. Nicolás Rodríguez García,
director de Estudios de Posgrados de
la Universidad de Salamanca, en la
Universidad del Rosario.**PARTICIPACIÓN DE PROFESORES
EN CONFERENCIAS**El 14 de febrero, el Dr. Luis
Serrano-Piedecabras Fernández, de
la Universidad de Salamanca, dio
una conferencia sobre "Patrimonio
cultural: gestión y conservación",
Universidad EAN de Bogotá.El 4 de junio, se llevó a cabo la
jornada de trabajo: "Un producto
llamado turismo como instrumento
de desarrollo", y el Dr. Luis Se-
rrano-Piedecabras Fernández, de la
Universidad de Salamanca, dio una

conferencia sobre: “Nuevas tendencias del turismo mundial ante la crisis global”, Universidad EAN de Bogotá.

El 9 de junio, el Dr. Luis Serrano-Piedecasacas Fernández, de la Universidad de Salamanca, dio una conferencia sobre: “El turismo como factor de desarrollo y de desestabilización. La formación como garantía de calidad y accesibilidad turística”, Centro de Formación de la Cooperación Española de Cartagena de Indias.

El 26 de agosto, el Dr. Josep M. Tamarit Sumalla, de la Universidad de Lleida, dio una conferencia sobre: “Víctima y derecho penal”, Universidad EAFIT de Medellín.

El 3 de septiembre, el Dr. Josep M. Tamarit Sumalla, de la Universidad de Lleida, dio una conferencia sobre: “Responsabilidad penal del agente de inteligencia”, Escuela de Inteligencia y Contrainteligencia Brigadier General Ricardo Charry Solano, de Bogotá.

El 20 de octubre, el Dr. Pedro Nevado-Batalla Moreno, de la Universidad de Salamanca, participó en el conversatorio sobre: “La vigencia del principio de legalidad en el marco de los procesos de reforma y modernización de la administración pública”, Universidad Católica de Colombia, de Bogotá.

El 20 de octubre, del Dr. Pedro Nevado-Batalla Moreno, de la Universidad de Salamanca, dio una conferencia sobre: “Corrupción y delitos contra la administración de justicia”, Universidad Nacional de Colombia, de Bogotá.

El 4 de noviembre, el Dr. José Luis González Cussac, de la Universidad de Valencia, dio una conferencia sobre: “Tendencias de política criminal y derechos fundamentales”, Universidad EAFIT de Medellín.

El 5 de noviembre, el Dr. José Luis González Cussac, de la Universidad de Valencia, dio una conferencia sobre: “Inteligencia y derecho”, Escuela de Inteligencia y Contrainteligencia Brigadier General Ricardo Charry Solano, de Bogotá.

COMITÉ UNIVERSIDAD-EMPRESA

El 29 de octubre se llevó a cabo una reunión plenaria del comité universidad–empresa–Estado, en la cual se presentaron los logros obtenidos, y a la que asistieron rectores de universidad, gerentes de empresas y altos ejecutivos.

Cada dos semanas se reúne el Subcomité Técnico, dentro del marco del comité universidad–empresa–Estado, a la que pertenecía la Dra. María Isabel Montesinos, como directora del Centro Cultural de la

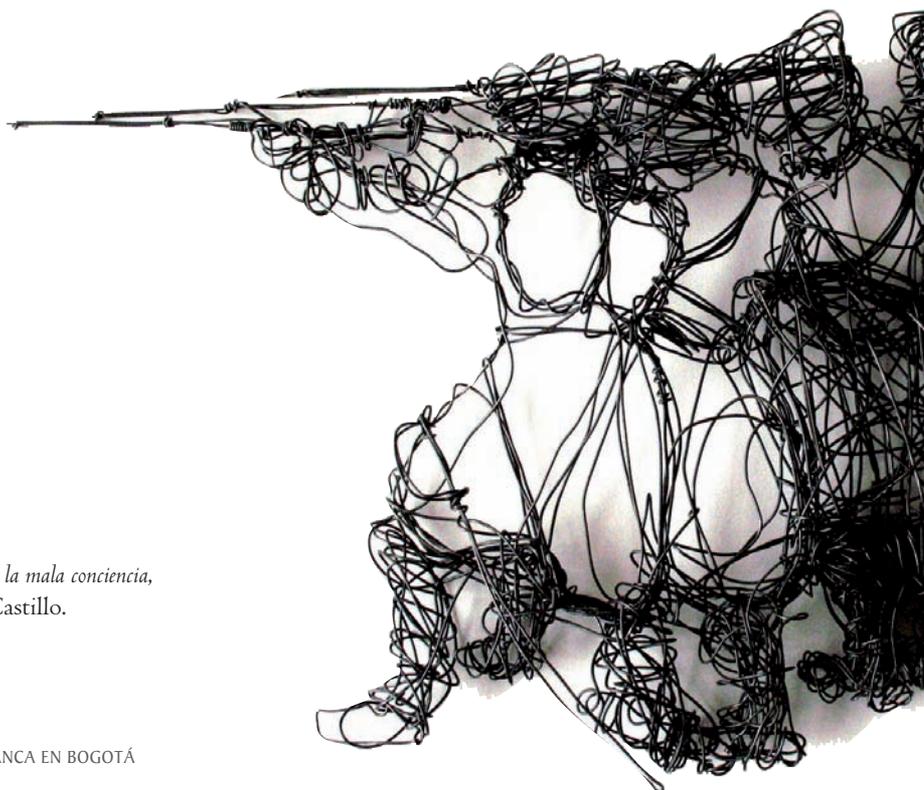
Universidad de Salamanca en Bogotá, y donde se programan las actividades que se llevarán a cabo con empresas y universidades a través de los siguientes subcomités sectoriales:

- Subcomité de Electrónica, Telecomunicaciones e Informática
- Subcomité de Agroindustria, Biotecnología y Alimentos
- Subcomité de Servicios Públicos y Transporte
- Subcomité de Aire Acondicionado, Refrigeración y Ventilación
- Subcomité Financiero
- Subcomité de Salud

CONVENIOS BÁSICOS DE COLABORACIÓN UNIVERSITARIA INTERNACIONAL FIRMADOS EN 2008

- Universidad Sergio Arboleda
- Fundación Universitaria Monserrate
- Escuela de Inteligencia y Contrainteligencia Brigadier General Ricardo Charry Solano
- Universidad Católica de Colombia, convenio específico para la maestría en Derecho administrativo

Alegorías de la mala conciencia,
Ricardo Castillo.





Cataris, Santiago Lozano.

ACTIVIDADES CULTURALES

EXPOSICIONES

ALEGORÍAS DE LA MALA CONCIENCIA

13 DE FEBRERO AL 14 DE MARZO

RICARDO CASTILLO

Interesante exposición, con obras ejecutadas mediante el uso de diversas técnicas, en la cual se articuló un ejercicio de aprendizaje sobre el oficio del artista y la experiencia de aproximarse a obras consideradas iconos de la contemporaneidad. Según Ricardo Castillo, “el oficio se entiende como la búsqueda permanente de enlaces y puntos de contacto que encausen una idea, una expresión real, presente y tangible, de la visión personal del mundo. Por ello, denota una confrontación obligatoria con cualquier material y pigmento que permita ac-

ceder a la imagen, al objeto deseado. Sea por la fuerza y exactitud de las manos o por la fortaleza emotiva de la intención, una línea sobre el plano estructural es una sensación tejida en el aire, un dibujo, una abstracción”.

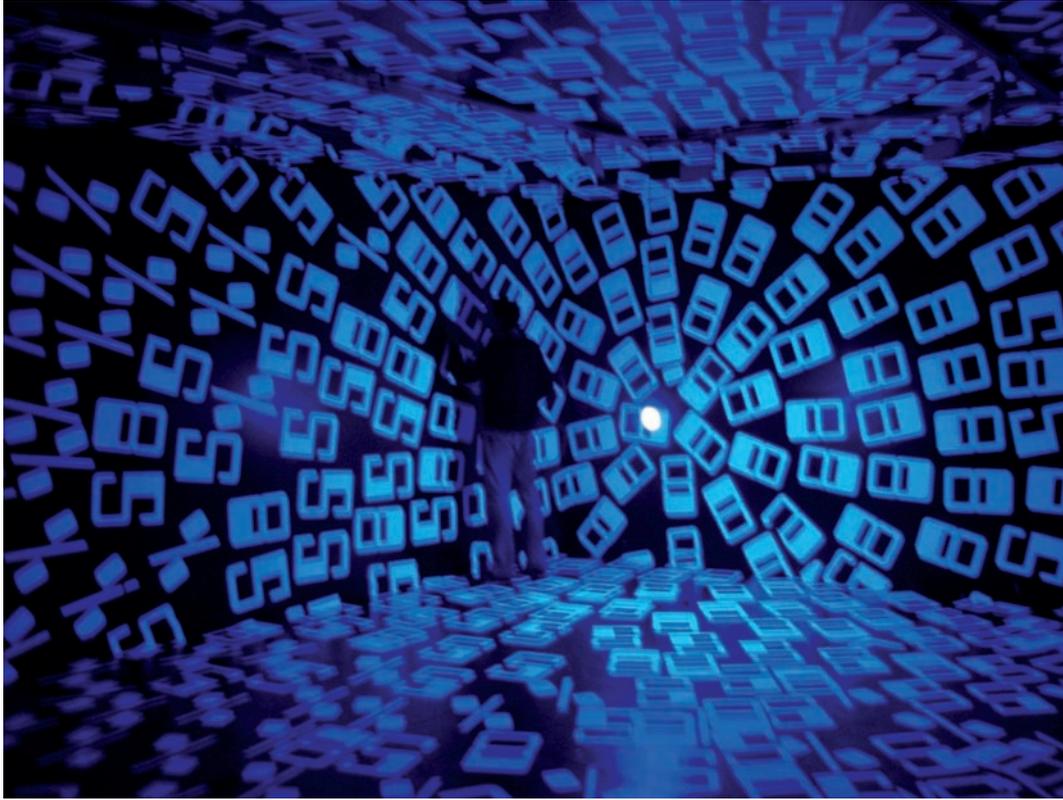
La exposición consistió en una revisión de tres clásicos de la pintura española como son *Las meninas*, *Los fusilamientos del 3 de mayo* y *Guernica*. La primera obra se trajo a cuento por una mera evocación del delineo y por una apropiación atmosférica. En el caso de las otras dos obras, se eligieron por abordar el tema de la violencia y, en particular, por evidenciar la represión y el asesinato de civiles inocentes.

PRIMER CONCURSO DE ARTE JOVEN COLSÁNITAS

9 AL 15 DE ABRIL

COLECTIVA DE VARIOS ARTISTAS

De manera coherente con el objetivo propuesto, desde cuando comenzó a funcionar el Centro Cultural de la Universidad de Salamanca en Bogotá, de impulsar el arte joven y de abrirle espacios a los nuevos talentos de la plástica, se instaló en los salones de la casa la exposición de las obras seleccionadas como finalistas para el Primer Concurso de Arte Joven Colsánitas. Cerca de cuarenta obras, entre acrílicos, dibujos y óleos sobre lienzo, elegidas por el jurado



ASCII Paintings, Jessica Ángel.

calificador, ocuparon las salas de exposición y permitieron contemplar una interesante panorámica de las tendencias pictóricas que cultivan las nuevas generaciones de artistas.

EL LIBRO EN COLOMBIA A TRAVÉS DE LAS FOTOGRAFÍAS DE LA AGENCIA EFE

17 DE ABRIL AL 9 DE MAYO
COLECTIVA DE FOTOGRAFÍAS

A propósito de la Feria del Libro, de la finalización de un periodo en el cual Bogotá fue designada 'capital mundial del libro' y 'capital iberoamericana de la cultura', se organizó una interesante exposición sobre el libro y los escritores, a través de las fotografías de la Agencia Española de Noticias EFE. Al igual que diversos actos culturales, congresos y ferias del libro, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Germán Espinosa y R. H. Moreno Durán, entre muchos otros autores colombianos e internacionales, fueron los protagonistas de esta exposición que evocó la trascendencia de la literatura en Colombia.

ASCII PAINTINGS

14 DE MAYO AL 25 DE JULIO
JESSICA ÁNGEL

La obra de Jessica Ángel trajo a la memoria los mundos creados por

Kubrik en sus delirios espaciales y cibernéticos, los paisajes imaginarios de Bradbury y los humanoides de H. G. Wells. Una obra creada a partir de un código, el ASCII norteamericano, que le asigna valores numéricos a las letras y a los signos de puntuación y que, como todo aquello que se incrusta en los terrenos de la tecnología, sugiere una contemporaneidad flagrante. Imágenes y una instalación, de apariencia inofensiva que alborotaron la imaginación del espectador y lo llevaron a pasearse por unas grafías de índole futurista, que sugirieron toda suerte de interpretaciones. Un brillante trabajo atmosférico que se convierte en una metáfora alucinante del futuro.

REINAS

11 AL 21 DE AGOSTO
JUAN CARLOS ALONSO

En convenio con Fotología, importante certamen de exposiciones fotográficas que se realiza en Bogotá durante el mes de agosto, se llevó a cabo en el Centro Cultural la exposición de la obra de este joven artista bogotano, consistente en una serie de fotografías de varias mujeres, ya mayores, que participaron en su juventud en varios reinados. Los certámenes de belleza, como es bien sabido, hacen parte de una de las más extraordinarias pasiones naciona-

les, y, por ello, la muestra tenía un contenido crítico nada despreciable, e invitaba a una reflexión profunda sobre el papel, más allá de la simple función decorativa, de la mujer en una sociedad.

CATARSIS

2 AL 28 DE SEPTIEMBRE
SANTIAGO LOZANO

En esta primera exposición de un joven artista que viene del mundo del diseño gráfico, hay una interesante exploración de las posibilidades de la digitalización aplicada a la pintura moderna. El expresionismo abstracto y una muy valiosa búsqueda del cromatismo pictórico son los ejes fundamentales de estos trabajos de gran formato, finalizados en impresiones digitales sobre lienzo, cuya enorme validez plástica y gran riqueza conceptual se relacionan con arte moderno y se comunican tanto con el espectador tradicional como con el público de nueva generación.

*Universo escultórico,
Juan Carlos Prada.*



UNIVERSO ESCULTÓRICO1 DE OCTUBRE AL 3 DE DICIEMBRE
JUAN CARLOS PRADA

Barichara, en la cordillera Oriental colombiana, es una bella población colonial que evoca el pasado de la rica región de Santander, donde se gestó la primera aproximación a la independencia. Además, es tierra de canteras y de escultores, y Juan Carlos Prada, es uno de ellos. Él ha descubierto en la región mármoles de diversas calidades y piedras de propiedades insospechadas, y ha desarrollado, a lo largo de los últimos años, un trabajo escultórico de un enorme interés, que se aparta de la tradición local, pero que se nutre tanto de sus estudios italianos como de la búsqueda de unas raíces indígenas y, por tanto, tutelares. La muestra de sus obras, que incluye, además de la escultura, una colección de dibujos y de pinturas de claro sabor surrealista, cerró las actividades del Centro Cultural correspondientes a 2008.

PROYECTO DE GRADO13 AL 22 DE AGOSTO
NUEVOS MONUMENTOS
ALESSANDRO CASAS AYURE

Una vez más, y como un servicio a la comunidad universitaria y a los estudiantes de bellas artes de diversos centros educativos, se llevó a cabo la exposición del proyecto de grado de Alessandro Casas, que incluyó acrílicos sobre madera, dibujos e instalaciones.

PRESENTACIONES CINEMATográfICAS**CICLO "GUERRA DE INDEPENDENCIA"**

Con ocasión de conmemorarse doscientos años del principio de la guerra de independencia española, se llevó a cabo un ciclo de video y cine, durante los meses de mayo y junio, con los siguientes títulos:

LOS DESASTRES DE LA GUERRA

Producción de televisión hispano-francesa, inspirada en los grabados de Goya, con guiones de Rafael Azcona, Jorge Semprún y Eduardo Chamorro, dirigida por Mario Camus, con un elenco que incluye a Francisco Rambal, Bernard Fresón, y Philippe

Rouleau. Fue un estreno absoluto en Colombia, con el siguiente programa:

6 DE MAYO
Episodios 1 "Bayona" y 2
"El guerrillero".13 DE MAYO
Episodios 3 "El rey extranjero" y 4
"El atentado".20 DE MAYO
Episodios 5 "La Constitución" y 6
"El deseado".**ORGULLO Y PASIÓN**

Relato cinematográfico de una aventura revolucionaria en plena guerra de independencia, que inauguró la era de las superproducciones norteamericanas realizadas en España. Con Sofía Loren, Gary Grant y Frank Sinatra. La película es de Stanley Kramer, y recrea el traslado de un gigantesco cañón por buena parte de España

GOYA EN BURDEOS

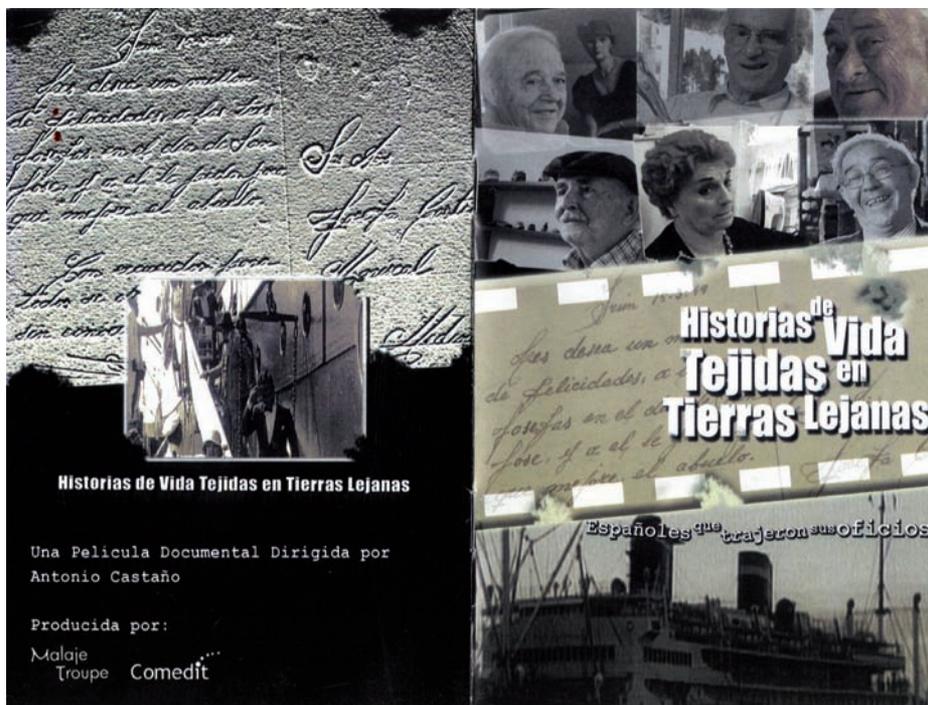
Largometraje de Carlos Saura, en el cual el gran director, y Francisco Rambal, en una de sus máximas actuaciones, recrean la figura de un Goya exiliado en Burdeos que recuerda los hechos que marcaron su vida.

ESTRENO DE HISTORIAS DE VIDA TEJIDAS EN TIERRAS LEJANAS

Dirigido por el andaluz Antonio Castaño, el Centro Cultural de la Universidad de Salamanca en Bogotá presentó el estreno en Colombia del documental *Historias de vida tejidas en tierras lejanas*, una mirada íntima y nostálgica de la vida de varios inmigrantes españoles en Colombia, dedicados a diversos oficios, algunos de ellos con aportaciones que tuvieron grandes implicaciones en la vida colombiana y en su entorno.

CONCIERTO**GRUPO VOCAL MEDINACELLI**

Como complemento del ciclo de cine, programado a raíz de las conmemoraciones de la guerra de independencia española, el grupo Medinacelli realizó un hermoso concierto vocal, con un interesante programa de obras de los tiempos de Goya y de la guerra de independencia española.



Bacánika: una revista para rebeldes con causa

Es curioso: parecería como si la sociedad no se hubiera puesto de acuerdo sobre el papel de los jóvenes. Los elogian cuando superan una marca olímpica o consiguen crear un sistema tecnológico que ahorra tiempo y dinero, pero los censuran cuando se rebelan contra los formatos ya establecidos. Como si unas y otras manifestaciones no provinieran de la misma fuente: de la energía incomparable de

su edad, de la búsqueda de nuevos caminos para encontrar la razón de ser, de la insatisfacción con el mundo que les entregaron. Y, sobre todo, del ejercicio permanente de dos de las más grandes fuentes del conocimiento: la duda y la curiosidad.

Entender la fuerza de la juventud como un todo —capaz, por ejemplo, de crear nuevos y atractivos ritmos musicales,

pero, al mismo tiempo, de subirle el volumen al aparato de sonido hasta niveles que incomodan a los mayores— fue uno de los puntos de partida para la creación de *Bacánika*, una revista que pretende que los jóvenes les escriban a los jóvenes.

A la hora de definir el enfoque de la nueva publicación —que circula cada quince días y se distribuye de manera gratuita en medio centenar de universidades del país— se tuvieron en cuenta muchos factores, pero sobre todo dos: llamar las cosas por su nombre y abarcar el mayor número posible de campos de interés para los jóvenes.

A los jóvenes les interesa todo. O casi todo. No sólo lo que a los adultos nos parece obvio para ellos: deportes, música, sexo y tecnología. Por eso, en las decisiones sobre el contenido de cada número los jóvenes participan de manera abierta y decidida. Y sabemos, por la experiencia que hemos reunido en desarrollo de los primeros ocho números, que también les interesa la política, la filosofía, la responsabilidad social, la ecología y el mismo largo etcétera de temas que



atraen a los mayores. La clave está en los contenidos específicos y en la manera de comunicarlos. Si se aborda la economía, por ejemplo, parece oportuno hacer énfasis en la manera como puede afectar el bolsillo de los jóvenes un fenómeno macroeconómico. Pero, ¿cómo pensar que a ellos no les interesa el tema, cuando están en la edad en la que hay que hacer verdaderos malabarismos con la mesada?

Su apatía por ciertos contenidos obedece, muchas veces, a la rebeldía propia de la edad. Pero un anzuelo bien lanzado casi siempre encontrará un pez que lo muerda. Un ángulo atractivo a la hora de abordar un tema puede levantar del sillón de la apatía a un joven curioso e inquieto.

En ese orden de ideas, *Bacánika* también ha pretendido convertirse en una suerte de cómplice de los jóvenes: exponer los temas sin el filtro de advertencia y de amenaza con el que tantas veces les hablan los padres o los maestros. Y, por supuesto, sin eufemismos ni zonas vedadas, pero tratados con altura y con respeto. Sobre todo con respeto por las opiniones ajenas. Al fin y al cabo llegamos a un público universitario, y tratamos de no olvidar que universidad viene de universalidad. Y que allí, en el alma máter, han ocurrido algunos de los cambios y se han iniciado algunos de los procesos más interesantes de la sociedad: desde el descubrimiento de nuevas vacunas hasta la promulgación



de ideas que han revolucionado el pensamiento o que han llevado al replanteamiento de las instituciones.

Apoyada en un diseño ágil y en permanente evolución —convencidos de que es la única manera para competir con los medios electrónicos— *Bacánika* habla de viajes, de salud, de tecnología, de educación, de gastronomía, de deportes, de ecología, de automóviles, de sexo, de cifras, de ideologías, de moda... habla de todo, tratando de establecer un justo

equilibrio. Y propone debates, reinterpretaciones de la realidad, miradas alternativas. Y cuestiona. Y, para fomentar la sana rebeldía, se deja cuestionar.

Fernando Quiroz



Se acabó de imprimir este séptimo
número de *Studia Colombiana* en
Panamericana Editorial, bajo la supervisión
de Icono Editorial Ltda.,
el día 17 de noviembre del año 2008,
día de santa Isabel de Hungría,
patrona de Bogotá.

La edición en tamaño noveno,
ilustrada en color,
fue impresa sobre papel
Propalbeige de 70 gramos;
se emplearon las fuentes *Centaur*,
Poppl-Laudatio, *Baker Signet*,
Vitor e Ibarra, en cuerpos
de 10 y 12 puntos.

